

SEGUNDO SERRANO PONCELA

EL PARTIDO SOCIALISTA
Y LA
CONQUISTA DEL PODER

PROLOGO DE
LUIS ARAQUISTAIN



EDICIONES

L'HORA

APARTADO DE CORREOS, 1136

BARCELONA

1 9 3 5

*EL PARTIDO SOCIALISTA Y
LA CONQUISTA DEL PODER*

INTRODUCCION

Ediciones «L'Hora» presentan, con **El Partido Socialista y la conquista del Poder**, una obra de Segundo Serrano Poncela, adalid destacado de esta nueva promoción de la intelectualidad proletaria que, bajo la enseña de un brioso movimiento de juventudes, se ha asomado a la atalaya de la interpretación marxista, ojeando panorámicamente el pasado, el presente y el porvenir de la realidad ibérica y que intenta remover y renovar las aguas estancadas del socialismo español, este socialismo que parecía intoxicado por la atmósfera enrarecida de un reformismo a todo trance.

Si Ediciones «L'Hora» fuese, simplemente, un negocio editorial como otro cualquiera, sería improcedente que, en los umbrales de la obra, hiciéramos especie alguna de consideración doctrinal, crítica o simplemente de simpatía, que bien pudiera tomarse por enojosa redundancia cuando es nada menos uno de los más lúcidos intelectuales del marxismo español quien cuida de dar la mano al ya acreditado, en estas lides y en otras de más responsabilidad, autor del presente libro. Pero, por fortuna de todos, no es esta la especie de relación que existe entre el grupo editor, prologuista y autor. Ni nosotros editaríamos libro alguno si no tuviéramos con ello la seguridad plena de prestar un servicio estimable al movimiento socialista revolucionario, ni nos sentiríamos identificados en buena parte con las razones del autor si fuéramos un negocio capitalista, o nos moviéramos a socaire de un beneficio económico. A repelo de esto van nuestros de-

seos, los puntos de nuestras coincidencias, en tanto que grupos políticos que marchan a metas que se nos antojan comunes y los afanes de consumir las diferencias que nos repelen y de hacer cada día más romas las aristas que nos volverían dolorosos los abrazos.

Nos ha seducido la publicación de **El Partido Socialista y la conquista del Poder**, no por otra cosa sino por la importancia que el libro pueda tener, y su posible transcendencia, en este esfuerzo de renovación ideológica y táctica del Partido Socialista que llevan a cabo las Juventudes Socialistas y el sector izquierdista del Partido. El término feliz de esta tarea, que puede parecer abrumadora dados los factores que intervienen en la partida, interesa, sobre todo bajo el signo de una solución revolucionaria, a todo el movimiento obrero internacional y si así es, no digamos con que profundidad al proletariado que lucha en el área peninsular. Por lo que representa para el proletariado español el Partido Socialista, por lo que representa para el marxismo revolucionario, se aquilata el interés de todas las demás organizaciones obreras, que tienen como finalidad de su existencia traspasar la organización social, asentándola sobre los sillares de un orden proletario, a que se resuelva, con los mismos deseos de Segundo Serrano Poncela, la unidad revolucionaria de un Partido.

Y puesto que el grupo editor se cuenta integrando una de estas organizaciones, y no la menos interesada, ni la menos callada e inactiva cuando a señalar los senderos exactos de las rutas revolucionarias del proletariado se trata —como reconoce en un libro el propio Segundo Serrano Poncela— no nos aquejan las dudas ni los temores de una improcedencia, de una indelicadeza, ni de un aprovechamiento abusivo de la oportunidad, si en estas líneas, animados por el interés de colaborar en la solución de los problemas tratados en este libro y que afectan especialmente a la unidad del movimiento obrero ibérico, señalamos unos puntos que a nuestro juicio y comprensión

podrían ser una de aquellas diferencias o una de aquellas aristas que fuera necesario consumir o limar mucho antes de aprestarnos al abrazo de la fraternidad total, junta-dora.

* * *

Dejaremos de lado unas notas que habíamos tomado cuando Segundo Serrano Poncela habla de «la puesta en marcha de la insurrección» y de la procedencia o improcedencia de ciertas huelgas en el período pre-insurreccional. Eso sería ya motivo de polémica y no interesa para nada a la cuestión que ha originado la necesidad de escribir estas páginas.

Baste decir que si estamos conformes en que la huelga de campesinos fué un grave contratiempo para la insurrección que se gestaba, no puede afirmarse lo mismo de las huelgas de los obreros industriales.

Pero estos aspectos no pueden dilucidarse en este breve espacio. Es cuestión larga y a discutir y no interesa, por otra parte, **a la unidad de la clase obrera**. Bien al contrario con lo que ocurre cuando Serrano Poncela pretende solucionar, con un egoísmo de partido, humano, pero no recomendable, el problema de las Alianzas Obreras.

Nosotros damos a las Alianzas Obreras el alcance mismo que históricamente han tenido en los lugares donde realmente actuaron, en Asturias y en Cataluña. Eso es: órganos de frente único en la lucha constante contra la clase capitalista; órganos de insurrección en el momento álgido de la explosión revolucionaria y órganos de poder en la etapa transitoria de dictadura del proletariado.

Segundo Serrano Poncela no reconoce esta equivalencia de los «soviets» rusos en las «alianzas obreras» de nuestro país. Pretende reducir las «alianzas» a meros órganos de enlace para el momento insurreccional, temeroso de que se transformen en una «concurrentia» para

su partido. Y eso lo consideramos equivocado. El partido bolchevique, ¿temió nunca una competencia por parte de los «soviets»? Es evidente que no. Por el contrario fué él quien los transformó en órganos de poder y de frente único. El partido bolchevique nunca hubiera, como ha hecho el Partido Socialista recientemente, mandado una circular a sus secciones provinciales sugiriendo que sólo se ayudase al desenvolvimiento de las Alianzas Obreras en aquellos sitios en donde el Partido era, vis a vis del resto de organizaciones obreras, una fuerza minoritaria. Si todos los partidos y organizaciones obrasen de este modo las Alianzas Obreras se agotarán en España y el frente único obrero no sería posible, ni habría esperanza para la revolución triunfante.

Y es que una y otra cosa se complementan. El Partido y las Alianzas. El Partido debe ser el organismo dirigente de la Revolución a través de las Alianzas, que como los «soviets» son organismos de intervención de toda la clase trabajadora. Sin converger en las Alianzas el partido mayoritario no podrá decir nunca que se apoya en los anhelos de **toda la clase trabajadora** por muy mayoritario que sea. Y sin converger en las Alianzas, los partidos minoritarios no tendrán nunca la seguridad, ni tan sólo la sensación de que la revolución se hace bajo unos enunciados de democracia proletaria. Y todo esto, unidad de acción, democracia y sobre todo lo que es fundamental, cohesión de los movimientos generales de la clase trabajadora no será posible si no llega a crear un organismo coordinador de las actividades de todas las A. O. del país.

* * *

Otro de los grandes problemas que se plantean en este libro es el de la unidad política del proletariado: Un solo partido marxista revolucionario.

Si todos los partidos socialistas y comunistas hispánicos

no tuvieran hoy otras diferencias que las meramente orgánicas, el problema de su unificación en un solo partido se resolvería rápidamente. El ansia misma de unidad que sienten todos los trabajadores rompería las cadenas orgánicas, el sectarismo de partido, o el amor de partido en los mejores casos, y la tradición de militantes para converger en una sola organización, envolvente de sus mismas ideologías.

Pero Serrano Poncela, y todos nosotros con él, sabe que eso no ocurre de este modo feliz y magnífico. Hay entre los trabajadores fundamentales diferencias de apreciación y de táctica ante un mismo problema. Y es por esto que discrepamos fundamentalmente del autor cuando plantea la cuestión de la unidad, pidiendo el ingreso de todos los sectores dentro del Partido Socialista, dando poco más o menos la misma respuesta a esta cuestión que dan los compañeros anarquistas, cuando a las demandas de unidad sindical responden con la frase hecha de que «la C. N. T., la gloriosa e indestructible C. N. T., acoge en su seno a todos los explotados que luchan por su manumisión total y libertaria».

Eso en los compañeros anarquistas equivale a rechazar la unidad de acción. Aquello en los camaradas socialistas equivale a soslayar cómodamente un problema que no se atreven a negar que exista. Un propio socialista ha hecho esta frase hablando de ello: «Nadie querrá pasar por estas horcas caudinas». Y nunca se ha escrito una frase más cierta.

Ni nosotros, ni ningún otro sector socialista revolucionario, o comunista, plantea una simple unificación orgánica con el Partido Socialista o con otro cualquiera. Lo que importa no es la unificación orgánica en sí tan estéril —y hable por ello la actual situación del partido socialista— como la separación actual, sino que todos planteamos la cuestión esa a base de una absoluta identidad ideológica y táctica y es a consecuencia de esta identidad que es posible, únicamente, la existencia de la unidad orgánica positiva y fecunda. Convoque el Partido Socialis-

ta un Congreso de Unidad y **que se forjen ahí**, acogiendo las coincidencias, limando las divergencias y desterrando los egoismos dep artido, una línea justa y una táctica común.

Hágalo así el Partido Socialista y el problema orgánico no será problema. El Partido Socialista resolverá automáticamente el pleito interior de las tendencias dispares que anidan en su seno y el movimiento obrero verá cumplirse uno de sus anhelos mejores.

* * *

Más difícil que la unidad política se presenta en nuestro país la unidad sindical. Fácil la vé Serrano Poncela cuando plantea el ingreso de todos los obreros en la U. G. T. Tan solo desde la atalaya del Partido Socialista, puede verse así.

Nosotros que miramos los problemas desde un punto de vista general y estamos aleccionados por profundas y dolorosas experiencias sindicales, de las cuales la sangre no ha estado ausente, hemos aprendido que para que se produzca la unidad sindical es necesario, mas que poseer una central para absorver a las masas de otras centrales, tener a las manos un «medio» para movilizarlas. ¿Lo tiene la U. G. T.? Este medio solo puede ser, en estos momentos, una acertada consigna que satisfazca por un igual a todos: La consigna de unificación. La cuestión orgánica, como en lo que se refiere al partido, es una consecuencia. Anteponerlas es —usando una frase de Araquistain— poner el carro delante del caballo.

¿Y por qué no puede ser, precisamente, la U. G. T. la que enarbole la bandera de unificación? Sin prejuicios, sin el mito de los anagramas.

Lo importante es **ser quien produzca la unidad.**

* * *

Ya hemos dicho nuestras discrepancias más esenciales con el autor. Sólo nos resta recomendar éste libro, magnífico exponente de la renovación esperanzadora que se opera en el socialismo español, renovación que le hará, si como esperamos se logra totalmente, el espejo y el guía de todo el socialismo europeo, hasta ahora atado al ronzal reformista de la central de Amsterdam.

EDICIONES «L'HORA

PROLOGO

En el momento de escribir este prólogo al libro de Segundo Serrano Poncela que el lector tiene ante los ojos, polemizo en la prensa obrera con otros camaradas sobre un tema que también el autor de esta obra estudia y enjuicia. Me refiero a la participación ministerial del partido socialista en los gobiernos del primer bienio de la segunda República española. Sin ánimo de entablar con Serrano Poncela una discusión que en este sitio sería, no ya inoportuna, sino impertinente, creo, sin embargo, útil para el prestigio del partido socialista español, y para el esclarecimiento de un importante problema de táctica, glosar algunas de las opiniones del autor en torno al tema aludido.

Para Serrano Poncela no hay duda: aquella participación ministerial estuvo justificada en principio, pero no así el modo en que se realizó. «Se ventila en este caso —dice el autor— una cuestión de principios, y la responsabilidad que a la participación gubernamental cabe en el fracaso de Octubre se debe, no a la participación en sí, que era inexcusable, sino al modo de entender esta participación». ¿Cómo se debió haber entendido esta participación, a juicio de Serrano Poncela? Lo declara sin ningún eufemismo: «despreocupándose de las conveniencias nacionales», «pendientes siempre de los intereses peculiares de la organización

obrero, en engaño continuo y hábil al adversario que, de modo circunstancial, camina como amigo». «De esta forma, al curso de los días, el partido revolucionario solamente encontrará ventajas en su participación ministerial, porque tendrá en sus manos los resortes del Poder, la patente de corso para traicionar al que obligadamente le concede esta beligerancia... Si al mismo tiempo se realiza un trabajo de preparación insurreccional, puede afirmarse que se producirá un momento preciso en que, hallándose maduras las condiciones objetivas revolucionarias, podrá ser trasformada la república democrática en dictadura de la clase trabajadora».

He aquí un bello programa... para escrito en 1935. Ni en 1930, cuando se preparaba el derrumbamiento de la monarquía, ni en 1931, ya instaurada la república, lo propuso nadie. La caída de la execrada monarquía feudal, sin que en el instante se derramara una sola gota de sangre, por el pánico que en el monarca y en los monárquicos produjeron unas elecciones municipales que sólo en las grandes ciudades dieron una mayoría republicana —en el campo la mayoría siguió siendo monárquica—, suscitó tal euforia en los partidos triunfantes que nadie, ¡nadie!, pensó entonces en transformar la revolución democrática en revolución proletaria. Conviene no olvidar los orígenes de la segunda república española y el estado ambiente nacional, de alegría y entusiasmo generales, que se creó con tal suceso. Hoy todo aquello nos parece pueril e ingenuo hasta la simpleza; pero de las ilusiones republicanas participó la inmensa mayoría del país y acaso más que nadie la clase obrera, toda la clase obrera, incluso los anarquistas. Era natural. El pro-

blema de acabar con la monarquía había gravitado muchos años en la conciencia del proletariado español como una pesadilla, sin dejarle resquicio para concebir y mucho menos para preparar su propia revolución. Primero, la república democrática; lo demás vendría de añadidura. Esta era la aspiración común.

A la exaltación de los primeros meses siguió la inquietud de que los monárquicos pudieran dar un golpe de mano contra la linda república recién nacida mágicamente, sin dolor, sin una desgarradura, como parece que nacen los seres divinos concebidos sin mancha... Había que defenderla y consolidarla, pues era la república «de todos los españoles». Esto seguía pensando la mayoría de la clase obrera. Si en el curso del primer año y aún parte del segundo, un hombre o un grupo del partido socialista, o de cualquier otro, se hubiera levantado para decir: «Superemos la república democrática, preparemos la revolución proletaria, organicemos la insurrección con ayuda del poder», seguramente los hubieran tomado por locos, cuando no por agentes provocadores al servicio de los monárquicos, y la clase trabajadora les hubiera vuelto desdenosamente la espalda. No había ambiente para una revolución social; sostener o imaginarse otra cosa es confundir la utopía con la realidad.

¿Pudo haberse creado ese ambiente desde el poder, como insinúa Serrano Poncela? No parece probable. De haberlo intentado públicamente, allí hubiera terminado la colaboración de los socialistas con los republicanos, que se hubieran llamado a engaño y nos hubieran despedido del gobierno. Pero el propio Serrano Poncela ya dice que debió hacerse secretamente, «engañando» a nuestros colaboradores en el gobier-

no, preparando a sus espaldas la insurrección. Permítame mi amigo asegurarle que este maquiavelismo, que él hubiera deseado para aquellas circunstancias, hubiera sido excesivamente candoroso. Los demás no son siempre tan tontos como uno los imagina. Cuando se trata de hacer, de mover ánimos, hombres, masas y cosas —en este caso armas—, el engaño de unos ministros a otros no es fácil; es mucho más fácil desde la oposición y desde la calle.

Tadavía si el partido socialista, como el más fuerte y numeroso, hubiera reclamado para sí la jefatura del gobierno y los ministerios principales de la fuerza pública, Gobernación y Guerra, y los partidos republicanos lo hubieran consentido —lo que es dudoso—, le hubiera sido posible organizar su revolución desde el Poder y aun dar un golpe de Estado cuando lo hubiera creído conveniente; pero la clase obrera, repito, más que una revolución proletaria, quería entonces una política de reformas dentro de la república democrática, y le hubiera parecido un desatino preferir aquellos ministerios a los de Trabajo, Instrucción u otros desde los cuales se podían realizar las reivindicaciones mínimas del proletariado, como así se hizo.

Hoy nos parece a algunos un error esta preferencia; pero entonces nadie tampoco propuso otra cosa, ni en las alturas del partido ni en la base. También era natural. El partido en masa y asimismo las Juventudes socialistas a la sazón, si no estoy equivocado —consideraba la participación ministerial como una obra de desgaste que había que abandonar cuanto antes, como una corvea transitoria al sostenimiento de la república, y nadie de los nuestros quería tener

el menor contacto con la fuerza pública para reducir al mínimo las responsabilidades de su intervención en los conflictos de orden. Hoy, con la experiencia adquirida, probablemente no obraríamos así en circunstancias semejantes; pero todas las críticas que ahora se hacen, que todos hacemos, son posteriores —su fruto— y no anteriores —su previsión— a esa experiencia. En el fondo, más que críticas, son lamentaciones por la ocasión perdida.

Mi pensamiento, en suma, es el siguiente: la experiencia de la participación ministerial fué errónea, pero al propio tiempo necesaria. Pues en la historia, como en la vida individual, hay errores necesarios, y a eso equivale decir proverbialmente, según la sabiduría popular, que nadie escarmienta en cabeza ajena, o que perdiendo se aprende. El error fué creer que en colaboración con partidos burgueses, por muy radicales que se titulasen, se podría llevar a cabo una revolución democrática a fondo, es decir la destrucción de las grandes fuerzas oligárquicas tradicionales, la propiedad señorial y latifundista, la Iglesia Católica, la casta militar y burocrática, el capital financiero. Para eso hubiera sido preciso crear una fuerza revolucionaria propia, como quiso Largo Caballero, según estas palabras de Serrano Poncela: «Recuérdese como Largo Caballero propuso en diferentes ocasiones el armamento del pueblo y como su propuesta no fué compartida ni aun por sus compañeros de colaboración.» Si esto fuera cierto, ¿cabría prueba mayor de la ineficacia de una colaboración socialista minoritaria, en un gobierno de coalición, a un proceso revolucionario? La burguesía, la pequeña como la

grande, no querrá nunca que se arme el pueblo. es decir, la clase obrera, por temor a que ésta aplique una fuerza a su propia revolución contra la propiedad privada, como se comprobó, una vez más, en la conducta de la Generalidad de Cataluña durante los sucesos de octubre.

Es probable, como asegura Ossorio y Gallardo, que el Estado central tenga contraída una deuda de gratitud con el «patriotismo» del gobierno catalán, pues sin su pasiva insurrección, la Generalidad hubiera tenido que hacer frente al proletariado de Cataluña, sosteniendo una lucha de resultados problemáticos. a causa de las contradicciones internas que caracterizaban a las fuerzas políticas del Poder regional. Mientras que su levantamiento, meramente oratorio, contra el gobierno de Madrid, sirvió de diversión estratégica para distraer al proletariado, haciéndole perder un tiempo precioso, y para que el Estado central, más coherente que el gobierno de la región autónoma, se adueñara rápidamente y firmemente de Cataluña.

También fué otro error pensar que la inserción en la Gaceta aseguraba el cumplimiento y la permanencia de las reivindicaciones obreras. Yo veía en el ministerio del Trabajo a Largo Caballero ocupado febrilmente día y noche en preparar y dictar leyes sociales de profundo alcance para la desarticulación del caciquismo tradicional. Si alguna de ellas, como la de Términos Municipales, hubieran echado raíces en la realidad española, las oligarquías históricas hubieran quedado hondamente quebrantadas. Pero no sólo después de la retirada de los socialistas, sino mientras estuvieron en el gobierno y aun en los primeros me-

ses, ya se veía la inutilidad de aquel esfuerzo. Mientras Largo Caballero trabajaba con frenesí en confeccionar leyes y leyes, yo recibía en la Subsecretaría del Trabajo comisiones obreras que venían diariamente de los campos castellanos, andaluces, extremeños, a denunciarnos que las leyes ya vigentes no se cumplían, que los caciques seguían mandando y que la fuerza pública nada hacía para meterlos en cintura. Rechinando los dientes, de impotencia y rabia, las enviábamos a Gobernación o reclamábamos personalmente a este ministerio o al que fuera. Se contestaba a los obreros o a nosotros con buenas promesas; pero las leyes más eficaces no se cumplían o sólo a medias, porque los caciques eran fuertes y porque no había que «favorecer demasiado a la política socialista». Estaba visto: sin tener una fuerza superior en la mano, no se puede hacer una revolución, por pequeña que sea, no ya en la calle, sino en el Poder mismo.

Pero esos errores, insisto, fueron necesarios. Sin ellos, sin la experiencia de que se hicieron patentes, sin la participación ministerial de los socialistas, con todas sus consecuencias y enseñanzas, es probable que hoy siguiéramos viviendo todavía en plenas ilusiones republicano-democráticas, como viven otras fracciones del partido. No hay que renegar de ese ensayo, porque gracias a él sabemos, sin ninguna duda que el proletariado sólo podrá realizar, no ya su específica revolución socialista, sino la previa democrática, por su propia y exclusiva fuerza, sin colaboración con nadie, después de llegar al Poder por la violencia. Esto es lo que hemos aprendido del bienio republicano-socialista. Enseñanza inmensa.

Sin esos dos años de amargo, pero fecundo aprendi-

zaje, el partido socialista español no sería aún un partido revolucionario —en sentido insurreccional— o lo sería muy débil; desde luego, sin ese ensayo, no se concibe la revolución de octubre, reacción obligada y de tipo psicológicamente compensatorio a las infidelidades con que la pequeña y la alta burguesía correspondieron al concurso de los socialistas en la instauración y el afianzamiento de la república. Y sin la revolución de Octubre, el proletariado estaría infinitamente más lejos del Poder —de todo el Poder— de lo que está. La experiencia errónea, pero necesaria, de la participación ministerial, determinado, aclarado y precipitado el proceso de radicalización revolucionaria del partido socialista, le ha acercado, pues, al Poder al abrirle los ojos sobre la verdadera senda y el verdadero método de conquistarlo.

Por esto no puedo estar de acuerdo con Serrano Poncela cuando en la participación ministerial señala uno de los motivos del fracaso de Octubre. Es aproximadamente lo mismo que dice Trotski en su folleto *La lucha contra el fascismo*: «En España, como en Austria, los que experimentaron la derrota (de Octubre en el primer caso) no fueron los métodos de la revolución, sino los métodos oportunistas en una situación revolucionaria. Lo que no es lo mismo.» Y un poco antes: «De la derrota española no es difícil deducir una conclusión contra la participación socialista en un gobierno burgués. La conclusión es en sí indiscutible, pero absolutamente insuficiente.» Será indiscutible para Trotski, que siempre, y ya en 1905 contra Lenin, fué contrario a la colaboración ministerial de los socialistas con los partidos burgueses. Pero para nosotros, en el caso de España, como he querido

demostrar, es todo lo contrario. La participación ministerial nuestra determina la situación revolucionaria de Octubre, es su causa eficiente. Toda la potencia revolucionaria de ese movimiento nace del fracaso de la participación ministerial. Sin esa participación o sin ese fracaso, la insurrección de 1934 es inconcebible. Decir otra cosa es poner el carro delante del caballo, invertir los términos de la dialéctica histórica.

Las causas del fracaso de Octubre hay que estudiarlas dentro del mismo movimiento. Echar la culpa a la participación ministerial es no sólo incurrir en un craso error dialéctico, sino exponerse a caer en un fatalismo terriblemente estéril y desmoralizador. Hasta Trotski reconoce que esa explicación es «absolutamente insuficiente». Más que insuficiente: es absolutamente equivocada. Más cerca de la verdad anda Trotski cuando atribuye el fracaso a «métodos oportunistas en una situación revolucionaria». Este es también el camino que luego sigue Serrano Poncela en su libro, al denunciar los elementos oportunistas o reformistas, o como se los quiera llamar, que sabotearon la revolución de Octubre —como habían saboteado la de 1930— o que la aceptaron sólo como una revolución democrática más, creando dentro del movimiento una contradicción de tendencias que únicamente podían debilitarle.

En este sentido y con las reservas anteriores expuestas, el libro de Serrano Poncela merece plácemes, porque ahonda y amplía la crítica del movimiento de Octubre iniciada en el folleto «Octubre» de las Juventudes Socialistas. También Serrano Poncela pertenece a ellas. Hay que reconocer—nos guste o no y estemos o no de acuerdo con todo lo que dicen y escriben— que

hasta ahora la crítica mejor, teórica y táctica, del actual proceso revolucionario español la están haciendo los jóvenes. Pero sería pueril —o senil— no ver en esa actitud más que una expresión de la lucha clásica, realmente biológica, de los jóvenes contra los viejos. Es mucho más que eso. La prueba está en que Largo Caballero no es ya ningún mozo y esta juventud le acata como maestro de acción indiscutible. Lo que ocurre es que esta nueva generación socialista está más cerca, en general, de la primera generación del socialismo contemporáneo que de la segunda o intermedia. Aquella se había inspirado directamente, o a través de los primeros propagandistas internacionales, en Marx y Engels, y la actual generación ha bebido en las fuentes de Lenin y de la Revolución rusa. Y para muchos socialistas no existen ni la Revolución rusa ni Lenin, y mucho menos Marx y Engels. El desacuerdo tiene que ser, pues, inevitable.

La generación de los socialistas maduros se formó en la época de la estabilización y prosperidad del capitalismo, de las ilusiones liberales y democráticas, y la mayoría de ellos no ha podido superar esa fase ideológica y política. La generación actual se ha formado en la época de la revolución proletaria (en Rusia) y del fascismo (Italia, Alemania, Austria, etcétera). El marxismo y leninismo de los unos y el antimarxismo y antileninismo de los otros, más o menos disimulado, no son caprichos subjetivos, sino manifestaciones de una realidad histórica modificada en dos o tres décadas.

En suma: lo que atrae en esta juventud es, no sólo su ímpetu revolucionario —lo que no sería mucho, porque hay muchos revolucionarios que son idiotas de

nacimiento, como lo prueban las hordas fascistas en todos los países—, sino su extraordinaria madurez mental. Confieso que, en general, no siento desmedida simpatía por un hombre joven. Me parece el suyo —mientras no demuestre lo contrario— un estado de imbecilidad latente que puede corregirse con el tiempo. A veces no se corrige. Hay que esperar. Digo esto para que nadie piense que trato ahora, ni he tratado nunca, de ser lisonjero con ninguna clase de juventud, por táctica política o por vano afán de proselitismo didáctico, como les ocurre a muchos viejos verdes intelectuales que todos conocemos. A veces puede acontecer, y acontece, que los jóvenes arrastren a los maduros y viejos, no por su juventud, sino por la fuerza y frescura de su intelecto, por su capacidad creadora. Ya dijo el clásico alemán que el hijo es el padre del hombre, como todo pasado nos parece una forma infantil o imperfecta del presente. Lo más natural es que haya coincidencias espontáneas entre hombres de distintas generaciones, lo mismo en la madurez juvenil que en la decrepitud senil. Hay jóvenes que nacieron viejos y ancianos que no envejecen nunca.

En el problema de las generaciones hay siempre la posible interferencia de un desplazamiento histórico, que agrupa a los hombres no tanto por las edades como por la vivacidad del intelecto para percibir la realidad nueva y la disposición de la voluntad para dominarla. Esto está ocurriendo en España. La experiencia del bienio republicano-socialista y la experiencia de Octubre han revolucionado las relaciones internas del Partido socialista y las de éste con las

Juventudes socialistas. Fruto saludable de esta revolución íntima es el presente libro. Los fetichistas de la unidad volverán a echarse las manos a la cabeza o las esgrimirán contra el libro y contra el prologuista, que, sin estar conforme con todo él, como consta en lo que antecede —y en otros aspectos cuyo examen harían interminable este prólogo— recomienda su lectura. No importa. Contestemos como contestaba Lenin a Trotski cuando éste, en el congreso del partido socialista ruso celebrado en Londres en 1907, le censuraba por manifestar públicamente sus desacuerdos con otros compañeros: «No es inteligente ni digno de un partido obrero ocultar sus discrepancias.»

Y, en último término, la unidad de un partido será deseable para las batallas electorales y parlamentarias; pero, cuando de hecho no existe, es fatal para las jornadas insurreccionales, como el libro de Ponce-la demuestra con abundancia de datos y de razones.

LUIS ARAQUISTAIN

1 ANTECEDENTES AL PERIODO PRERREVOLUCIONARIO

Unas consideraciones previas

No puede hacerse la crítica de las jornadas revolucionarias de Octubre de 1934 sin, previamente, remontarse a las causas últimas que influyeron en ellas, entendiendo por causas últimas los factores que predeterminaron la capacidad revolucionaria del Partido que asumió el papel rector de la insurrección. Resultaría insuficiente por unilateral enjuiciar este movimiento, uno de los más importantes llevados a cabo por la clase trabajadora mundial, prestando sólo atención a los factores externos, vinculados en los acontecimientos que tuvieron lugar en los primeros años de la República. El movimiento insurreccional de Octubre se produjo en atención a diferentes circunstancias económicas y políticas, a la correlación de fuerzas de dos clases sociales antagónicas y a la capacidad revolucionaria de las masas obreras encuadradas en diversos partidos y determinados sindicatos y dirigidas en la lucha por un Partido vanguardia de la revolución. Corresponde pues, para dar visos de certeza a nuestras observaciones, apreciar, sobre el plano político objetivo en que la revolución se desarrolla, determinadas condiciones subjetivas: línea política del partido rector y capacidad revolucionaria de las masas. Atendiendo a estos factores antecedentes, será fácil comprender las razones del fracaso y lo que es más importante, trazar una línea de conducta para el

futuro, desviada de la anterior en aquello que la experiencia haya demostrado erróneo.

Los economistas burgueses, con bastante acierto, puesto que de ellos mismos hacen la autointrospección, diferencian potencialmente a los países conforme el grado de intensidad económica que desarrolla, en diferentes planos, denominados de modo general, supercapitalistas, semicapitalistas, neocapitalistas y capitalistas (1). La zona supercapitalista viene a caracterizarse porque su producción, sobrepasando las necesidades del consumo nacional, cubiertas la oferta y la demanda, adquiere caracteres internacionales absorbiendo a otros países en su radio de acción. El semicapitalismo no permite a las zonas en que se desarrolla, marchar mucho más allá de sus necesidades internas. Los países neocapitalistas y acapitalistas se encuentran en actitud de total dependencia respecto a los anteriores. Como es natural, estas diferencias económicas exigen unas diferencias peculiares en cada zona, en orden a la correlación de clases, tanto en la burguesía como en el proletariado. En los países supercapitalistas domina el proletario industrial, la burguesía linda los límites de su último ciclo vital y, en general, la clase trabajadora se halla en condiciones de llegar a la modificación inmediata del sistema de producción y distribución de la riqueza. Las zonas semicapitalistas llevan pareja una zona proletaria que domina el campesinado, con núcleos industriales de pequeña factura. Sus condiciones internas para cubrir el ciclo de

(1) Estas categorías de diferenciación no son expresadas literalmente por los economistas, pero en el fondo, las divisiones que hacen, no tienen otra diferencia que la de terminología gramatical. Por creerlas más gráficamente expresadas recogemos las de Ernts Wagemann. «Estructura y ritmo de la Economía Mundial». La traducción del alemán al español está hecha por Labor. 1933.

transformación revolucionaria son inferiores, precisando una mayor preparación dialéctica y asimismo, una vez en posesión de la hegemonía política, se ven obligadas a desarrollar una labor prodigiosamente intensa hasta nivelar la desproporción económica (Rusia: Planes quinquenales.) En cuanto a las zonas neocapitalistas, y acapitalistas, solamente cuentan con núcleos escasos de proletariado consciente de su misión de clase, inadecuado para culminar un proceso revolucionario.

Es preciso catalogar a España entre los países semicapitalistas, sin posibilidades actuales de expansión económica más allá de sus fronteras, dependiendo, siquiera sea indirectamente, de algunos países supercapitalistas y en posesión de una de las características más esenciales del semicapitalismo: escaso capital y abundante mano de obra. Las zonas industriales en España son escasas, las zonas agrarias abundantes, no porque se haya pretendido hacer de España un país eminentemente agrícola, sino porque han faltado las condiciones para transformarlo en industrial. El proletariado español, adaptado al medio económico en que se desarrolla, ha tenido siempre una predisposición a las formas políticas anárquicas. Cuando el Partido Socialista comenzó su labor de organización y propaganda sentía nuestro proletariado intuitivamente los problemas de clase, prueba de ello, la prodigalidad de motines anarquistas que durante el pasado siglo desgastaron las fuerzas obreras cuando, en gran parte de los países europeos, se luchaba por las consignas del socialismo científico. Hasta bien entrados los primeros años del siglo actual no puede hablarse de capacidad revolucionaria socialista en nuestras masas obreras. El Partido Socialista no había canalizado energías dispersas, sino sembrado, porque en el aspecto de la lucha

de clases racional y metodizada el suelo estaba yermo. Francia, Inglaterra, Alemania, Rusia; todos estos países pasaron por la etapa previa del socialismo utópico, heroico, pero constructivo. El marxismo encontróse con el terreno abonado para expandirse, y a veces fué producto fermentado de cualquier otra especie de socialismo. En España, no. Hubo de crearse primero una conciencia de clase. Después pensar en transformarla en conciencia revolucionaria de clase.

De forma que el Partido Socialista en España no ha podido exhibir un plantel de teóricos que dieran forma científica a sus avances políticos y sindicales. Precisaba hombres de acción, organizadores, aunque estos tuvieran un sentido vago del marxismo como doctrina y como guía para la acción. Las condiciones económicas del país no precisaban tampoco otra cosa. La gran burguesía terrateniente, estancada en sus posesiones, fija en sus latifundios, no era esa perpétua contradicción activa que en otros países exigía diariamente una superación de los partidos marxistas para no quedar atrás políticamente. No había removido la república las capas sociales al extremo que en Francia ni tampoco la monarquía era un elemento activo, enemigo constante del proletariado como en Rusia. El programa del Partido Socialista, en uno de los postulados, contenía la lucha por el Poder. Hasta 1932, la lucha por el Poder ha venido vinculada a la lucha por la república. Las voces aisladas de escasos teóricos eran comprendidas cuando más como conferencias de salón. Al frente de las organizaciones, hombres de buena voluntad, políticamente de concepciones pequeño burguesas, hacían avanzar los cuadros sindicales en pos de beneficiosas conquistas para la clase trabajadora,

siempre enmarcadas en el ámbito económico del capitalismo

A pesar de ello, el Partido Socialista fué siempre un partido de masas. Verdad es que no tenía enemigo. Tampoco tenía fracciones internas que sirviesen de revulsivo. Era un bloque monolítico. Cuando escucho hablar a viejos socialistas de la «unidad» del partido, como panacea para salvar las tormentas que sobre él se ciernen hoy, pienso que a esta unidad se debe exclusivamente la ausencia de concepciones teóricas revolucionarias en el mismo. Por fortuna, aquellos tiempos ya no pueden volver. El Partido Socialista, cubierta la primera etapa organizativa, se ha lanzado «desde sus tiendas» a imponer su fuerza social en la vida española. Aparte de ello, otros partidos obreros, sino tan importantes, con las suficientes facultades de crítica para actuar de vigilantes, actúan a los flancos, impidiendo ese retroceso al limbo feliz, donde vegetó durante muchos años la organización obrera española, un tanto porque las circunstancias históricas se lo exigían, otro tanto porque las masas y los dirigentes no tenían conciencia de su valor intrínseco.

La primera acción de masas en que interviene el Partido Socialista como fuerza organizada es en el movimiento revolucionario de 1917 para implantar en España la república. Fracasó aquella gesta como fracasó Octubre. Naturalmente impelida por factores desemejantes. Sin embargo, aquel fracaso tuvo un significado excepcional: incorporar, por primera vez a la vida pública española, al proletariado. Vincular a la clase trabajadora a la conquista de la democracia. A la república. De entonces a acá, para la clase trabajadora hay un problema sin resolver, un mito que alcanzar: la república. Trece años de obsesante machacar sobre la cuestión, agudizada más en

la época dictatorial, entregan al proletariado en 1931, integralmente, al nuevo régimen. Sin reservas. Sin preparación teórica y con una ciega visión política. Entregándose sinceramente a una labor constructiva que, dos años más tarde, apenas si había de aprovechar. En razón directa a la elevada cumbre que se había alcanzado en pos de la democracia, es de vertiginoso el descenso. En menos de dos años, las masas obreras adquieren una preparación revolucionaria que debió ser producto de una labor intensa y larga. Octubre es la consecuencia de ello. No vamos a discriminar. Quizá todos hayamos tenido culpa. La crítica acerba será para aquellos que, después de la experiencia, se empecinan al pasado y para los otros, que, por omisión culpable, han posibilitado el fracaso.

En diciembre de 1930 culmina la preparación de un movimiento revolucionario de acuerdo con la pequeña burguesía para transformar la monarquía anticonstitucional en un régimen de república liberal y democrático. Abortado el golpe de fuerza, en 1931, cuatro meses después, unas elecciones municipales inclinan a favor de la revolución el poder político. La clase trabajadora, por derecho propio, penetra en primera línea en el nuevo Estado. Ha puesta su fuerza al servicio de éste. El aliado es débil y las viejas oligarquías permanecen muertas al parecer, cuando menos escondidas. Se abren perspectivas halagüeñas para el movimiento obrero. Todo consiste en saberlas aprovechar. Con este criterio, al gobierno del nuevo Estado concurre una representación de la clase trabajadora.

Teóricamente, aquí parece marcarse la primera ruptura en la unidad de pensamiento dentro del Partido Socialista. Una fracción del mismo, el ala derecha, se

opone a que el proletariado participe en la república democrática desde dentro, por considerar que adultera sus principios de clase. Otra fracción, mayoritaria, estima lo contrario. Tres ministros socialistas forman parte del primer gobierno revolucionario de la república. El primer fallo político de consideración lo estimamos en el valor que a esta participación en el gabinete provisional dió el Partido Socialista. Primer cabo que hay que atar para comprender el fracaso de la insurrección de octubre.

La participación ministerial de la democracia burguesa

Por conceder el valor que concedemos a la república democrática como primera etapa revolucionaria para llegar a la conquista del Poder por el proletariado, no ha de quedar al margen de nuestra crítica el llamado «problema de la colaboración ministerial». Se ventila, en este caso, una cuestión de principios, y la responsabilidad que a la participación gubernamental cabe en el fracaso de octubre, se debe, no a la participación en sí, que era inexcusable, sino al modo de entender esta participación. Como el problema es grave, no pretendemos hablar por nuestra cuenta, siendo preciso aplicar la dialéctica teórica para mejor aseguramiento de la tesis que sustentamos.

Afirma Engels que la república democrática es condición específica para afianzar una dictadura de clase. Cuando adviene un régimen republicano demócrata, como consecuencia de un movimiento político de masas, es imprescindible que el partido representativo de estas masas lo controle desde el primer instante, no con el fin de

vitalizarlo y defenderlo de los ataques de los vencidos exclusivamente, sino con el fin de canalizarlo en un ininterrumpido proceso de superación que transforme el contradictorio régimen pequeño burgués en un régimen de gobierno por y para la clase obrera. La república democrática, tácticamente, no es más que el campo de batalla donde han de librarse jornadas decisivas. En la jalonada serie de acciones políticas que un partido de clase tiene que llevar a cabo, se exige como premisa fundamental, para el tránsito del poder político de manos de la burguesía a manos del proletariado, un período de república pequeño burguesa en el que las contradicciones inexorables del régimen queden a flor de piel a consecuencia del debatir incesante de encontrados conflictos de fuerzas antagónicas. La república democrática es un período de descomposición que acelera dentro de un país el predominio económico y político de los trabajadores. Y lo es de modo preciso, porque los problemas que tiene planteados y sin resolver el proletariado, **a consecuencia de los cuales mantiene la guerra civil más o menos oculta que existe en el seno de la sociedad actual hasta el momento en que estalla la revolución abierta y en que el proletariado establece su régimen por medio de la desposesión violenta de la clase capitalista** (Marx y Engels, «El Manifiesto Comunista»), no pueden resolverse en un régimen de democracia, dentro del cual resulta imposible la elevación del nivel revolucionario de las masas. La necesidad de avanzar a compás de las experiencias políticas en un grado parejo de madurez revolucionaria y de descomposición burguesa, exige la república, como forma de gobierno, **el reconocimiento de la soberanía del pueblo, que no tiene lugar sino en una repú-**

blica democrática (Marx, «Crítica del Programa de Gotha»).

Y esto, quírase o no, exige una participación del partido que tal interés tiene en la descomposición de la república democrática en las primeras faenas gubernamentales, ya que **esta revolución significa precisamente un período de evolución, durante el cual el grueso de la sociedad se coloca entre el proletariado y la burguesía, constituyendo una muy amplia capa campesino pequeño burguesa** (Lenin, «La república democrática y el proletariado»), por lo que es preciso arrastrar a esta masa, en principio revolucionaria, hacia nuevas consignas que, en avance ininterrumpido, ha de ir lanzando el partido dirigente de la revolución. Aparte de la necesidad de asegurar la conquista de las avanzadas revolucionarias, del programa mínimo de un partido marxista, que empleado con habilidad facilita las jornadas ulteriores.

La participación en el primer gobierno revolucionario no significa una colaboración con la burguesía en la solución de sus propios problemas, o por lo menos, no lo debe significar. Lenin estudió certeramente esta cuestión cuando en Rusia hubo lugar a ello, sosteniendo la tesis marxista oportunista de participar en el gobierno revolucionario frente a las desviaciones inhibicionistas de los «puros». Y así, decía: **Participar en el gobierno provisional con la democracia burguesa revolucionaria** (aludía a los alaridos de los marxistas «puros», nuestros reformistas de acá) **es consagrar el régimen burgués, el mantenimiento de las prisiones y de la policía, del paro y de la pobreza, de la propiedad y la prisión. Este argumento es digno de los anarquistas o de los populistas. La social democracia no rehuye la lucha por la libertad política, bajo pretexto de que esta libertad**

política es una libertad pequeño burguesa desde el punto de vista histórico. Mas no consagra la república burguesa, sino como la única forma de la dominación burguesa, como el terreno más favorable de la lucha del proletariado contra la burguesía; lo consagra, no a causa de sus prioridades y de su policía, de su propiedad y de su prostitución, sino con vistas a una lucha vasta y libre contra esas amables instituciones». (Lenín, «La República democrática y el Proletariado»). (1).

1 Añadía Lenín aclarando su posición oportunista revolucionaria: «Martínof ha oído decir que no es permitido a un socialista entrar en un ministerio burgués (cuando el proletariado lucha por la revolución socialista) y se apresura a «comprender» que no conviene participar con la democracia burguesa revolucionaria en una revolución democrática y en la dictadura necesaria para la coronación de esta revolución. Martínof ha leído nuestro programa mínimo, pero sin observar que la severa distinción establecida en él, entre las reformas realizables en régimen burgués y las reformas socialistas, lejos de ofrecer un interés puramente literario poseen también una importancia vital y práctica; no ha observado que ella debe, en un período revolucionario ser inmediatamente confirmada y aplicada. No ha reflexionado en que la renuncia a la idea de la dictadura democrática revolucionaria en el momento de derrumbarse la autocracia equivale a la negativa de realizar nuestro programa mínimo. Recordad solamente las reformas económicas y políticas exigidas en este programa: república, armamento del pueblo, separación de la Iglesia y del Estado, libertades democráticas, reformas económicas radicales. ¿No es claro que la realización de tales reformas no se concibe en régimen burgués sino en dictadura democrática revolucionaria de las clases inferiores? ¿No es claro que se trata aquí, no solamente del proletariado por oposición a la burguesía, sino de las clases inferiores que son las fuerzas activas de toda revolución democrática? Son estas clases, el proletariado más las docenas de millones de pobres de las ciudades y los campos, cuyas condiciones de existencia son pequeño burguesas. Ciertamente que numerosos elementos de esta masa pertenecen a la burguesía, pero es más cierto que el interés de ella reclama la realización completa de la democracia, y que cuanto más se la ilustre más inevitable es su lucha por la democracia completa. Un socialdemócrata evidentemente no olvidará nunca la doble naturaleza económica y política de la pequeña burguesía de las ciudades y del campo ni la necesidad de una organización separada e independiente del proletariado luchando por el socialismo. Mas tampoco olvidará que esa masa tiene, además de un pasado, un porvenir; además de los prejuicios, una razón que la empuja adelante, hacia la dictadura revolucionaria democrática; no olvidará que la luz no es dada úni-

Era preciso, por tanto, colaborar, más era consustancial con esta colaboración llevar a ella un espíritu de partido que, desde el primer instante, la aceptase como un medio de llegar a un fin. Esto es lo que no se hizo. Los años de colaboración ministerial resultaron ineficaces en relación a lo que pudieron haber sido. Argumentan algunos que la abstención pudo salvar la impoluta virginidad de un partido de clase que hasta entonces caminaba por derroteros peculiarmente suyos, sin deferencias a la pequeña burguesía. Afirmar esto es mentir a sabiendas en primer término, y desconocer todas las reglas políticas y tácticas que un partido revolucionario preciso emplear para su desplazamiento a zonas totalitarias en segundo lugar. ¿De cuándo acá se puede llevar colaboración a ocupar puestos en un gobierno revolucionario de coalición? Siendo esto así, podemos considerar que colaborar es tanto como actuar desde un principio con la pequeña burguesía en el campo de batalla, es decir, en las jornadas prerrevolucionarias. Ultimada la lucha, retirarse silenciosamente por un prurito moral de doncellez fracasada, es puro fariseísmo. Se colabora en tal caso en todo, desde el principio hasta el fin, sin que quepan distinguos sutiles. El quid de la cuestión se halla en saber cómo hay que colaborar, qué alcance tiene la palabra. Alrededor de ello debieron discutir los sabios varones abstencionistas y entonces su tarea hubiese quizá producido otros frutos.

¿Para qué insistir más en cuanto a la necesidad de la colaboración? Lo que interesa es sentar claramente la

camente por el libro, sino también y sobre todo, por la marcha misma de la revolución que abre los ojos y exige de la educación política. En estas condiciones, una teoría que rechaza la idea de la dictadura revolucionaria democrática no puede ser considerada sino como la justificación filosófica de una política retardataria.»

trayectoria que un partido marxista ha de seguir en la república democrática hasta superarla y transformarla en razón de los intereses que este partido representa. y la trayectoria que en realidad siguió el Partido Socialista Español con evidente menoscabo de la que debió seguir. Para el caso, nos remitimos a la siguiente premisa leninista, que tiene la gran virtud de su brevedad y su concisión: **La social democracia —dice— no debe temer avanzar bravamente y dar al enemigo golpes concertados con la democracia burguesa revolucionaria, con la CONDICIÓN ABSOLUTA DE NO CONFUNDIR LAS ORGANIZACIONES, DE MARCHAR SEPARADAMENTE, DE GOLPEAR UNIDOS, DE NO OCULTAR LA DIVERSIDAD DE INTERESES, DE VIGILAR A SU ALIADO COMO A UN ENEMIGO.**

Exacto. Avanzar a compás de la democracia burguesa, concertando las fuerzas comunes para un movimiento revolucionario que transforme el régimen político autocrático y dictatorial en un régimen liberal y democrático. Pero avanzar con la condición de no olvidar que se es un partido de clase, atado únicamente a los compromisos exigidos por la clase obrera, despreocupándose de las conveniencias «nacionales» que, como pérfidas sirenas, surgen inmediatamente de lanzarse a la aventura gubernamental. Avanzar pendientes siempre de los intereses peculiares de la organización obrera, en engaño continuo y hábil al adversario que, de modo circunstancial, camina como amigo; empleando sus recursos, su fuerza, su mismo programa si es menester, cuando se trata de aplastar al enemigo común; es decir, «golpeando unidos», pero sin confundir los intereses peculiares ni hipotecar el futuro en una acción al margen de los problemas de clase; avanzar atento a los intereses propios que siempre han de

procurarse por encima de los intereses «comunes»; avanzar, en definitiva, con el apercebimiento de que cada paso que se dé significa un paso hacia el futuro. De esta forma, al curso de los días, el partido revolucionario solamente encontrará ventajas en su participación ministerial, porque tendrá en sus manos los resortes del Poder, la patente de corso para traicionar al que obligadamente le concede esta especial beligerancia. Los problemas de tipo pequeño burgués insatisfechos, a ser posible arrinconados, crearán en las masas populares un estado de sorda desatención al nuevo régimen. Si al mismo tiempo se realiza un trabajo de preparación insurreccional, puede afirmarse que se producirá un momento preciso en que, hallándose maduras las condiciones objetivas revolucionarias, podrá ser transformada la república democrática en dictadura de la clase trabajadora.

Que no se procedió como aconsejaba una estrategia revolucionaria, siquiera sea elemental, lo saben tirios y troyanos. No vamos a hacer historia de los dos años de colaboración ministerial, nos robarían un tiempo y espacio precioso, máxime cuando no resta un solo socialista revolucionario que no haya hecho la oportuna composición acerca de estas jornadas que la reacción española ha calificado piadosamente de «bienio». Aun los mismos dirigentes del partido, de modo principal Largo Caba-llero, actualmente no se recatarán en expresar el desacierto. Política nacional. Esto se hizo. Desde ningún punto de vista puede justificarse que una política de semejante traza convenga a los intereses del proletariado, no siendo que se olvide que la historia política de los pueblos es una historia de la lucha de clases en posesión de intereses irreconciliables. Y que esta irreductibilidad de in-

tereses es, en definitiva, el nervio motor de todas las actividades.

Política de sacrificios

Así, en tal ambiente de confusión teórica se ayudó a formalizar la república. Cuando los hombres representativos decían que el Partido Socialista era el más firme baluarte del régimen, no engañaban. Tampoco al manifestar que en holocausto a la república se habían inmolido puntos programáticos. Aun hay más. Se inmolaron principios. Esto no lo ha sabido agradecer ni aprovechar la burguesía. En definitiva, no nos preocupa. Consideramos que nada más eficaz que la actitud de las clases conservadoras desplazando al socialismo a campo enemigo, para desvanecer en las masas el mito de la democracia, y lo que tiene más importancia aun en la cabeza de algunos dirigentes. ¿Se ha parado alguna vez a meditar lo que hubiera sucedido con dos años más de colaboración «nacional»? Aterra pensarlo. La fracción revolucionaria del partido a estas fechas se encontraría desplazada en virtud de su misma razón de ser hacia otras zonas políticas, donde consumiría en esfuerzos ineficaces y lentos el vigor que, una vez al frente de las grandes masas políticas y sindicales, impulsó decisivamente hacia las jornadas de octubre.

Como es natural, el triunfo republicano abrió un amplio campo de posibilidades al proletariado. Esto no puede negarse. Desde el punto de vista interno, de desarrollo, hasta la influencia externa en el resto de las capas sociales del país, la república fué un avance insospechado.

Doscientos mil afiliados tenía la U. G. T. durante la dictadura. Un millón alcanzó en las primeras jornadas republicanas. El fortalecimiento de los sindicatos trajo consigo mayores posibilidades de triunfo en sus luchas por las conquistas gremiales. Rara fué la profesión que los años del «bienio» no modificó sus estatutos de trabajo, sus contratos. Salarios más altos y garantías de su cumplimiento por medio de los organismos arbitrales, fueron una de las primeras consecuencias. Mas estos avances parciales empeoraban en definitiva el panorama total de la vida española. Por encima de todo existía un vicio de nulidad en el origen. Entre las fuerzas democráticas pequeño burguesas y el proletariado había un pacto. Escrito o no escrito —para el caso es indiferente—, lo cierto es que el proletariado estaba comprometido a no dar un paso más allá del programa de la pequeña burguesía. Y con un sentido de la responsabilidad, del honor, de los compromisos que no respondió a conciencias marxistas, sino a prejuicios demócratas, el pacto se cumplió, sacrificando, en aras de este pundonor, brotes revolucionarios. Asombra la disciplina de las masas obreras, amordazando sus necesidades en beneficio de una colaboración que se veía resultar ineficaz. En principio, se disculpaba el sacrificio. Era necesario. Más tarde, pudo apreciarse, en el último año colaboracionista, la tremenda esterilidad.

«Eran, pues, razones fundamentales e históricas las que se interponían entre el proletariado y la revolución», se ha dicho, justificando muy debilmente la omisión revolucionaria en la etapa colaboracionista. No se divisan. Entre el proletariado y la revolución, durante la etapa ministerial, no se interpuso más que la contumacia en actuar al margen de una línea política revolucionaria. El proletariado, al abandonar la ciudadela republicana

sus representantes, debió hallarse en condiciones de tomarla por la fuerza, sino en aquel momento, cuando las condiciones revolucionarias se produjesen, ya que ineluctablemente se sabía que habían de producirse, por el desarrollo de los hechos históricos. Octubre ha sido una insurrección defensiva. Pudo ser ofensiva a su tiempo si la clase trabajadora hubiese estado preparada para ello.

Así, la salida del Poder se llevó a cabo en las peores condiciones. Después de concitar ingenuamente los odios de toda la contrarrevolución, se abandonaron los resortes de mando sin una posibilidad ofensiva. Precipitadamente hubieron de hacerse mas tarde preparativos que en los momentos colaboracionistas tuvieron su razón de ser. Se nos aducirá que entonces nadie pensaba en las necesidades de una perspectiva insurreccional. Naturalmente. Eso, y solamente eso, es lo que pretendemos demostrar: que, anclados en la república, no se pensó en el futuro, precisamente porque tanto el partido como sus hombres, con la salvedad de una minoría exigua, no habían enfocado el problema desde un punto de vista marxista. Defecto de educación y de principios tácticos que hemos venido contemplando en línea recta desde la fundación del Partido Socialista.

El caso Largo Caballero

Hay una excepción. El «caso Largo Caballero». Ignoro si las observaciones que haga tienen una base firme, pero es lo cierto que una deducción de los hechos nos llevan a ellas como de la mano. Largo Caballero es hoy, indiscutiblemente, el jefe del Partido Socialista. El en-

carna la línea revolucionaria que, después de octubre, se ha perfilado con máxima intensidad, desamarrándose de aquellos que, como Indalecio Prieto, fueron al movimiento ocultando designios políticos muy poco en concordancia con los postulados revolucionarios de clase. Largo Caballero ha llegado a tal jerarquía (que espiritualmente existe, aunque a muchos intrigantes y ambiciosos les duela), no por arte de magia, sino a través de un proceso lento de confianza que ha calado en las masas cuando precisamente éstas, abandonadas dialécticamente por los dirigentes, comenzaron a caminar ciegas por el sendero de la verdad. El punto de partida de Largo Caballero, después de la experiencia democrática, lo que le centra en la línea revolucionaria, es su discurso del Cine de Pardiñas, en 23 de julio de 1933, cubriendo aun su última etapa de ministro. Hemos releído con atención el texto al trazar este ensayo, y en él vemos la primera interpretación revolucionaria que se dió a la colaboración ministerial por los dirigentes del partido, combatiendo las posiciones reformistas de inhibición, como asimismo la primera advertencia seria, profundamente pensada de que el Partido Socialista en la república burguesa tiene como objetivo primordial la conquista del Poder político (1).

¿Cuándo tiene lugar el discurso del Pardiñas? No se olvide el dato, tiene lugar en el verano de 1933, es decir, poco antes de que abandonasen el Gobierno los tres mi-

(1) «Y ahora vamos a lo de la Conquista del Poder Político. Se nos dice: «Pero bien, el Partido Socialista va a la conquista del Poder Político. ¿Y qué es la conquista del Poder Político? El Poder Político es el poder integral, es apoderarse de todos los instrumentos de gobierno. ¿Estamos nosotros preparados para eso? Yo no discuto si estamos preparados o no, como no discuto si la clase burguesa está preparada o no está preparada para gobernar...»

nistros socialistas, cuando ya la gran burguesía en la sombra afilaba sus armas para cortar en seco el menguado avance de la República democrática. Largo Caballero había permanecido en silencio los dos años de colaboración ministerial con la salvedad de aquel discurso que pronunció en el «Hotel des Bergues» en Ginebra, tan comentado en la prensa, donde sentó los principios marxistas del Estado Fuerte en la glosa de su frase: «¿libertad, para qué?» y la decisión de cubrir el ciclo democrático llevando la «revolución española a los fines que le señaló la voluntad popular». Al hablar en el Pardiñas dió estado público a lo que pudiera ser culminación de una táctica o estado de contricción. No nos interesa afirmar que, primero porque no es fácil discernir en interioridades ajenas; segundo, porque para el caso viene a ser lo mismo. Largo Caballero en la colaboración ministerial no estaba solo, ni representaba él sólo un **criterio de partido**. Desde luego existía discrepancia en la apreciación del proceso democrático. Recuérdese como Largo Caballero propuso en diferentes ocasiones el armamento del pueblo y como su propuesta no fué compartida ni aun por sus compañeros de colaboración. De forma, que bien una rumia de desesperanzas o una lógica línea política patentizó su sentido revolucionario. Entre el asombro de sus compañeros de ministerio y el desasosiego de numerosos dirigentes, abrió las puertas de la república y salióse al campo. A compás suyos, de «pioneros», completamente solos, aunque algunos recaben ahora para sí las mieles del triunfo, emprendimos la marcha un puñado de jóvenes socialistas, los mismos que en abril de 1934 fuimos discernidos para ocupar los cargos rectores de las juventudes. Un puñado simplemente. Aquellos de quienes se decía, pretendiendo cortarnos el paso: «...de vez en cuando se deja sentir en las filas juve-

niles socialistas un agudizamiento del revolucionarismo, que siempre ha terminado de muy mala manera. Y al cual ha habido que salir siempre al paso con reacciones un tanto violentas, que en el decurso del tiempo se han visto siempre confirmadas hasta ahora». (M. Rojo, en «Renovación»).

Para Largo Caballero y algunos destacados socialistas más, afectos de siempre a él, tanto por cariño personal como por comunión táctica, y asimismo para el puñado de «pioneros», entonces, al principio de labores más curtidas y de más responsabilidad, recabo la satisfacción, dejando a un lado falsos pudores, de haber entroncado al Partido Socialista, perdido en las frondas de la democracia burguesa, con los principios revolucionarios del marxismo. La ejecutoria limpia que se presenta en este aspecto concede autoridad a unos y a otros, cada cual en su esfera, para orientar a las masas del partido y las juventudes.

Más adelante he de volver sobre el tema. De momento me interesa fijar la figura señera de Largo Caballero, como representante superior de un estado de conciencia de las masas en la república democrática, como vitalizador de un partido de clase que, solamente por su esfuerzo, no emergió del ciclo democrático pequeño burgués completamente desvitalizado.

Poco después tiene lugar la Conferencia en la Escuela Socialista de Torrelodones. «El Presidente del partido— como tituló su información **El Socialista**—, disertó ante los jóvenes becarios de los problemas tácticos de nuestro movimiento». Si el discurso de Pardiñas fué el principio de un nuevo cauce táctico y teórico dentro del partido, la conferencia de Torrelodones tuvo el acierto de llenar aquellas lagunas que pudieran considerarse producto del

despecho, demostrando que Largo Caballero obraba así por principios, en el convencimiento de que el Partido Socialista necesitaba encauzarse diligentemente por determinadas sendas. La ratificación fué pública y completa: «Yo, antes de la república, creí que no era posible realizar una obra socialista en la democracia burguesa, y después de veinticuatro meses en el gobierno de la república, si tenía alguna duda sobre ello, ha desaparecido. Hoy estoy convencido de que realizar una obra socialista en la democracia burguesa es imposible». «Algunos camaradas han pensado que las palabras que dije en el Pardiñas eran dichas con el propósito de causar un efecto exterior, un efecto político, para tonificar un poco los espíritus; pero que yo no estaba muy convencido de lo que decía y que era más bien una cosa de habilidad. Yo vengo aquí a declarar que me ratifico desde la primera letra a la última en lo que dije en Pardiñas. La exposición de principios dogmáticos también: «el primer punto que en el programa mínimo tenemos nosotros, es proclamar la república democrática». «Todos los maestros han pensado que después de un triunfo, ya sea legal o revolucionario de la clase trabajadora, hay un período de transición». «Eso está dicho por nuestros maestros. En la crítica que Marx hizo al Programa de Ghota, decía, entre otras cosas, esto: «Entre la sociedad capitalista y la comunista hay un período de transición revolucionaria, de transformación de la una a la otra. A este período corresponde una etapa de transición política, y el estado durante ese período no puede ser otra cosa que la dictadura del proletariado», como asimismo el anuncio a las masas obreras de que el Partido Socialista era preciso que se plantease el problema de la conquista del Poder: «no es que yo crea que debemos imitar a los rusos; pero las

circunstancias nos van conduciendo a una situación muy parecida a la que se encontraron ellos cuando hicieron la revolución, porque aunque nosotros no tenemos una guerra como la que tuvieron ellos, y aunque no tenemos unos soldados con los fusiles que les entregó el gobierno para ir a las trincheras, lo que es indudable es que en España se va creando una situación revolucionaria tal por el progreso del sentimiento político de las masas obreras y por la incomprensión de la clase capitalista, que no tendrá más remedio que estallar algún día. Ante esta posibilidad nosotros debemos prevenírnos».

Desde este momento, el Partido Socialista queda irreductiblemente dividido en dos tendencias: la social demócrata, bien colaboracionista, bien oposicionista, preocupada intensamente por la posibilidad de evitar que los acontecimientos hagan desembocar al partido en una acción revolucionaria, y la marxista, convencida de que implantar la dictadura de clase era el primer paso obligado a la vista del desengaño de las masas trabajadoras, perdida su fe como era de esperar en la república democrática. En la primera, todos los dirigentes del partido, desde Prieto, que entonces tuvo un ruidoso fracaso (él lo recordará siempre) en la Escuela de Verano, al confesar que no creía en la dictadura del proletariado; hasta el profesor Besteiro. En la segunda, Largo Caballero y el grupo de incondicionales suyos, como dijimos antes, por una mezcla de efecto y de similitud en la línea política. En cuanto a las minorías de clase, a los cuadros de las agrupaciones socialistas, la vieja guardia quedó atónica y con reservas a la vista del cisma, pretendiéndose inhibir en el pleito. Hay que reconocer que la vieja guardia del partido nunca se paró a pensar por su cuenta problemas teóricos de larga perspectiva. Las juventudes en pleno se colocaron

al lado le Largo Caballero, del viejo líder del partido, con la excepción «honrosa», por supuesto, de los dirigentes nacionales: Rojo, Castro, etc., conspicuos reformistas, que hoy, por estupenda paradoja, están procesados y hasta pretenderán especular con ello a cuenta de haber organizado quién sabe qué extrañas milicias socialistas. Claro es que los dirigentes de las juventudes, de hecho, éramos la fracción de oposición que en abril de 1934 fué llevada unánimemente a los puestos de mando.

A este momento se vincula toda la sorda marejada interna que conmueve hoy al partido, con pareja intensidad a como conmovió en su tiempo al Partido Social Demócrata Ruso, a consecuencia de la cual la insurrección de octubre castró muchas posibilidades. Después de octubre, el problema ha tomado su torva expresión y de como se resuelva depende el porvenir del proletariado español, del mismo modo que si hubiese sido resuelto—azar de la historia al que hay que dejar siempre un margen— en el período predemocrático, la república hubiese desembocado ya en una triunfante dictadura de clase, o en el período prerrevolucionario, hubiera quizá decidido el octubre rojo español.

2 LA PRERREVOLUCION

El Partido Socialista abandona el Poder

En el mes de septiembre de 1933, como solución a una crisis ministerial que venía incubándose desde primeros de año, el Partido Socialista abandona sus puestos de participación ministerial en el gobierno de la república. Con este acto queda cortado en seco el débil avance revolucionario que venía realizándose, a partir del 14 de abril de 1931 en el seno de la democracia. La gran burguesía española, ajena a sus perspectivas históricas, empleando al Partido Radical y a los renegados de la conjunción, esas cabezas de ratones que llegaron por ironías del destino a ministros republicanos, tiró la zancadilla.

No se registrará en la historia de la segunda república española un gobierno más profundamente ingenuo; más ausente de las realidades históricas que aquel llamado del «bienio». Ahora, a cuatro años vista, cuando se medita sobre lo que pudo ser y no fué, sobre los resortes que tuvo en sus manos, el error adquiere un calibre considerable. Advino a los cuadros de mando del país con una confianza plena, sin límites, ayuno de responsabilidades. Durante tres meses, es decir, hasta la elección de Cortes Constituyentes, pudo hacer mangas y capirotos. Legislar por decreto para dar cumplimiento a un programa mínimo revolucionario que solucionase definitivamente el pleito político, descabezando la reacción y el problema agrario, que era el nudo gordiano de las masas trabaja-

doras. Pudo transformar la burocracia, la magistratura y el ejército, creando un nuevo Estado. Pudo, en fin, realizar tantas cosas como después se han lamentado por ellos mismos. Por el contrario, se limitaron a barnizar el Anti-estado, a fin de darle joven apariencia. Las primeras lluvias arrastraron el revoco.

Esto decíamos, desde un punto de vista político nacional. La misión del Partido Socialista en la república democrática y el posibilismo colaboracionista queda expuesto en uno de los apartados anteriores.

Claro es que la pequeña burguesía, en virtud de sus propias contradicciones, está casi obligada instintivamente a producirse en un proceso dialéctico como el que se produjo. Su propia inconsistencia, como cordón umbilical de dos clases, la obliga a proyectar situaciones políticas fluctuantes, so pena de entregarse a una de ellas. En el primer gobierno republicano, si hubiera desarrollado un programa mínimo revolucionario, era fatal su desplazamiento por el proletariado, para llevar la revolución a sus últimas consecuencias. Prefirió el extatismo, dando así un margen de respiro a la gran burguesía (terratenientes, industriales, clérigos y residuos de nobleza) para ocupar, fortalecida, las posiciones abandonadas. Más adelante comentaremos este proceso histórico de la pequeña burguesía con la atención que requiere, máxime a la vista de su posición ante octubre y sus salmodias monorrítmicas de hoy en pos de una nueva acción conjunta con el Partido Socialista.

Como el socialismo español no había llevado a la participación ministerial un contenido marxista, una dialéctica revolucionaria, no supo hacerse con la pequeña burguesía y manejarla en beneficio propio hasta su total inmersión en el proletariado. A la república se fué por

la república exclusivamente, posponiendo sus intereses, los intereses de clase. Ahitos de democracia y ayunos de fermento revolucionario, obrando exactamente a como obraron en análogo trance otros partidos que componen la Segunda Internacional, el testaferro de Amsterdam. Se ha dicho que la religión es el opio de los pueblos. Yo digo que la Segunda Internacional es el opio del marxismo. Sobre el tema, los socialdemócratas alemanes pueden hablar con más autoridad que nadie.

La basculación de situaciones estaba en manos de la pequeña burguesía. De como ella inclinase la balanza dependía el futuro de la república. Aquí la frase de Engels, considerándola como un campo de batalla donde se miden dos fuerzas antagónicas. La pequeña burguesía actuaba de juez de campo. Un juez parcial, obligado, en el fragor de la lucha, a colocarse al lado de uno de los dos adversarios para no perecer. Se colocó al lado de la gran burguesía, creyendo en su ceguera que, defendiéndola del proletariado, defendía su razón de ser. La frase: «El socialismo no está maduro para gobernar en España», evidenciaba su propio miedo a la absorción por la clase trabajadora, sin ver que sus halagos a la gran burguesía derivaban a que ésta la utilizara como celestina que preparase a las viejas oligarquías la yacija del placer.

El Partido Socialista salió, mejor dicho, fué lanzado. El conturbenio entre radicales y heterodoxos gubernamentales (Gordón, Botella, etc.), produjo estos efectos. Quedaban cerradas desde este momento todas las posibilidades revolucionarias desde arriba. La conquista del Poder era preciso plantearla y estudiarla desde otro plano diferente. Hablamos, como es natural, desde un punto de vista teórico, porque, en realidad, no se pensó en la conquista del Poder durante la participación ministerial,

por lo menos, en cuanto estaban obligados a ello los cuadros de mando del partido. No creo que haga falta insistir acerca de esto.

Cuando comienza a perfilarse esta cuestión es, una vez fuera del gobierno, en las reuniones del Comité Nacional del Partido, concluidas en 20 de septiembre de 1933, donde se reconoce que **en todas partes se observa, como consecuencia de la solución dada a la última crisis ministerial, el envalentonamiento de las derechas, convencidas de que el cambio de rumbo político las pone en camino franco para la plena consolidación de sus privilegios de clase por la anulación de los pequeños avances sociales conseguidos por la república, y tras de varias conclusiones de menos alcance, se sienta esta: Declara lo siguiente... Su fe inquebrantable en los altos fines del Partido Socialista, su resuelta decisión de defender la república contra toda agresión reaccionaria y su convicción de LA NECESIDAD DE CONQUISTAR EL PODER POLITICO como medio indispensable para implantar el socialismo.**

Lo que no evita que, pocos días después (8 de octubre de 1932), la Comisión Ejecutiva y el Grupo Parlamentario, en su testamento político, al disolverse las Constituyentes, manifiesten: **Sí el nuevo gobierno mantiene el espíritu de las leyes republicanas y no pretende que España retroceda políticamente, no encontrará en el Grupo Parlamentario Socialista, conforme anunciamos, hostilidades nacidas de ningún prejuicio.** Hay que hacer la salvedad de que esta última nota produjo entre las masas obreras evidente desagrado, mientras que la primera recibió bastantes muestras de solidaridad.

Quedaban cancelados con la salida del gobierno todos los **compromisos** tan honorablemente observados por el

partido con la pequeña burguesía. Lógicamente sobreviene un repliegue a las últimas posiciones de clase. Se cerraba un camino y era menester abrir otro a compás de la situación política. La nota dada por el Comité Nacional, a que aludíamos antes, era el principio. Conquistar el Poder. Resulta una paradoja esto de que el Partido Socialista se plantee la necesidad de conquistar el Poder como consecuencia de una defensiva a injustificadas agresiones. Y, sin embargo, así fué. ¿Quién no recuerda aquellos famosos artículos de **El Socialista**, bajo el epígrafe general de «Juego limpio» y «El tema de ahora»? Eran la reacción contra la ofensiva antisocialista, en donde se decía: **A los propios partidos republicanos, cualesquiera que sean sus nombres, no les puede interesar que nuestro partido cese en la colaboración de la forma que desean nuestros ofensores, por las consecuencias naturalmente. Porque nuestra capacidad de agresión está en razón directa con nuestra capacidad de resistencia.** La substancia de tales artículos nos mueve a dejarla para momento más oportuno. Quede aquí sentada una afirmación. El Partido Socialista (y al decir el partido aludimos a sus dirigentes) adquiere su potencialidad revolucionaria en razón directa a los golpes que recibe de la burguesía. Extrínsecamente deviene en marxista. Intrínsecamente es socialdemócrata. Por eso, su marxismo, es intuitivo. (Hay una excepción a mi juicio y antes se aludió a ella en «El caso Largo Caballero»). Conviene atar estos datos. Repercuten en octubre.

Las elecciones generales en noviembre de 1933

La defección de la pequeña burguesía y el triunfo de la contrarrevolución no podían circunscribirse al apartamiento del Partido Socialista de las tareas gubernamentales. Era preciso reformar el órgano legislativo, cuyos votos, en un momento determinado, quizá fuesen refractarios. Por ello se fué a la disolución de las Cortes Constituyentes y a la convocatoria de nuevas elecciones.

Se desarrollaron en un ambiente hosco. Aunque el Partido Socialista (y al decir partido se alude a su dirección) no se hubiese percatado bien de ello, las masas radicalizadas concurrían a depositar el sufragio a sabiendas de que aquello no era más que una acción complementaria de jornadas que habían de aproximarse en breve. En general, el tono de la propaganda lo hacía constar así. Personajes y personajillos que después, a la hora de la verdad han quedado entre sombras, se partieron el pecho ante el proletariado industrial y campesino, asegurando que las elecciones habían de tener su fin en la calle. Demagogia pura. De todos los dirigentes del partido, el que llevaba un objetivo concreto e iba trazando un futuro programa de acción a través de sus discursos era Largo Caballero. Los primeros, voceadores inconscientes de la toma del Poder, hablaban así dominados por las masas, por el espíritu revolucionario que los años del «bienio», al ser derrumbados estrepitosamente, lograron fermentar.

Frente al proletariado se concretó el fascismo, por primera vez en España, en el llamado Frente Antimarxista. Desde los monárquicos hasta los radicales. Desde

el jesuitismo hasta el laicismo. Clérigos y masones. Demócratas y totalitarios. Aquello fué la ofensiva total, absoluta de la gran burguesía, dispuesta a recabar de nuevo para sí los privilegios que pensó perder el 14 de abril. Todo esto con el apoyo de la pequeña burguesía, que si antaño pensaba en la revolución democrática, hogaño, asustada del empuje proletario, encontraba resguardo al socaire de los grandes intereses económicos individualistas.

La que fueron las elecciones no viene a cuento recordarlo. Baste decir que jamás en España se produjeron casos tan repugnantes de soborno y de amaño de injusticia y de complicidad gubernativa, como en noviembre de 1933. Las viejas oligarquías rurales se despacharon a su antojo. Había llegado la hora de resarcirse de los miedos pasados y asegurar una presumible vuelta de las tornas. El cómputo de votos desperdigó por el nuevo Parlamento, no sólo la fuerte minoría socialista de las Constituyentes, sino las minorías pequeño burguesas. De estas no quedaron ni las cenizas. La polarización de fuerzas antagónicas produjo tal resultado. Se entraba en los dominios de la contrarrevolución.

Ahora, pasado el tiempo, por algunos se estiman las causas de la derrota. Dice Ramos Oliveira, en su libro «La revolución española de octubre»: «Perdieron las izquierdas por cuatro razones nada menos. Ante todo por las inmoralidades y atropellos de quienes entonces eran dueños del poder político. Luego por culpa de una ley electoral hecha a la medida de la correlación de fuerzas existentes en junio de 1931. Además, y de manera muy notable, porque la sociedad española, al acentuarse la lucha de clases, se había escindido en dos grandes núcleos: el marxista y el antimarxista, siendo absorbidos

por uno y otro bando la clase media y la pequeña burguesía, fenómeno inevitable que hirió de muerte a los partidos republicanos. Finalmente, conviene decir que la concesión del voto a la mujer fué asimismo un tanto a favor de las derechas, si bien cabe estimar que esta circunstancia no tuvo el gran influjo que algunos le atribuyen, sobre las cifras alcanzadas por la reacción». La apreciación es exacta, sobre todo en cuanto se estima la diferencia en la correlación de fuerzas políticas. Marxismo y antimarxismo.

Por un momento se pudo creer que la pequeña burguesía y aun determinados elementos de la gran burguesía, a la vista de los resultados, darían marcha atrás, ya que en ánimo de todos estaba que lo sucedido significaba la muerte de la república democrática del 14 de abril. Naturalmente que esta creencia se albergaba sólo en el espíritu de quienes veían sólo el aspecto político de la cuestión, sin calar hondo en el aspecto social. Aun el mismo Partido Socialista, al dirigir, con fecha 17 de diciembre, un consejo por escrito al Presidente de la República, en el que se hablaba de la imposibilidad de constituirse un órgano de gobierno republicano, dada la textura del Parlamento, esperaba. Era preciso disolver aquellas Cortes, nacidas de la corrupción y del amaño. Vano intento. Aquellas Cortes respondían a un estado de cosas insoslayable. Precisamente, en afincarlas bien, estaba el secreto del éxito de la reacción. El consejo cayó en el vacío. Ni disolución de Cortes ni formación de un gobierno de amplia base republicana que, después de disolverlas, convocase a nuevas elecciones, bien depurada previamente la ley electoral. Se había concluido la influencia legal del Partido Socialista en la gobernación del país, como se había concluido la etapa democrático pequeño

burguesa. No había otro camino que aperebirse a la defensa.

Así, el 22 de diciembre de aquel mismo año, apenas comenzaron a actuar las Cortes contrarrevolucionarias, Indalecio Prieto, desde su escaño, representando el criterio de las masas y una mayoría de la dirección del partido, pronunció aquella célebre frase: **Decimos desde aquí al país entero, que públicamente contrae el Partido Socialista el compromiso de desencadenar la revolución.** De entonces a octubre, todo el problema se centra en la calidad de revolución que había de desencadenarse.

Necesidad histórica de la Revolución

La revolución se imponía como un hecho histórico. No en vano lo habían previsto los representantes del Partido Socialista a raíz de las elecciones celebradas en noviembre de 1933. De que esta previsión histórica no había fallado se encargó la demostración a los equipos gobernantes que, como consecuencia de aquel fraude histórico, detentaron el gobierno de España hasta octubre de 1934. En diciembre de 1933 se constituye un gobierno Lerroux, mediatizado por la C.E.D.A. Las consecuencias no son de esperar. Se desmocha sin darse abasto en la tarea, la parca legislación social que restaba en beneficio de la clase trabajadora. Se clausuran centros obreros en provincias. Se multa la prensa proletaria. Las cárceles comienzan a verse llenas de trabajadores. Con un ritmo uniformemente acelerado comienza a desandarse el camino hecho durante los dos años de república democrática.

El gobierno Lerroux culmina en una hazaña inolvidable. La amnistía a los que un año antes se habían sublevado contra la república. Para cubrir el mal efecto de esta desvergonza acción, que sublevó al país de cabeza a rabo, los altos poderes del Estado retiran al viejo republicano «histórico» y entregan el gobierno a un secuaz suyo, obscura medianía valenciana, abogado rastacuero, monárquico hasta el 14 de abril. Aludimos al Sr. Samper.

De ministro de la Gobernación comenzó a actuar Salazar Alonso. El Partido Agrario destacó un representante, el Sr. Cid, reaccionario integral. Estos elementos se distinguían políticamente por su fobia a la clase trabajadora, principalmente el primero. Por ello, desde el primer momento fueron cabezas visibles del gobierno. Los demás, oscuros personajes de patio de Monipodio, se dedicaron a sus asuntos «privados», atentos solamente a hacer bueno un nuevo sueño faraónico, en previsión de la época de las siete vacas flacas.

La actuación de Salazar Alonso al frente del ministerio de la Gobernación, es producto de un complejo de inferioridad que atosiga a este sujeto. Salazar tiene todas las características morfológicas del interxesuado, cabeza pequeña, caderas redondas y anchas, voz atiplada. Su enemiga a los socialistas sólo puede responder a un íntimo proceso psicológico, motivado por lo que el Partido Socialista tiene de macho, de fuerte. De rechazo, su enemiga a todo el proletariado. Por uno de esos azares frecuentes en la historia, este individuo, sin personalidad política ni civil, abogado de baja escuela, mal periodista, puede apuntarse tantos muy considerables en su gestión. Sus manos han atizado toda la hoguera revolucionaria.

El primer tanto se lo ofrece la represión de la huelga de campesinos, transformándola en un movimiento revo-

lucionario y aplicando a los huelguistas sanciones punitivas que se desprendían de un famoso decreto declarando la cosecha servicio público. Otro, la huelga zaragozana, que durante varios meses destrozó de tal modo, por la contumacia gubernamental en resolverla, la economía de aquella provincia que aun no se ha rehecho de tan duro golpe. Añádese a estos dos triunfos, la huelga metalúrgica en Madrid.

El gobierno en pleno hacía todo lo posible por no quedar a la zaga del ministro de la Gobernación. En junio toma estado popular el conflicto con la región autónoma, a consecuencia de haber declarado el Tribunal de Garantías Constitucionales atentatoria a la Constitución la Ley de Cultivos, aprobada por el Parlamento Catalán. Durante algunos días tuvo tonos tan agrios, que, posteriormente, el recuerdo de ellos fomentó en Cataluña la rebeldía contra el Poder Central, plasmada en octubre. Por si esto fuera poco, surge otro conflicto en Vasconia, con motivo de la elección de Comisiones Gestoras. Recuérdense las informaciones de prensa en aquellos días. Fuerza pública arrojando de los edificios consistoriales a los representantes del pueblo, detenciones, cargas. Toda la gama, en fin, de resortes coactivos que emplean los gobiernos cuando tienen en frente la voluntad popular.

La revolución se imponía como hecho histórico. Para el proletariado, el estado de cosas presente derivaba hacia una trágica coyuntura. En el espacio de tres años, el sueño de una república democrática que colmase las ancestrales aspiraciones de los oprimidos, se desvaneció por completo. La realidad era otra. Todo había quedado como la humorada de Sakespeare, en «el sueño de una noche de verano». Por el contrario, el avance sin descan-

so de la reacción dejaba entrever que, a paso ligero, se caminaba hacia el fascismo. La mayoría de la Cámara estaba en manos de las derechas, principalmente representadas en el partido ignaciano de Acción Popular. Se caminaba hacia un fascismo «legal» y vaticanista, de fibra análoga al austriaco. Bajo la férula del Vaticano y con una apariencia de legalidad. Olvidado el proceso democrático pequeño burgués, la lucha quedaba emplazada entre las dos fuerzas antagónicas que componen la sociedad: burguesía y proletariado. Hurtar el cuerpo significaba tanto como darse por vencido de antemano.

Si el gobierno del «bienio» se hubiese prolongado, es indudable que, durante algún tiempo, habrían sido castradas las posibilidades revolucionarias de la clase trabajadora. Era excesivo el empacho democrático y muy débil el hilo revolucionario que sustentaba la colaboración. El Partido Socialista hubiérase debilitado en luchas internas, a las que ya en los últimos meses se veían venir, y las masas, dispersas, descentradas, ayunas de un control eficaz, habrían caído en esa apatía característica del proletariado castrado por la democracia; caso Alemania, después de catorce años de Constitución de Weimar.

Aun cualquier solución de tipo centro izquierda, como antídoto a las elecciones de noviembre, hubiera retrasado el proceso revolucionario, pese a la propaganda electoral y a los avances de radicalización vividos en aquellas fechas por las masas. No hay que olvidar que el Partido Socialista solamente en su ala izquierda sentía la necesidad ineluctable de la revolución. Indalecio Prieto y la gran masa del centro hubiéranse conformado con una salida de este tipo y la correspondiente disolución de Cortes. Excusamos decir nada respecto a los reformistas. Para éstos eran utopías ajenas al «marxismo» las necesi-

dades revolucionarias. Recordemos a vía de ejemplo, aquellas sabrosas manifestaciones de Lucio Martínez Gil, una semana después de conocer el resultado de la primera vuelta electoral, cuando sangraba en el ánimo del proletariado la befa derechista: **No creo —dijo— que ocurra nada. Deben gobernar los que han obtenido mayoría y además estimo que debe formarse, como apuntan los periódicos de hoy, un gran Partido Nacional Republicano, integrado por las fuerzas de Acción Republicana, Radicales Socialistas Independientes y todas las fuerzas dispersas que harían, al constituirse ese gran partido izquierdista, un inestimable servicio a la república. Es su hora, su momento, puesto que, desligado el Partido Socialista de toda colaboración y habiendo demostrado la enorme fuerza de opinión, ese partido acogería a las masas indecisas y neutras.**

Creo que jamás se ha de reconocer el beneficio que para el Partido Socialista han reportado estas jornadas perdidas. Dos ejemplos extranjeros, Alemania y Austria, y la propia y dolorosa circuncisión del año 1934, transformaron, en breve intervalo de tiempo lo que en años de luchas teóricas no se hubiera podido transformar. Bien decía Lenin que una experiencia vale por cien teorías. En este caso, la experiencia de un triunfo de la contrarrevolución sirvió para encauzar definitivamente la revolución. Con todos los defectos, claro está, de no proceder de una depurada preparación doctrinal, de una educación absoluta arraigada en las masas. Sin embargo, a la vista de esta transformación sufrida por el Partido Socialista en un año, no hay más remedio que abatir la cabeza. ¿Qué partido socialdemócrata presenta una ejecutoria semejante? Las jornadas de octubre mar-

can un hito de volumen en la historia del proletariado internacional.

Transformación decimos. No se crea que tal avatar se produjo paralelamente en las masas y en los dirigentes. La transformación se produjo primero en las masas. En los dirigentes después, cuando se produjo. Esta aguda polémica, hoy en primer plano; problema a resolver inexcusablemente por el partido, entre marxistas y centristas y epígonos del reformismo, es la demostración más palmaria de que el proceso de radicalización de las masas no se desarrolló a compás en los dirigentes. La verdad es, y con ello no pretendo machaconamente coadyuvar a una jefatura, que sólo Largo Caballero marchaba a compás de los anhelos del proletariado español. Vamos a trazar, de manera detenida, la línea seguida que recorren sus discursos, sus manifestaciones, desde la conferencia de la Escuela Socialista de Verano, en Torreldones, hasta octubre. Principalmente a través de la campaña electoral. Si hay pedestal más firme para entregar confiadamente a una táctica y a su hombre representativo el control de las masas trabajadoras, que se exponga claramente. ¿El centrismo? Toda su actividad revolucionaria durante el año 34 no pasa de un voluble mariposeo. Desdiciéndose hoy de lo manifestado ayer. Haciendo mañana lo contrario de hoy. Ocasión habrá también de hablar de ello. Y cuando no. ¿Qué prueba más patente que su actual posición, después de las jornadas de octubre? Para ellos, esto no pasa de ser accesorio. Centro e izquierda fueron a la insurrección. Mas, ¿a qué clase de insurrección? Ahora, cuando van quedando las cartas boca arriba se divisa claramente el objetivo de cada cual. Aunque algunos estimen lo contrario, para el proletariado es problema de vida o muerte la valoración que

se dé a un movimiento revolucionario. Jacobino o marxista. Demócrata o dictatorial. Para transformar un gobierno o cuando más un sistema político o para transformar económicamente la sociedad.

En 1934 era una necesidad histórica la revolución. ¿Cuál de ellas? La revolución jacobina soñada por Prieto? ¿La que implícitamente llevaba dentro aquella frase sonora del «desencadenamiento»? ¿O por el contrario, la revolución social? Ya hemos visto, a grandes rasgos, pero suficientes, la basculación política sufrida de 1931 a 1934. Una etapa de revolución democrática cubierta infructuosamente, tanto por las contradicciones políticas pequeño burguesas, cuanto por la equivocación táctica del Partido Socialista, no valorando la república democrática como tránsito a la dictadura de clase, realizando una política «nacional», reñida no sólo con sus puntos programáticos a veces, sino con sus bases doctrinales. En 1934, las viejas oligarquías se hallaban en el Poder, exactamente igual que en 1930, con una sola, pero esencial diferencia. Que la democracia se había agotado como sistema de gobierno y como panacea social. La clase trabajadora, al luchar por la república, luchaba más que por una forma de gobierno, por un contenido económico. Dos años bastaron para persuadirla de su error, haciéndola comprender que sus problemas de clase solamente podría resolverse un **gobierno de clase**. Jornales de hambre tenía el campesino en las épocas monárquicas. Jornales de hambre tenía entonces. Persecuciones políticas sufría antes, y las mismas persecuciones sufría hogaño. Nada cambió. Si acaso, tan sólo los nombres y los hombres. El continente y no el contenido. Era preciso luchar de nuevo. Desvalorizada la democracia, vencida la repú-

blica pequeño burguesa, ante las masas sólo restaba una salida: la revolución social.

El proletariado no comprendía la necesidad de lanzarse a la insurrección para dar el Poder de nuevo a Azaña. Tampoco tenía una idea muy clara de cuál iba a ser el resultado de la contienda si triunfaba sobre la clase antagónica. Mas el peso de una realidad era suficiente para decidirlo. La dictadura del proletariado significaba un triunfo **de clase**, un gobierno **de clase**, es decir, un enfoque distinto de sus problemas específicos. Una posibilidad nueva de solución. Octubre, como más adelante tendremos ocasión de exponerlo, fué una lucha **por la conquista del Poder para la clase trabajadora**, no una lucha pro reivindicaciones democráticas. Si la pequeña burguesía se sumó al movimiento fué al carro del proletariado, afanosa en salvarse, si, como todo hacía prever, el movimiento terminaba con el triunfo obrero. Puro instinto de conservación. La creencia de lo contrario es lo que califica al centrismo: **considerar la revolución de octubre como un movimiento nacional**.

El más firme exponente de la revolución de octubre es Asturias. ¿Habría quien sostenga que el movimiento asturiano fué un movimiento nacional? ¿La Alianza Obrera asturiana, ejemplo de unión de clase que proyecta sobre el futuro vivísimas claridades, alzó bandera insurreccional en beneficio de Marcelino Domingo, de la Reforma Agraria o de la Ley de Términos Municipales? Causa risa sólo el pensarlo. Alianza Obrera, en Asturias, luchó sólo por una consigna: **el Poder al proletariado**. En 1934 había una necesidad histórica: la revolución social.

En la lucha de clases no se producen nunca dos situaciones iguales ni se logran dos objetivos análogos en perspectivas distintas de tiempo. El devenir de la histo-

ria significa continua transformación. Ayer no fué igual que hoy. Hoy no es igual que mañana. Esta verdad cala en las raíces más hondas de la filosofía marxista. Quien sueñe en una repetición de los dos años de república democrática comulgará con cualquier doctrina menos con el marxismo. Por eso fué un error, por parte del centrismo, dentro del Partido Socialista, especular con la necesidad histórica de la revolución para hacer política republicana de izquierda. Y como otros errores que vamos discerniendo, éste también se acumuló en octubre para estropear la gesta.

La pequeña burguesía, al carro del Partido Socialista

La pequeña burguesía entregó la fortaleza republicana al capitalismo terrateniente e industrial, a fines de 1933, aterrada ante la perspectiva de su absorción por el proletariado, caminando contra corriente, o sea, contra su propia razón de ser, que la impulsa hacia la clase trabajadora por comunidad de intereses económicos. En 1934, esa misma pequeña burguesía, en el momento decisivo, cuando todo se juega a una carta, instintivamente, comprendiendo su ceguera anterior, se entrega de pies y manos a la clase obrera, pasando a ser un peón de la revolución. Un peón torpe e ineficaz. La pequeña burguesía se ata al carro del Partido Socialista.

Antonio Ramos Oliveira ha escrito un libro ensayo acerca de la revolución de octubre. Está fechado en diciembre de 1934. Parca perspectiva para enjuiciar una insurrección que casi duró más tiempo que el tardado por este autor en comentarla y escribirla. Como lógica

consecuencia, el libro, para ser correcto en la expresión, diremos que está plagado de contradicciones.

Vamos a recoger la parte de su libro que, de momento, nos interesa. Para Ramos Oliveira, la insurrección de octubre fué un movimiento de tipo nacional. Un «acto defensivo contra la tiranía». No importa que, en determinado momento, encienda una vela a Dios y otra al diablo, haciéndose cargo de que el proletariado llevaba al movimiento un hondo sentido de clase. La combinación que hace de directrices revolucionarias (1), a pesar de no ser muy clara, queda desautorizada en diferentes pasajes del libro, en los que se le escapa, a vueltas de buscar una interpretación marxista de su teoría pequeño burguesa, el forro del pensamiento: **Los republicanos auténticos no empuñaron las armas; pero su postura, que más adelante verá el lector definida en sus notas respectivas, CONSTITUYÓ IMPORTANTÍSIMO ACICATE PARA LA REVOLUCIÓN Y FUÉ UNO DE LOS FACTORES CARDINALES EN LO MORAL DEL MOVIMIENTO.** Y por si esto fuera poco, al hacer el recuento de las fuerzas revolucionarias, suma, junto a la U. G. T., Partido Socialista, Bloque Obrero, Partido Comunista, etc., al Partido Republicano Conservador, Unión Republicana, Federales, Izquierda Radical Socialista, etc. Es decir, todos los partidos burgueses, polarizados en un bloque democrático, frente a los partidos enemigos de la revolución: Radicales, Acción Popular, etc. He aquí fehaciente el

1) «Hay, pues, tres directrices, según las clases, en la revolución española de Octubre. Las organizaciones y partidos obreros luchan por un república socialista. La clase media y la pequeña burguesía —no en su totalidad— pelean —pelean a su modo—, con frases, por la república democrático-burguesa, que fué proclamada pero no impuesta; una parte de la gran burguesía industrial se defiende contra los propietarios territoriales que detentan el poder. (Lib. cit. pág. 76.)

criterio centrista de la revolución nacional por un nuevo estado republicano con pintas socializantes. El criterio que ha venido batallando durante la preparación insurreccional para imponerse a las masas y a la fracción marxista del partido. El criterio que, sofocado el movimiento, se escinde en pos de una inteligencia con los republicanos. **El destino político de la pequeña burguesía republicana y el de los jornaleros han de ir unidos, queramos o no, mientras la gran burguesía esté en el Poder** (libro citado, pág. 231). Error de volumen. La apreciación del movimiento de octubre en esta forma es lo que aleja de las perspectivas que al proletariado se le ofrecen después de la insurrección. De aquí las absolutas diferencias de visión política entre las Juventudes Socialistas y el «centrismo». De aquí la polémica Prieto-Juventudes. Todo estriba en estimar como yo estimo —como estimamos nosotros los jóvenes socialistas— la insurrección como una lucha por el Poder obrero, pese a los esfuerzos del «centrismo» para impedirlo, o creer que está **suficientemente demostrada una de las características más salientes de la revolución de octubre: la de movimiento nacional** (1). (Obra citada, pág. 65.)

(1) Par justificar su criterio, aduce Ramos Oliveira razones, que a él han de parecerle de peso, pero que revelan a simple vista una gran inconsistencia histórica: «En la gran revolución francesa —dice— se unen todas las clases sociales contra la oligarquía feudal. En la Revolución rusa de Febrero muere por la misma causa el zarismo. La Revolución alemana de noviembre que obligó a abdicar a Guillermo II es obra de la nación alemana. Y no precisa buscar fuera el ejemplo: La caída de la monarquía española se produce cuando todas las clases sociales se ponen de acuerdo en un punto: La necesidad de la República». Deliberadamente se omite en esta relación la única revolución que no precisó de la unidad de las clases sociales: la revolución rusa de Octubre del 17. Y se omite, precisamente porque este ejemplo histórico destruye la peregrina teoría sustentada por Ramos Oliveira. Las revoluciones citadas son producto de una convergencia de intereses de dos clases, burguesía democrática y proletariado contra el estado jerarca y la gran bur-

Movimiento nacional, ¿bajo qué aspecto? No será porque los republicanos coincidiesen en octubre una preparación revolucionaria, consecuencia de su apartamiento de los cuadros de mando del Poder. Precisamente durante las jornadas prerrevolucionarias, los republicanos se han caracterizado por todo lo contrario: por atacar a la fracción del Partido Socialista que más vivamente representaba las ambiciones del proletariado. Todavía en «septiembre» los republicanos estaban ayunos de una visión política certera. Descontentos con el gobierno, temían la insurrección obrera. A la vista tenemos un artículo publicado en **El Socialista** días antes de la insurrección. «Unas palabras a los republicanos», se titulaba. Quizá lo hizo el mismo Ramos Oliveira. Por lo menos tiene su estilo. Y les decía: «abandonen sus esperanzas los hombres que aun fian la solución del problema político español a las normas de convivencia, tal como las entienden los demócratas burgueses. No es el de España un proceso histórico vulgar, ni estamos en una de esas etapas en que, mediante la sumisión del proletariado, pueden turnar en el Poder liberales y conservadores, manteniendo así, como en momentos pretéritos, muy propios de la era liberal, el equilibrio político del país. Hoy el proletariado es una fuerza viva, organizada, activa y conciente con aspiraciones de gobernar y crear su Estado».

No. Los partidos republicanos fueron a octubre a la zaga del Partido Socialista, embarcándose en las naves por las escotillas, dispuestos a actuar de todo, como bue-

guesía (terratenientes, clérigos, aristócratas). Se busca la transformación política. De monarquía a república democrática. La segunda etapa leninista. El Octubre ruso, como el Octubre español cubre la tercera etapa: clase contra clase. Por la dictadura del proletariado en pos de la revolución social. La disyuntiva política transformada en disyuntiva económica.

nos polizontes, antes de quedarse en tierra. Hablar de un movimiento nacional significa persistir en los buenos deseos, que antes de octubre animaban a una fracción del Partido Socialista, dirigida excelentemente por Indalecio Prieto, de enrolar nuevamente al proletariado en una acción de tipo demócrata, pequeño burgués. Sus mismas notas lo comprueban. Izquierda Republicana «rompe toda solidaridad con las instituciones actuales del régimen». Unión Republicana «rompe toda solidaridad con los órganos del régimen». El Partido Republicano Conservador declara «su esencial incompatibilidad con esta república desfigurada». Los federales también se declaran «incompatibles con las instituciones». Izquierda Radical Socialista propugna «por todos los medios» la implantación de una «verdadera república». Todo está claro. Se rompe toda solidaridad, se declara una absoluta incompatibilidad, se propugna por la implantación de una verdadera república. Y esto en el mismo momento que el proletariado se lanza a la calle, atento sólo a su revolución. Evidentemente, como dice Ramos Oliveira, «no podía ser más explícita la pequeña burguesía». Ni más aprovechada tampoco. Dando como se daba por descontado el triunfo de la insurrección obrera, enquistándose en ella había posibilidades de salvar, sino los partidos, la personalidad política. La maniobra nos recuerda otras semejantes realizadas el 12 de abril por elementos monárquicos.

Es preciso aclarar hasta sus últimas consecuencias este aspecto de la revolución de octubre. Aunque a simple vista parezca secundario —fracasado el movimiento — tiene una importancia excepcional. La especulación alrededor del rol jugado por la pequeña burguesía en el movimiento de octubre es quizá el punto neurálgico de la controversia entre «centristas» y marxistas. Si la pe-

queña burguesía fué parte en el pretendido «movimiento nacional», el Partido Socialista tiene que proseguir vinculado a ella en comunión de puntos programáticos, siquiera sean de carácter inmediato, para revivir de nuevo las jornadas de 14 de abril. Se conciben los trabajos preparatorios alrededor de una alianza electoral e inclusive de un programa mínimo de gobierno —lo que no significa una nueva colaboración—. Por el contrario, el aseguramiento de que la clase trabajadora pretendió hacer en octubre «su revolución». Unica y exclusivamente su revolución, exige una línea política dirigida exclusivamente a fortalecer las masas obreras en un solo partido, en una sola central sindical, a solucionar el problema de la desmembración de clase en varios partidos, a fortalecer los organismos de lucha por el Poder: las Alianzas Obreras. A considerar, si es preciso circunstancialmente, una acción común con los republicanos, **que ellos luchan desde su campo y el proletariado desde el suyo. Que un objetivo común puede responder a una diversidad de intereses. Que al proletariado sólo le afectan sus problemas revolucionarios y si en determinado momento puede aceptar un gobierno de izquierdas es sólo cuanto este signifique derrota del fascismo y facilidades para la revolución.**

3 CONDICIONES SUBJETIVAS REVOLUCIONARIAS

El tema de ahora

Para seguir la trayectoria revolucionaria del proletariado español, la superación de la etapa democrática, nos basta aquella serie de artículos publicada en **El Socialista**, con el título común de «El tema de ahora». No estaban ni mucho menos sugeridos por la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista. Contaban, eso sí, con el beneplácito de algunos de sus miembros, y sobre todo con el aval de Largo Caballero. Sin embargo, otros componentes de ella estimaban peligroso el tema, porque, a juicio suyo, habría de resultar contraproducente en el futuro la radicalización de las masas que desde el órgano del partido se llevaba a cabo. Aquellos artículos eran la piqueta de la república. Pensaban exactamente, y el tiempo se ha encargado de demostrarlo, que una orientación política, siquiera fuese tan somera y débil como la que de los artículos se desprendía, trabada como un hilo desde el primero al último de los mismos, sería la base del planteamiento en las masas del problema de la conquista del Poder. En las masas socialistas, se entiende.

Conviene mucho tener en cuenta el peculiar modo de plantearse la cuestión. No se inicia por convencimiento teórico de que la etapa republicana ha de ser superada por la clase trabajadora, en consideración que la república democrática no soluciona ninguno de sus apremiantes problemas, y, sin embargo, facilita el triunfo, a virtud de sus íntimas contradicciones, de la dictadura de clase.

Por el contrario, la iniciación responde, al principio, más bien en defensa de la república; del contenido democrático y «limpio» de la república. Estaba en pleno ardor la campaña opositora de los radicales al Partido Socialista. A la ofensiva burguesa que comenzaba era menester oponer una ofensiva eficaz. Y la única defensiva era la amenaza: «a los propios partidos republicanos, cualesquiera que sean sus nombres, no puede interesar que nuestro partido cese en la colaboración de la forma que desean sus ofensores. Por las consecuencias, naturalmente. Porque nuestra capacidad de agresión está en relación directa con nuestra capacidad de resistencia. Y si hemos ejercitado ésta en la medida de que pocos nos consideraban capaces, calcúlese en que medida ejercitaríamos aquélla. Y del ejercicio de esta segunda es del que cabalmente deseamos vernos libres».

Se insiste, sin embarbo, por la pequeña burguesía en la ofensiva. Aquello no preocupa demasiado. Se estima una habilidad dialéctica. Posiblemente no fuese desacertada la objeción. Pero el peso de los hechos, poco a poco, fué transformando lo que al principio no pasaba quizá de una posición política, en una línea táctica superadora del proceso democrático que se denostaba. Esto fué en el momento en que las masas socialistas vincularon sus propias ideas acerca de la república con esta serie de artículos y las intervenciones orales de Largo Caballero. La insistencia en la ofensiva concreta más las posiciones «con aquellos de nuestros adversarios que han dado en creer que se puede denostar hoy lo que mañana se precisa usar, no tendremos otra relación ni otro contrato que aquel que corresponda a su conducta presente», (artículo segundo). «la ofensiva actual tendrá fatalmente repercusiones en el mañana» (artículo citado).

Es decir, el Partido Socialista circunscribe su actitud a la actitud de los partidos burgueses que actúan dentro de la república. No es, dialécticamente examinándola, muy marxista la actitud. Pero en relación a las acciones culpables de los demás, puede devenir en marxista. Y, en efecto, las actividades de la contrarrevolución ponen sobre la mesa, concretamente, el problema esperado: conquistar el Poder. Porque el estado burgués, ante las actividades reaccionarias, falla siempre. La banca, la prensa, los jueces, todo el cuerpo legal, girando alrededor de sus intereses de clase, dificulta el paso al socialismo y se lo facilita a sus debeladores. A pesar de que tres socialistas están en el gobierno. El asombro es tardío, ya que de antemano debieron actuar con ese conocimiento por delante. Nunca es tarde del todo, como dice el adagio, si la dicha es buena. Nunca es tarde para confesar que «la democracia burguesa tiene, sin género de duda, muchos inconvenientes». Como asimismo reconocer que «la conclusión fatal es ésta: tener el Gobierno no es tener el Poder. Y la cuestión que esta realidad plantea es la siguiente: ¿Cabe aguardar el plazo dilatado que la democracia marca para la republicanización del Estado? Cuestión que, por lo que a nosotros hace, resolvemos de un modo categórico: no» (art. 5.º).

Se añaden a estas preocupaciones de orden político nacional, otras de orden internacional. La preocupación por el fascismo. Alemania, el vivero de la Segunda Internacional, está ofrendando el ejemplo de catorce años de democracia burguesa y de Constitución de Weimar. La catástrofe alemana acopia provechosas enseñanzas al resto de los partidos socialdemócratas y a la Tercera Internacional de Moscú. A la vista de ella es inútil que reprochen los liberales: «Como el daño que acecha es de los que

avisa la piel en su guardia instintiva —volvemos al ejemplo de Alemania, más brutal que el de Italia—, de ahí que, obligados a elegir, prefiramos a Rusia sobre Alemania, o Hungría. Lo que sobre el particular opinen los liberales nos deja fríos... «si es fatal —repetimos— nuestra palabra está dicha: Dictadura por dictadura, la nuestra» (art. 7.º).

El período disyuntivo de «dictadura por dictadura, la nuestra», dura algún tiempo en las masas socialistas. Principalmente la vieja guardia se deslumbra como ave nictálope ante las posibilidades que el concepto ofrece. Nuestra dictadura. Es decir, la dictadura del proletariado. Vienen abajo con gran estrépito todas las concepciones mantenidas como sagrado fuego por el partido durante largos años de controversia ardiente con los comunistas. «Y para eso —se llegó a decir en un artículo— hemos luchado tanto contra el comunismo». Sin embargo, las juventudes socialistas ponen aun más alta la bandera: Nada de dictadura por dictadura. Aquí no cabe otra solución que convertir en punto neurálgico de nuestra táctica futura la Dictadura del Proletariado. Y se exuman textos en pro y en contra. Acrece la polémica. Un dirigente destacado del partido se enfrenta en una charla de controversia con los jóvenes madrileños. Le hacemos retirar confuso. «Hay terribles contaminaciones», dice. Lo grave para el Estado Mayor del Partido, a salvo Largo Caballero y sus incondicionales, es que la contaminación prende como la pólvora en las masas socialistas, fieles hasta entonces al mito de la democracia. En este aspecto, la colección de «Renovación» es inagotable. También la prensa de provincias lleva la discusión a los lugares más escondidos. «Dictadura del proletariado. Y cuando la exijan las condiciones históricas del país. Sin vacilar.

Esto es la auténticamente marxista. Todo lo demás no pasa de ser una garmbaina buena para cuando el partido discurría apaciblemente —sin responsabilidad por el número y por su misión aun no granada— en aventuras de tipo democrático. Pero no al presente» (S. P., en «La Verdad Social», de Badajoz). «Pero hasta el más miope puede ver actualmente que se está fraguando con toda rapidez uno de esos momentos críticos para los partidos revolucionarios. Uno de esos momentos que, o son aprovechados y se triunfa, o se abandonan y el partido es aplastado para un espacio de tiempo muy considerable» (J. L., en «Justicia», de Avila). A tal punto la polémica radicaliza las masas que «El tema de ahora» queda retrasado. Y cuando escribe: «En tanto que la democracia burguesa no limite y menos imposibilite ninguna de nuestras proyecciones de futuro, nada aconsejará que rompamos con ella. Pero se nos plantea, a la vista de cómo se entiende en España el juego político, esta cuestión de subido interés: ¿Podemos confiar en que la democracia burguesa no limite en lo futuro?» (art. 8.º), ya las masas han superado la creencia de que la democracia burguesa trate al proletariado con consideración.

Largo Caballero y las elecciones de noviembre

Así, cuando cesa la colaboración ministerial y se convoca elecciones para Cortes Ordinarias, los trabajadores tienen trazado un programa teórico: la Conquista del Poder, al que sólo falta la ratificación práctica. De esta se encargan los gobiernos posteriores. Doctrinalmente,

se sabía que de la democracia burguesa no podía esperarse nada, porque estaba cubierto el ciclo revolucionario del 14 de abril. Prácticamente, los modos de gobierno, la regresión a formas antiguas de dominación burguesa apresuran el nuevo ciclo revolucionario. En este sentido, Largo Caballero, con el pretexto de la campaña electoral, corre España de punta a cabo, confirmando a las masas de la justeza de su posición en varios discursos célebres que son el primer paso de la revolución de octubre.

Sus premisas teóricas arrancaban de la conferencia dada en la Escuela Socialista de Torrelodones, a la que aludimos con anterioridad. Dos tácticas se ofrecían al proletariado en el seno del Partido Socialista. La reformista, vinculada en los enemigos de la colaboración ministerial, en los enemigos de las jornadas revolucionarias pequeño burguesas, en los «antis» del socialismo, afanosa legión de roedores de reformas sociales, debeladores de la acción violenta, partidarios del parlamentarismo, de la lucha legal de la teoría de la «impregnación». De acuerdo con ella, la misión del proletariado era conformarse con lo que quisiera dar la república y abandonando preocupaciones totalitarias, entregarse a la capacitación intelectual como medio de superar a la burguesía como clase. La otra táctica planteaba el dilema: de la república burguesa al socialismo; la etapa democrática está gastada; la burguesía, por razón defensiva, pretenderá hacer retroceder al proletariado de sus posiciones: la lucha por las reformas sociales no entorpece la lucha por el Poder, sino que la complementa; el proletariado no puede adquirir una capacitación perfecta mientras no transforme el sistema económico. **(No es la conciencia del hombre lo que determina su existencia, sino su existencia social lo**

que determina su conciencia. (Marx, Crt. Econ. Polit., pref.).

Acogida por el proletariado la segunda, sin reserva ninguna, automáticamente Largo Caballero se transforma en el jefe espiritual de la revolución. «En el Partido Socialista no hay jefes», se machaca. «En el Partido Socialista todos somos iguales». Eso quisieran muchos, respaldando la imposibilidad de llegar a ninguna especie de jefatura por sus tareas mentales, en una falsa democracia que muchos seríamos a no acatar. En el Partido Socialista, como en todos los órdenes de la vida, hay jefes, porque hay una gradación jerárquica que impone la propia selección natural, saltándose la cual se subvierte toda armonía. La Historia no se escribe sólo con hechos ciegos porque la Historia misma se vincula inexorablemente en la personalidad que en determinado momento sabe comprenderla. ¿Quién discutió la jefatura del Partido Comunista Ruso a Lenin? Y, en otro aspecto, más del agrado de nuestros santones de la mesocracia interna, ¿quién discutió a Kautsky en el seno del socialismo demócrata alemán? El problema estriba en no envenenar las cuestiones. Se entiende por jefatura espiritual la feliz conjunción de un sentimiento de las masas con el sentimiento de un hombre representativo de las mismas. La jefatura es persistente mientras la conjunción perdure. Después, se agota. En tal aspecto, Largo Caballero, intérprete afortunado de la trayectoria marxista de las masas obreras españolas, radicalizadas en su propia carne, después de dos años de experiencia democrática, queda erigido automáticamente en caudillo espiritual de todas las acciones que estas masas lleven a cabo.

Las elecciones de noviembre estrechan más esta unión entre líder y masas. Sus intervenciones orales en los

actos de propaganda tienen, más que un alcance próximo de agitación, un alcance remoto de construcción. Son oraciones que se proyectan en el futuro. De aquí su diferencia con discursos demagógicos pronunciados en aquella campaña, en los que se ofrecía a las masas, por virtud de psicopáticas radicalizaciones individuales, lanzarse a la calle el día 20 de noviembre si las elecciones se perdían el 19. Desdeñando el pasado, cūrado de que las lamentaciones sirvan de remedios, sienta una premisa indestructible: **La clase trabajadora tiene que conquistar el Poder.** Esto como obligación inmediata, antes de que la burguesía, apercebida a la defensa, inutilice el esfuerzo. No hay más problema que éste: **conquistar el Poder**, y a él han de supeditarse todas las demás actividades cuando no se puedan enfocar hacia tal aspecto. La preparación que se requisita no es solamente de aspecto psicológico, sino también de aspecto material. «Por muy generosos, por muy sentimentales, por evolucionistas que podamos ser, se impondrá que los trabajadores tengan que arrancar violentamente el Poder Político». Después de conquistado, lo esencial es concluir con el enemigo. «El número uno del programa es este, inutilizar al adversario. ¿Cómo?... Lo primero que tendríamos de hacer es desarmar al capitalismo... el ejército, la guardia civil... y en su lugar esto: **el armamento general del pueblo**». Después a desenvolver el programa socialista.

Son discursos electorales que van más allá de las elecciones. De antemano sabe Largo Caballero que las elecciones, se ganen o se pierdan, no torcerán en nada el destino histórico reservado al proletariado español. Si la nueva cámara obtiene una abrumadora mayoría obrera, bajo aspecto distinto, pero con idéntica finalidad, habrá que movilizarse. Nadie espere que el Partido socialista

gobierne con métodos burgueses, sin modificar la superestructura estatal desde sus raíces. La transformación de la burocracia, del ejército, de la magistratura es tan inexcusable como la transformación de la economía. Y para desarrollar este programa previo de transformación será preciso una actuación revolucionaria, frente a la burguesía y sus defensores. El voto en la urna es el principio de esta acción revolucionaria. Los trabajadores, al votar, van de antemano convencidos de que su esfuerzo más estimable no ha de ser aquél, sino el que se exija para jornadas futuras, consecuencia del resultado de esta presente. Por consecuencia, el resultado electoral, que para la burguesía significa el fracaso del Partido Socialista no es más que la confirmación de una táctica, la ensambladura de unas masas a un hombre, el encarrilamiento del proletariado español por la trayectoria de la revolución social. El resto de la propaganda electoral quedaba en el vacío. Sólo tenía valoración para el momento, y, una vez pasado, se agotó como un globo sin gas. Eran discursos personales, cuando más discursos de capilla, de pequeña fracción. La obra de Largo Caballero respondía a un anhelo del pueblo trabajador perfectamente canalizado por el Presidente del Partido Socialista. «En sus discursos— dice Araquistain en el prólogo a la obra editada por la Comisión Ejecutiva del Partido, en marzo de 1934, dando permanencia a este prontuario de la revolución— habla, no sólo una persona, sino toda una clase secularmente oprimida y humillada; habla casi toda España, la España que trabaja y sufre». Hablan, efectivamente, las masas socialistas vinculadas definitivamente al marxismo, rotos sus lastres con la democracia y la social democracia reformista... Las viejas armazones del partido se conmueven, vacilan, contemplándose de la

noche a la mañana al margen de la historia. Renqueantes algunas caminan por la senda trazada. Octubre las sorprende en su lento caminar.

El reformismo, aliado de la contrarrevolución

Para comprender el papel que han jugado en la revolución de octubre esos castradores del proletariado, injustamente llamados reformistas, cuando el homónimo que más les define es el de aliados de la contrarrevolución, es preciso remontarse al año 1930. No descubrimos ningún secreto al decir que la república en su gestación lo tuvo como sus más acérrimos enemigos. Sabida es la tarea llevada a cabo por el Partido Socialista y la U. G. T., en unión de las fuerzas republicanas, para transformar el régimen autocrático de la monarquía en una democracia burguesa, cumpliendo así una de las premisas fundamentales de la táctica marxista. Pues bien, la fracción injustamente llamada reformista (1) hizo todo lo posible por sabotear el movimiento revolucionario. En el primer Congreso celebrado por el Partido Socialista, después del advenimiento de la república, quedaron muy clara-

(1) Como justamente insinúa Carlos de Baraibar en su libro polémico «Las falsas posiciones socialistas de Indalecio Prieto», es impropio el título de «reformistas» con que se honra a esta fracción. El «reformismo» se caracteriza por su oposición teórica a los puntos fundamentales del marxismo. Este grupo de embaucadores del proletariado, por el contrario, duermen al parecer soñando con Marx. Se proclaman herederos del marxismo, definidores de sus esencias. Naturalmente, aprovechándose de que Marx es cadáver. Por ello, sería conveniente ir buscándoles otro calificativo más en consonancia con sus actividades.

mente grabadas en el ánimo de los trabajadores cuantas verdades se puedan decir a este respecto. El caso de Madrid es sintomático. El proletariado no se lanzó a la calle porque tales elementos, al frente de la máxima organización obrera de la capital, consecuentes con su criterio de considerar descabellada la acción contra la monarquía, incumplieron las órdenes superiores que a este respecto se habían dado. Implantar la república, para ellos, era un sueño aventurado, exactamente que lo fué la insurrección de octubre. Del acierto de su punto de vista puede hablarse cuatro meses después.

Fracasado este su primer intento de sabotear las acciones revolucionarias de las masas, la emprenden con la «colaboración ministerial». Durante dos años, sin reparar en la escasa autoridad que tenían para opinar sobre un problema acerca del cual se habían inhibido, fijan sus baterías frente a la tendencia del Partido Socialista que, más o menos acertadamente, pero sobre una base de honradez política, trabajaba en la democracia burguesa por completar, en beneficio del proletariado, la acción revolucionaria comenzada en diciembre de 1930 y culminada el 14 de abril del año siguiente.

A virtud de esa facilidad descarada conque constantemente se erigen en vestales del marxismo, no descansan un sólo instante en la tarea de enfrentar a las masas trabajadoras con sus auténticos dirigentes. Por un momento, la conjugación de desengaños sufridos por el proletariado a la vista de los resultados que ofrece la democracia burguesa, y su posición anticolaboracionista, los hace aparecer como dogmáticos intransigentes. Cesa la colaboración. Las masas obreras españolas ponen sobre un plano de inminente actualidad la necesidad de transformar la república burguesa en una república so-

cial. **La hora histórica es la hora de la nueva revolución.** Y entonces ellos, dando de lado las baterías anticolaboracionistas, la emprenden con aquellos que, asimilándose al sentir de las masas, encauzan a éstas hacia las nuevas perspectivas históricas. Inmejorables eran sus condiciones. La lenidad con que habían sido juzgados en el primer Congreso Socialista se había traducido en una persistencia en controlar diversos cuadros de mando de los organismos obreros. La persistencia era naturalmente producto de la lenidad, pero asimismo es obligado decir que otros factores no tan nobles aportaron su grano de arena. Recuérdese el Congreso celebrado por la Unión General de Trabajadores en 1932. Aprovechándose de la ausencia de Largo Caballero, víctima en aquellos instantes de una inoportuna enfermedad, y manejando arteramente las armas caciquiles, tan diestros siempre en su maquinación, se alzan con la mayoría de la Comisión Ejecutiva como revancha confortable a la derrota sufrida, pese a la benignidad con que se los trató en el Congreso del partido.

Las elecciones de noviembre de 1933 los enfrentan definitivamente con el proletariado revolucionario. Recuérdese las declaraciones hechas por Lucio Martínez en la prensa burguesa respecto al resultado de las mismas y el alcance político que habían de tener. Ya hemos comentado el hecho en otro lugar. Concientes de no interpretar el sentir revolucionario de la clase trabajadora militante en el socialismo, se aferran, sin embargo, a los cargos, dispuestos a consumir hasta el último instante la traición. De toda España llegan a ellos las más ásperas protestas. La Ejecutiva flamante de la U. G. T. nada contra corriente hasta enfrentarse descarada con el Partido, negándole de modo tácito una colaboración que

revolucionariamente se requería. Al mismo tiempo inician una maniobra de bajos vuelos para completar la tarea. En las intimidades del Partido Socialista hacen correr la especie de que su hombre representativo, Largo Caballero, es un enfermo mental. En las intimidades de las juventudes socialistas, sañudamente atacan a quienes convergíamos en una táctica marxista las inquietudes de la nueva generación, anunciando nuestra pronta marcha a entidades de la gran burguesía, por las que, al parecer, estamos subvencionados para trabajar de agentes provocadores. Todo en vano. El dique de granito salta. Primero en la Federación de Trabajadores de la Tierra, donde habían llegado al máximo la incomprensión y la estultez contrarrevolucionaria (ya lo hemos comentado debidamente). (1) Después en la U. G. T., de la cual marcha el Sanedrín «reformista» visto el fracaso de numerosas habilidades para sostenerse (Comités nacionales caciqueados, convocatoria de un Congreso, etc.). Sigue la suerte el Sindicato Ferroviario. Y, como punto final, la Ejecutiva de la Federación de Juventudes Socialistas, si bien hay que hacer constar que de hecho en aquel organismo perdieron primero que en ninguno su hegemonía, a tal punto que, meses antes del Congreso que los liquidó definitivamente como fracción política en el seno de la organización juvenil, se inhibieron en las actuaciones propias de sus cargos, asustados al parecer de la falta de pudor que significaba actuar al frente de organismos que, hora tras hora, recibían sugerencias de recusación. Pero su marcha es a

(1) Será preciso analizar en otros momentos menos aciagos, la labor realizada desde esta Federación, en manos de unos dirigentes ineptos y megalómanos, en beneficio del campesinado. Algunos datos tenemos sobre el particular, capaces de producir asombro al más curado de él.

última hora, cuando todo el daño estaba ya consumado. Jamás llegarán a comprender la ansiedad con que, día tras día, el proletariado revolucionario esperaba verles saltar de los cargos. Lo apremiante de las circunstancias históricas daban a la espera características de loca inquietud. Cinco meses antes de su marcha, las masas obreras radicalizadas exigían la elemental preparación para hacer frente a jornadas revolucionarias y no se las podía dar. Cinco meses, cuando menos, de espera. En un proceso revolucionario que dura exactamente once meses, robar cinco a su preparación significa de antemano el aborto de sus mejores posibilidades. Ellos, por tanto, son los máximos culpables del fracaso de octubre. No puede enfocarse el movimiento desde sus próximas perspectivas, sino desde una prudente lejanía histórica. Las fallas insurreccionales, la falta de preparación, las acciones desorientadas, los actos de sabotaje, las órdenes mal interpretadas o incumplidas, toda la gama, en fin, de factores internos que impidieron el triunfo, salvando, naturalmente, los peculiares de la actuación momentánea, se cargan en su haber. Sueñan con un Congreso del partido, nuevo Ganges donde lavar sus pecados. Creemos que no llegarán a él, porque la clase trabajadora los hará antes abandonar sus gazaperas. Si llegasen, tengo la evidencia de que habría de cubrirles, a la luz del día, el cieno de su traición.

Los equidistantes o "centristas"

Los trovadores continuos de la unidad del partido acusan a las juventudes socialistas de haber multiplicado en el seno del mismo la manzana de la discordia, dando vida

ficticia a una tercera fracción, los «equidistantes» o centristas, que, como su propia terminología indica, son aquellos elementos colocados entre dos aguas a título de aglutinante de polos opuestos, poseedores, a virtud de esa especial predisposición que ostenta el eclecticismo, de todos los defectos de los extremos y ninguna de sus virtudes.

En primer lugar conviene hacer constar que el fenómeno del «centrismo», con una u otra denominación, se produce en todos los partidos políticos, especialmente en aquellos que no constriñen su programa a matices más o menos formales, sino que ambicionan la transformación de la estructura social, es decir, en los partidos de clase. Un somero repaso de la historia del proletariado internacional reafirma lo expuesto, aparte de que aunque así no fuera, si los hechos imponen en determinado momento una situación, quererla soslayar con el ritornelo de «nunca sucedió así» tiene muy poco de sinceridad y menos aun de marxista. Por todo lo cual bueno será advertir que las juventudes socialistas, o mas concretamente aquellos que enfocamos el problema y le dimos vida gramatical y polémica, nos hallamos con la conciencia tranquila, cada día más convencidos del acierto que nos acompañó y dispuestos a llevar el apelativo y su contenido hasta las últimas consecuencias.

Para los efectos que nos proponemos en este estudio, conceder una extensión desmesurada a definir el «centrismo», resultaría ineficaz. Plumas expertas, dedicadas en alguno de sus trabajos a tal menester, presentan recientes (1) y estimables trabajos dedicados a ello. Siendo, no obstante, la matriz generadora del apelativo las juventu-

(1) Carlos de Baraibar. - «Las falsas posiciones socialistas de Indalecio Prieto».

des socialistas, resulta de utilidad remitirse a las manifestaciones que, con escándalo de tiros y troyanos, hizo «Renovación» a mediados del año 1934, ante las cercanas perspectivas revolucionarias, apercibiendo al proletariado del peligro que en el presente y futuro significaban estas sirenas emboscadas y engañosas.

«Ahora —decíamos— parece surgir otra nueva tendencia más peligrosa (que el reformismo), porque encierra un principio de acción, cosa hasta de la cual carece la primera. Es la tendencia que desea un movimiento revolucionario para ir a una solución socialista republicana en vez de republicana socialista. A esta nueva tendencia se la ha encontrado ya una nueva denominación: es la tendencia de los «equidistantes».

Esta fracción, extraída de su grata obscuridad meses antes de la insurrección, había venido gestándose—fermentando mejor dicho— durante la actuación de la minoría parlamentaria socialista en las Cortes de la reacción. Afanes de envergadura que preocuparon al proletariado socialista revolucionario durante los primeros meses del año 1934, tales como desplazar de los cuadros de mando sindicales y políticos a la fracción reformista, impidieron fijar atención en determinados elementos que, al socaire de la lucha contra el reformismo, pasaban de contrabando su pacotilla ante el asombro, un poco difuso todavía, de quienes no se habían parado a meditar en su tarea. Los centristas se descubrieron ellos mismos, antes de que lo exigieran sus conveniencias, por un excesivo amor al parlamentarismo, que, si en otra ocasión hubiese prosperado, entonces, dada la calidad del objetivo de sus amores, resultaba asaz sospechoso. Todos los trabajadores sin excepción estaban enfrentados con las Cortes de noviembre, tanto por los factores que las produjeron cuanto por el

resultado de sus tareas. En tales circunstancias no podía menos de llamar la atención ese afán «legalista» y «parlamentarista» de enquistarse en un organismo que funcionaba a espaldas del país. No era posible que elementos engarzados al coro de protestantes, empleasen la tribuna popular para crear en las masas una psicología revolucionaria sin menoscabo de emplear al mismo tiempo la tribuna antipopular para practicar todo lo contrario de lo que fuera de ella exponían. En un principio, ajustándose a la solera intervencionista del partido, bien que mal se justificaban. Ha sido siempre táctica socialista —y táctica acertada por lo demás— llevar la voz y la iniciativa del proletariado a todos aquellos lugares donde tuviese resonancia. De aquí la labor continuada en los Ayuntamientos, en las Diputaciones, en las cámaras legislativas, en los organismos consultivos de la gobernación del país. Sin embargo, el tiempo, que es el más eficaz depurador de conductas y criterios, demostraba paladinamente que las Cortes de la reacción no tenían el más mínimo valor, siquiera fuese polémico, que redundara en beneficio de los trabajadores. Rota la inmunidad parlamentaria, como habían demostrado diferentes excesos cometidos por la fuerza pública y monterillas de aldea en las personas de diputados socialistas; aplicada la guillotina a las obstrucciones, a virtud de una reforma del reglamento de la Cámara hecha a medida de la mayoría; impedido todo razonamiento, toda discusión por el peso bruto de los votos, era un poco peregrino afirmar seriamente que los representantes del Partido Socialista realizaban allí labor de eficacia. Máxime cuando ya el proletariado había puesto sus objetivos en acciones totalitarias, de gran envergadura, que las condiciones políticas porque atravesaba el país aseguraban a plazo muy corto. Por el contrario,

resultaba contraproducente a las veces, porque ilusiones muy importantes de conservar, atendiendo al factor psicológico que impulsa los movimientos revolucionarios, se destrozaban de golpe y porrazo con una de esas intervenciones parlamentarias pequeño burguesas, adaptadas, eso sí, a las conveniencias camerales, pero inadaptadas al ambiente que se respiraba fuera. Caso típico la intervención de Prieto, contestando a Calvo Sotelo, en su famosa oración hacendística, aglutinante, que fué por breves instantes de toda suerte de republicanos, incluyendo a los radicales, con el Partido Socialista.

Dios y ayuda, como se dice en romance, costaba convencer a las masas de que aquellas expansiones no significaban ni mucho menos el criterio del Partido Socialista, sino el de unos venerables parlamentarios que hablaban por su cuenta y riesgo —por cuenta y riesgo de la minoría, se entiende— del mismo modo y con la misma intranscendencia que podían ingerir un azucarillo. Fuera lo que fuese, siempre era una representación del partido y un cerebro medianamente razonable era reacto a convencerse de que los miembros de un partido gozaran de una autonomía tal, por muy organismo autónomo que los controlase, máxime cuando las agrupaciones que los eligieron y principalmente las masas que los votaron exigían que marchasen lo más rápidamente de aquella tribuna de desprestigio. La necesidad de fijar claro y alto esta discrepancia entre el Partido (yo entendí siempre por Partido, tanto sus dirigentes como las masas que lo componen) y los parlamentarios es lo que llevó a «Renovación» a preocuparse del problema de los equidistantes.

Bien se dice que tras el hilo viene el ovillo. Lo que en un principio fué crítica a las actividades parlamentarias, poco a poco se tornaba en descubrir otras perspectivas

hasta entonces ignoradas. Por ejemplo, que la permanencia en el Parlamento significaba un peculiar concepto de la revolución que había de traducirse a «posteriori» en una afinidad política con los partidos republicanos. Como asimismo que su adhesión a la revolución se limitaba a esperanzadas posibilidades de enrolar en el movimiento a la pequeña burguesía, luchando a su lado en las Cortes, solidarizándose con ella en las actividades legales, tendiéndose mutuamente cables en discursos y conciliábulos. Es decir: incubar lo que después había de denominarse **movimiento nacional**. Se veía claramente en los actos de propaganda. Hablaba un «centrista» e inmediatamente surgían a la palestra los argumentos reconocidos: la república del 14 de abril, las conquistas perdidas, la necesidad de recuperarlas, etc. A la orden del día las frases de «nosotros queremos vivir en la legalidad, pero... ¡ah, si no nos dejan...!», «el Partido Socialista ama la república y vivirá siempre dentro de la legalidad republicana... si no le echan». En fin, proyecciones defensivas a tres o dos meses vista de la revolución.

Decíamos las juventudes: «que no piensen en matar el espíritu de clase de los proletarios en la repetición de una experiencia que nos ha traído a la situación actual». Y no se nos creía o cuando menos con excepciones contadas. Aun resonaba en los oídos el magnífico párrafo convencionista de «el Partido Socialista adquiere públicamente el compromiso de desencadenar la revolución». Quien había pronunciado tan viril soflama era imposible que, a la larga de aquello, se aviniese con conturbenios y componendas republicano pequeño burguesas, cuando la misma garganta había fulminado parejo al grito de clarín, una diatriba sangrienta contra los partidos de la república, rompiendo todo compromiso solemne con ellos. Ha

sido preciso octubre y su cohorte de nuevos problemas para convencerse de ello. Por fortuna para representantes y postulados la gesta fracasó. Es posible que a estas fechas su actitud fuese un poco más comprometida.

Al «centrismo» directamente no pueden achacarse traiciones revolucionarias. Es indudable que participaron en el movimiento. Esto hay que reconocerlo. Participó naturalmente con sus puntos de vista, dispuesto a explotarlos una vez en posesión del triunfo. Naturalmente se adhirió a él cuando el fermento revolucionario imposibilitaba otras actitudes, como no fuesen las totalmente recusables del reformismo. Fracasado o triunfante, nosotros sabíamos que la ofensiva verdadera contra el «centrismo» habría que comenzarla después. Porque para nosotros la revolución triunfante exigía tareas más graves que el simple golpe insurreccional. Es decir el momento de la construcción era más fundamental que el destructivo. En efecto, los acontecimientos, en esto como en otras muchas cosas, nos dieron la razón. El descubrimiento del «centrismo» se produce antes de las jornadas de octubre; su inminencia abre un compás de espera, y la batalla a fondo comienza a librarse después de ellas. Ante los nuevos problemas que habían de surgir en cualquiera de ambos casos había que seguir luchando por los «fines» de la revolución y aquí, en este plano, el choque era esperado e inminente.

Las juventudes socialistas, revulsivo del Partido

Las juventudes socialistas han jugado un papel muy considerable en la transformación espiritual de las masas obreras enroladas en el Partido. Conviene reivindicar esta

ejecutoria a la vista de quienes, con más o menos autoridad en los momentos actuales, pretenden relegar al organismo y sus componentes al papel de escuderos o pajes de compañía, dando lugar la peregrina paradoja de denostar hoy lo que ayer alababan, es decir, la pretendida indisciplina, beneficiosa al parecer cuando se empleaba en desjarretar posiciones reformistas y dañina hasta más no poder cuando se trata de arrancar posiciones al «centrismo».

Frente a tales habilidades emerge la lógica de los hechos. El Partido Socialista, en 1931, se embarca en una aventura democrática cuyas perniciosas consecuencias comienzan a ser atisbadas por las masas obreras meses después cuando conciertan lo que ellas esperaban del nuevo régimen y lo que éste podía ofrecer. A la vista del Partido Socialista, vinculado a los intereses de la clase burguesa, surge inexorable la dialéctica marxista, intuitivamente aplicada por el proletariado que critica los baldíos esfuerzos de la colaboración. Los hombres representativos del partido, con las excepciones que venimos apuntando en diferentes apartados, resultan sordos a estas sugerencias de la masa, cegados por los árboles inmediatos para la visión del bosque. Y entonces, las socialistas, colocadas en un justo plano de crítica, plantean el problema en sus propios términos: **La colaboración sólo puede desembocar en una conquista del Poder o una preparación para la conquista del Poder.** A este efecto, en el mes de mayo de 1932, aparece en «Renovación» un artículo del hoy secretario de la Federación Nacional, titulado: «El Poder para el proletariado», que, al socaire de una réplica muy merecida a unas afirmaciones del reformista Saborit, sentaba las premisas fundamentales de la que después había de ser posición del ala izquierda del partido.

Al decir «juventudes socialistas» entiéndase que nos referimos a la base de estas juventudes y al grupo que entonces personificábamos la oposición, vinculados más tarde a los cargos representativos (abril de 1934). La Comisión Ejecutiva estaba en manos de reformistas integrales, desatentos a las inquietudes del proletariado en general y sobre todo del proletariado juvenil. Era la época de la colaboración y éstos «anticolaboracionistas», con un lógico espíritu de sacrificio, estaban colmados hasta el cuello de cargos y responsabilidades. Cinco tenía el entonces secretario general de las juventudes, dos políticos y tres de organización. Unida la desatención a que obliga tal prolificidad a una falta general de capacidad y una desorientación política en último grado, júzguese la diferencia existente entre la «base» juvenil y «líder» tan representativo, pongamos como ejemplo. Es decir, las juventudes socialistas plantean al Partido los problemas derivados de la conquista del Poder a despecho de sus entonces dirigentes. Y tal fuerza avasalladora tiene esta riada dialéctica que al partido se le vino encima, a compás de la desvinculación de Largo Caballero de la república burguesa, que en poco menos de un año se sopesa el criterio juvenil con tanto interés como el criterio del propio Partido.

Las juventudes nunca habían sido un plantel de castros, apéndice vertebral del partido, como ahora quieren demostrar diversos elementos, apelando a la interpretación del espíritu de su fundador, Tomás Meabe, que si resucitase se encontraría poco honrado con el servicio que le hacen tales honradores. Durante varios años, eso sí, su alta dirección, reformista por supuesto, tuvo como única y peculiar misión establecer una dictadura familiar en el seno de ellas que sirviese de corcho aislante entre

las inquietudes de la «base» y la tranquilidad paradisíaca de «arriba». No había más que dos disyuntivas: acatar los Evangelios o marcharse. De este período, no de apatía e inutilidad del organismo, sino de incompetencia y mala fe de los dirigentes se han extraído las consecuencias que comentamos. La costumbre de considerar mudas a las juventudes, árbol raquítrico sin savia, parecía dogma. Cuando después de incalculables esfuerzos se logró arrinconar las viejas moles inútiles que entorpecían el organismo, escuchar la voz de las Juventudes Socialistas hacía para algunos oídos, bienquistos con el nirvana silencioso, algo así como una heregía. Sin embargo, como este despertar orgánico coincidió con una transformación política del proletariado español, aquellos que en otra ocasión hubiesen aplicado los resortes burocráticos y reglamentarios para extirpar el germen dañino, se vieron precisados a morderse los puños y agazaparse lo mejor posible a fin de procurar salir indemnes de la tormenta.

De aquí todas aquellas profecías que cuajaban en el ambiente anunciando una pronta expulsión de los contumaces revolucionarios. ¿No había sucedido siempre así? ¿No fueron proyectados grupos y fracciones enteras de afiliados por el simple delito de discrepar de la alta dirección políticamente? Esta fracción actual no había de ser menos. Torpes avestruces, no comprendían que el aliento de la fracción opositora provenía única y exclusivamente del estado de opinión que se respiraba en el seno de las masas trabajadoras, ahitas de democracia burguesa, radicalizadas a virtud de la insolubilidad de los problemas que habían planteado a la república. Y así, a compás de los acontecimientos, la fracción pequeña, casi insignificante en un principio, se fué haciendo, con el control de las masas juveniles, hasta tal punto que meses antes del

último Congreso ordinario de este organismo, quienes de hecho llevaban la orientación juvenil no eran los directivos arrumbados clementemente en el olvido, sino el grupo opositor que en abril de 1934, por unanimidad, pasó a cubrir los gastos responsables del organismo.

Entonces, las juventudes socialistas, lograda esa ideal fusión de espíritu entre dirigentes y dirigidos, en la que no se hallaba un átomo discrepante, se colocan al lado del Partido, como un bloque férreo, dispuestas a desanquilosar los miembros tanto tiempo dormidos forzosamente. Los cuadros de dirección del Partido también trataban de desanquilosarse, más torpemente desde luego. En este camino de revisión de viejos errores y equivocadas tácticas, las juventudes, a virtud de su dinamismo y su identificación entre dirigentes y dirigidos, insensiblemente influyen en el Partido. Un momento, el órgano juvenil «Renovación» tiene para el proletariado socialista más interés y más responsabilidad que el mismo órgano del Partido, donde aún se plasmaban las diferentes facetas que en el seno del organismo socialista vivían y aun viven.

Esto significaba que las juventudes socialistas habían recobrado su pristina razón de ser: revulsivo del Partido, vanguardia del mismo y acicate doctrinal y político. Misión peculiar de juventudes, más precisa en los momentos actuales cuando el mundo se inclina hacia perspectivas juveniles. Todo ello con la aquiescencia absoluta de las masas obreras que en la dinámica juvenil veían fielmente plasmadas, al margen de compromisos y resabios políticos de vieja tónica, sus aspiraciones revolucionarias de clase. La lucha implacable contra el reformismo, comenzada meses antes de las gestas revolucionarias, continúa por la que hoy se sigue luchando con el mismo ardor,

el descubrimiento de las peligrosas habilidades «centristas», la identificación con el ala izquierda del partido y con otros sectores obreros, en cuanto éstos veían la insoluble salida legal a otros campos superiores a los republicanos, personalizaron hasta el grado máximo al organismo juvenil, a punto de que la insurrección de octubre lo halla en posesión de gruesas falanjes revolucionarias, una prensa de primer orden, tan leída como el órgano del Partido, un aparato organizativo montado a la perfección y una línea teórica recta. De aquí su juego en primera fila, tanto durante las jornadas insurreccionales como en el momento de, vencidas éstas, dirigir al Partido Socialista por caminos beneficiosos a la clase trabajadora, al margen de viejas experiencias y viejos representantes, fracasados estrepitosamente cuando con más fundamentos se podía esperar el triunfo.

La responsabilidad del Partido Comunista

Hablar constantemente como venimos hablando de las masas obreras socialistas no significa considerar que en España no existe más proletariado que el encuadrado en las filas del Partido Socialista. Lo que nos mueve a obrar de esta forma es la consideración de que la insurrección de octubre, con sus precedentes y consecuencias de afirmación de clase, son obra del Partido Socialista, organismo dirigente de la revolución.

En efecto, en España el proletariado se agrupa en diversas fracciones que no son la central política y sindical socialista. El Partido Comunista y su entelequia sindical

la C. G. T. U., la Federación Anarquista Ibérica y la Confederación Nacional del Trabajo, el Bloque Obrero y Campesino son tres compartimientos de lucha de clases donde se encuadra el resto del proletariado que no obedece las consignas del Partido Socialista. Todos ellos, como es natural, han tenido su participación en las jornadas revolucionarias de octubre, tanto en la acción como en la omisión, porque en momentos históricos para la clase trabajadora, se quiera o no toda ella participa en la lucha, haciendo lo que debe o no dejando hacer. Planteado el dilema totalitario la intervención es inescusable, ya que éste vive por encima de las consignas de los partidos.

Por ello, en la hora de la sinceridad, hay que poner sobre el tapete la actuación de cada uno, más que para criticarla, para subsanar sus defectos en previsión de futuras jornadas que puedan coronarse con el triunfo.

¿Cuál ha sido el rol jugado por el Partido Comunista en la insurrección de octubre? No precisamos a este efecto remontarnos a sus principios como tal partido, aunque bueno será recordar que se produce a virtud de un desgajamiento del árbol común socialista. Pero en verdad, cuando adquiere características peculiares la sección española de la III Internacional es después de las jornadas democráticas del 14 de abril.

Hay que hacer justicia en parte. Los comunistas han sido enemigos de la labor realizada por el Partido Socialista en el primer gobierno de la república. Ahora, los enemigos lo fueron muy poco inteligentemente. Aquejó siempre al Partido Comunista un defecto fundamental que es el de haberse considerado —ya no tanto— el partido rector del proletariado español, negándose sistemáticamente a reconocer que en España, la mayoría de la clase

trabajadora, permanece encuadrada en las filas del socialismo. Sobre esta base falsa, las críticas que realizaba carecían de la debida consistencia. Aparte de la inferioridad dialéctica de sus armas, que se perdían en discusiones accesorias y personales, en lugar de elevarse hacia críticas objetivas y de doctrina. Durante los tres años primeros de república, y casi hasta un mes o dos antes de la insurrección de octubre, el Partido Comunista ha pretendido imponer su punto de vista en el proletariado a fuerza de campañas arbitrarias, siempre personalizadas en los dirigentes del Partido Socialista que, precisamente por su sectarismo, producían en las masas de este partido efectos contraproducentes. Las masas obreras conscientes, atentas siempre a la crítica objetiva y de altura no podían ver con agrado esta contumacia en oponerse a todo lo que llevase el marchamo socialista, por el simple hecho de proceder de un partido al cual, en obediencia a consignas desconectadas de la realidad histórica española era preciso combatir en todos los frentes.

La ciega obediencia a tales consignas, no emanadas de la discusión interna en las filas comunistas, sino impuestas por el Buró Internacional, ha llevado a los representantes del «comunismo staliniano» a desenfocar problemas de vital importancia para el porvenir revolucionario del proletariado. El que descuella por encima de todos, y al que definitivamente nos vamos a referir, por la importancia del mismo y el juego que ha dado en la insurrección de octubre, es el relativo a las «alianzas obreras». Porque en cosecha de factores que han llevado al fracaso a las jornadas insurreccionales, la actividad de los comunistas oficiales antes de la revolución ha determinado uno de ellos.

Al apreciar el Partido Socialista la situación revolu-

cionaria que cuajaba en el país, lo primero que vió con claridad meridiana era la necesidad de hacer partícipe a todo el proletariado en la organización de las actividades que, como consecuencia de esta situación, habían de producirse. No se preparaba una acción táctica de objetivo limitado ni una batalla política de alcance parcial, sino toda una lucha por objetivos que salía de puntos programáticos reducidos para enmarcarse en el amplio campo de la lucha a fondo de una clase contra otra clase, por el predominio económico y político. Es decir, se iba a la subversión del orden social, a la transformación de los sistemas económicos de producción y cambio por medio de un acto revolucionario que pusiera en manos de la clase trabajadora los instrumentos propicios para llevarla a cabo; es decir, el Poder Político. De empresa de tamaña magnitud, por tanto, no podían estar ausentes los principales afectos. El objetivo ambicioso exigía no constreñirse a una actividad exclusiva, de partido, que pudiera significar, por interpretaciones falsas o falta de elementos, un fracaso rotundo. Las «alianzas obreras» fueron la consecuencia de este punto de vista. A fin de recoger en un organismo articulado y responsable al proletariado español, sin hacerle abandonar sus departamentos políticos y sindicales, enfocando su atención previa hacia la primera batalla, se difundió por España la consigna. El punto de partida lo habían dado los anhelos comunes de diversas fracciones proletarias que en Cataluña vigilaban concientes las necesidades de la hora histórica.

Esto respondía, en definitiva, a una consigna —caballo de batalla de los epígonos de la III Internacional— con la que venían especulando desde años atrás. El Frente Unico. Era presumible una actitud meditada y serena de discusión. Y, en efecto, sucedió todo lo contrario. El partido

que se consideraba «dirigente de la revolución», ofendido por lo que al parecer podía significarle un desalojamiento de posiciones, emprende batalla contra la concreción de un punto de vista que sostenía hasta la fecha con mediano éxito.

Claro que había en ello una diferencia de fondo, aparte de las formales, que justificaba su posición. El Partido Comunista hace girar su dialéctica revolucionaria a base de una plataforma falsa, que es considerar la acción insurreccional como última fase de un proceso de desarrollo de batallas parciales ininterrumpidas, así como las ondas concéntricas que se producen en el agua al arrojarla un objeto sólido. Esto, que en su fondo responde a una realidad evidente, puesto que las condiciones objetivas de la revolución se producen siempre a consecuencia de las luchas mantenidas por la clase trabajadora contra la burguesa, no significa de modo preciso que las energías finales se malgasten en choques de masas indemnes contra fuerzas represivas del Estado capitalista, a fin de crear una excitada situación revolucionaria a la que se liman sus factores más agudos a consecuencia de la represión subsiguiente a toda jornada de masas llevada a cabo por el proletariado. En efecto, las condiciones revolucionarias son consecuencia del malestar de las masas que encuentran vencida una etapa política sin haber logrado todas las satisfacciones que de ellas podían esperar. Una vez producidas éstas, lo urgente y primordial es actuar en la preparación de todas las energías dispersas en una sola dispuesta a concentrarse en un momento determinado sobre el cuerpo social que pretende aniquilar. He aquí, en estrategia revolucionaria, el concepto de una revolución de clase. Las Alianzas Obreras eran el organismo que había de unir, de enlazar las energías dispersas del pro-

letariado preparándolo para jornadas próximas y definitivas con todas las garantías del éxito.

Por las dos razones antedichas, el Partido Comunista se muestra enemigo de las Alianzas Obreras. A meses vista de la insurrección comienza una fuerte campaña de desprestigio de ellas, cegado por su sectarismo. Ante la clase obrera presentan las alianzas como una maniobra del Partido Socialista para castrar la revolución. Y oponen la consigna de los «soviets» en los lugares de trabajo, en las aldeas campesinas. Terrible equivocación. Durante varios meses la discusión alrededor de esto reduce las posibilidades de organización de las Alianzas en beneficio de la burguesía, que se apercibe para la inminente acción.

Para aclarar aun más esta labor de confucionismo a que se dedicaba el Partido Comunista un mes antes de la insurrección, es conveniente reproducir de «Renovación» los párrafos siguientes, publicados con fecha 25 de agosto:

«Con insistencia machacona todos los días en «Mundo Obrero», desde que cesaron nuestras deliberaciones con ellos (1), los comunistas se dedican a batirnos el flanco desde tres puntos distintos. En uno, colocan la batería de la «Polémica cordial», y tras ella, con afanes un si es no es teóricos, se vanean nuestros pretendidos errores... a continuación viene la segunda batería, la de «frente único», abigarrada sección donde se mezcla el comentario de un desconocido socialista con la carta violenta y agria de un titulado obrero sin partido que dirige a Largo Caballero excitándole a dejar de hacer traición

(1) Las conversaciones a que se alude son las mantenidas aquel mismo mes de Agosto entre una delegación juvenil comunista y socialista en pro de una acción común; que no tuvieron otro resultado que fortalecer nuestra posición política.

a los intereses de la clase trabajadora. Finalmente... en la tercera batería de «habilidades dialécticas» aparecen listas de juventudes socialistas adheridas a su posición y secciones en masas arrastradas a su campo».

Esto un mes antes de la insurrección de octubre. ¿Y para qué? Pocos días más tarde, obedeciendo consignas que, por lo retrasadas, anunciaban la mano internacional, marchan de frente hacia las tan denostadas Alianzas, haciendo buena la frase final de la delegación juvenil socialista en las deliberaciones sostenidas entre representantes de ambas centrales juveniles, socialista y comunista, en el mes de agosto: «lamentamos que por vuestra intransigencia no se pueda llegar a un acuerdo. Pero estamos seguros de que el desarrollo del proceso revolucionario y la presión de vuestras propias organizaciones os obligarán a ingresar en la Alianza Obrera».

El Partido Comunista traía a las Alianzas un balance desconsolador que puede traducirse en lo siguiente: **Exceso de preparación verbalista. Falta de preparación material. Desconocimiento del funcionamiento de las Alianzas. Mútuos recelos. Imposibilidad de montar su funcionamiento sobre base más completa a días vista de la insurrección.**

Si el Partido Comunista tiene quince días de descuido, actúa como los «anarquistas» en las calles o en las barricadas, junto a sus hermanos de clase». Es decir, no actúa. Por ello, los comunistas asumen en parte ante el proletariado español, la culpabilidad del funcionamiento deficiente de las alianzas obreras, como consecuencia de una falsa línea política mantenida hasta la máxima contumacia, a virtud de la cual se derrocharon en exceso verbalismos no traducidos después en una preparación ma-

terial de sus masas que avanzaron cargadas de consignas, pero con los brazos en alto y abiertas las manos hacia la insurrección.

Los anarquistas al margen de la insurrección

Decíamos en uno de los primeros apartados de este ensayo que la posición de España en el concierto económico mundial, sus características de país semicapitalista habían facilitado el arraigo del anarquismo en las capas sociales. En efecto, cuando medían sus armas en los países industriales de centro-Europa las primeras organizaciones marxistas, ya contaba el anarquismo entre el proletariado español con núcleos estimables. No es de extrañar que, poco después de fundarse en 1888 la Unión de Trabajadores, los anarquistas creasen una central sindical dispuesta a dar la batalla a la clase obrera socialista y a sostener sus postulados filosóficos y económicos tan ajenos al materialismo marxista (1).

Era descontado que la empresa no había de fracasar. El anarquismo en España no podía considerarse como una planta exótica, sino como algo consustancial a las condiciones económicas de nuestro país. Ello quiere decir que, pese a la vaciedad de contenido teórico de sus doctrinas, mezcla abigarrada de idealismo platónico, utopías pre-socialistas y economía proudhoniana, lograron por la fuerza de la inercia arrastrar consigo un núcleo interesante del proletariado. Esta nueva central había nacido

(1) La C. N. T. se fundó en 1912.

bajo el signo de la rivalidad y toda su enciclopédica ignorancia clasista estaba empeñada en combatir sin descanso al Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores.

La concepción peculiar que el anarquismo tiene del Estado, de la lucha de clases y de la transformación revolucionaria de la sociedad hubo de chocar inmediatamente con la dialéctica materialista aplicada a este orden de cosas. No es de extrañar por ello que en la lucha por los intereses de la clase obrera, aun siendo dos organismos dedicados al parecer a la defensa de tales intereses, no hayan coincidido nunca. En 1909, posteriormente en 1932 y 1933, los anarquistas han intentado transformar el orden social en pos de una conquista del estado burgués para transformarlo con arreglo a sus concepciones programáticas. Las masas obreras marxistas, ajenas a las utopías que servían de base a tales subversiones, permanecieron en estas efemérides al margen de ellas. Lógicamente, en 1917, en 1930 y en 1934, el anarquismo español, con excepciones que oportunamente hemos de comentar, y que se producen de modo exclusivo cuando dan de lado la ortodoxia anarquista, se inhibe en las contiendas del Estado y la transformación de la sociedad.

En 1930, el anarquismo no juega ningún papel. La concepción ácrata de la historia y de la lucha de clases subestima el papel de los regímenes políticos en la vida y desarrollo de los pueblos. Por tanto, era de esperar que demostrase la indiferencia demostrada ante la necesidad de transformar la monarquía autocrática en república burguesa. En definitiva, desde su punto de vista persistían las mismas bases estructurales (económicas, políticas, sociales) y era necio empeño entregar esfuerzo a lo que había de combatirse al día siguiente.

Como es natural, a virtud de esta situación anímica del anarquismo, los ácratas no forman parte en las Alianzas Obreras. No creen en la unificación de la clase trabajadora. Bien claramente lo manifiestan al decir «no es la unificación la que reforzará los medios de lucha del proletariado militante, esa compenetración superficial de las organizaciones donde se quita valor a la contextura moral de los miembros contratantes y no se condicionan las actuaciones definitivas a la aplicación del socialismo integral. No es la precipitación de las masas y unidades revolucionarias, en montón, el sistema deseado. El problema es más bien de orden psicológico y moral, está en la esencia de las ideas y no en los pactos o en los ingresos condicionales o de libre acceso» (art. citado). Para ellos, la unión es «confusión», «la psicología despótica del marxismo revolucionario, la cambalachera del reformista y la moral de ambos, en lo que descubren sus oportunismos, claudicaciones y falta de responsabilidad con las ideas y ante los hombres los invalida para ser mentores de la confraternidad proletaria».

Esta orientación, sin embargo, no es compartida por todos los organismos ácratas. Algunas federaciones comarcal es discrepan de este criterio a todas luces falso de la dirección orgánica del anarquismo. Ejemplo contundente de ello lo ofrecen los organismos asturianos, lo más capaz de todo el proletariado afecta a la C. N. T. En Asturias, los anarquistas desde el primer momento, saltándose normas de conducta que ellos consideran erróneas, se suman al frente obrero preconizado por las Alianzas, dispuestos a luchar cuando el momento lo exija, sin perder uno solo de sus principios, pero convencidos de que la única manera de hacerlos viables es procurando sentar como premisa el triunfo absoluto del proletariado sobre la

clase burguesa, explotadora común de todas las fracciones que enmarcan sindical y políticamente al trabajador.

Tiene, no obstante, este criterio una excepción de peso. En Cataluña, donde los anarquistas, actuando revolucionariamente, pudieron decidir el triunfo insurreccional, permanecen a su margen, y lo que resulta más grave, y acerca de lo cual deben meditar serenamente los afiliados al «cenetismo», solucionan a la burguesía un hondo conflicto de orden público, recomendando a sus afiliados la vuelta al trabajo en los lugares donde no lo hubieran hecho, cuando en toda España la clase trabajadora sostenía todavía una lucha implacable contra el estado burgués. De traición se califica esta actitud, por muy buena voluntad que quiera ponerse en el calificativo. En Madrid, pese a sus advertencias de que habían de encontrarse «en las barricadas», en el momento de la lucha con el resto del proletariado, resulta nula su actuación. Hacen el vacío a la insurrección y se reservan para ulteriores jornadas más en consonancia con sus principios. Ya lo habían anunciado con varios días de anticipación en otro artículo editorial, publicado en ese semillero de confusio-nismo llamado «C. N. T.»: «No es bastante con hacerle el vacío a los que créense reivindicados, a fuer de buenos sofistas (llamaban reivindicación a la radicalización de las masas). Hay que hacer más, mucho más. Nosotros tenemos el deber de prevenir a la clase trabajadora, de ponerla en guardia **para que no derroche energías inútilmente** (subrayado por mí) y se reserve, porque acaso muy pronto será necesario emplearse a fondo. Y decimos esto, porque tenemos sentido de la responsabilidad y nunca escurrimos el bulto en momentos de peligro; pasando de la teoría a la acción, sin una contracción de músculos, sin una vacilación». En efecto, aseveran esta monstruosi-

dad con un «empleo a fondo» al mes de reprimida la insurrección, pretendiendo declarar una huelga general en España como protesta por las condenas crueles de los Tribunales Militares. Huelga que, como era de esperar, concluyó en un fracaso edificante.

El proletariado anarquista ha de meditar sobre estas anormalidades de su dirección que, más que anormalidades, semejan traiciones. Es honda la llaga que la clase trabajadora tiene que cerrar después de octubre para hurgar en ella, a fuer de motivos tan justos como los expuestos. Una vez más, el proletariado marxista estará dispuesto a transigir en aras de la querida unidad de acción. La defección anarquista en octubre de 1934 tendrá que dejarse a un lado si al fin la experiencia demuestra a sus dirigentes donde se halla el camino de la verdad. Por lo menos mientras los propios confederados no den la señal de ataque depurativo. De todas formas, aunque al presente no se profundice en este factor —otro más— que motivó el fracaso de octubre, la historia ha de hablar. Como decía **El Socialista**, también pocos días antes de la insurrección, previendo proféticamente lo que había de ocurrir en este aspecto, **a cada cual se le discernirá mañana la responsabilidad que contraiga. No basta llamarse revolucionario. Hay que serlo. Y no de cualquier manera, sino conscientemente.** El anarquismo español ha demostrado en las gestas de octubre, no sólo carecer de visión revolucionaria, sino lo más grave: haber actuado a favor de la contrarrevolución.

El B. O. C., por las alianzas obreras

El proletariado catalán, que tan importante papel había de jugar en la insurrección de octubre, se halla vinculado a tres organismos de clase: el Partido Socialista y la U. G. T., el Bloque Obrero y Campesino y la Confederación Nacional del Trabajo. El Partido Comunista oficial apenas cuenta en la citada región con efectivos de valía. Estos tres organismos lógicamente eran los obligados a recoger y encauzar las ansias revolucionarias del proletariado catalán.

La posición de la Confederación Nacional del Trabajo ha sido comentada con anterioridad. Siendo Cataluña su baluarte más firme, ocioso es decir que en dicha región es donde han adquirido características más agravadas las erróneas posiciones tácticas que criticamos.

El resto de las fuerzas obreras catalanas están controladas por el B. O. C. y las organizaciones socialistas. Dentro de Cataluña, esta fracción primera del proletariado ha significado siempre la oposición política al Partido Socialista, ocupando el lugar que en otras localidades un poco a la ligera se asignaba el Partido Comunista, con la salvedad importante de que así como el P. C. se ha distinguido siempre por su incomprensión de los problemas fundamentales que las situaciones políticas planteaban y su sectarismo inconveniente y perjudicial, el B. O. y C. ha realizado en todo momento una crítica no por apasionada menos justa de las posiciones políticas que iba comprometiendo el Partido Socialista. Buena prueba de ello el tener que discernir a esta fracción del proletariado

catalán parte muy importante en la creación de las Alianzas Obreros como órganos insurreccionales.

En efecto, a fines de 1933, el B. O. y C. inicia su trayectoria de acercamiento al Partido Socialista, convencido de que el triunfo del proletariado es siempre consecuencia de una conjunción del mismo en sus tareas fundamentales. Este acercamiento es paralelo a la radicalización revolucionaria de las masas encuadradas en el Partido Socialista, y como consecuencia se plantea en Cataluña, con la aquiescencia esperanzada del resto de España el problema de las Alianzas Obreras, como órganos de revolución y baluarte del antifascismo. La coincidencia de criterio se traduce inmediatamente en la cristalización del primer organismo de este tipo que se crea en España. Lo integran, en líneas generales, los elementos del Partido Socialista y los del B. O. y C. Durante algún tiempo, la pequeña burguesía catalana, representada por los «rabassaires», ostenta representación en él, más cuando se delimita su específico contenido de órgano de lucha por el Poder obrero, la pequeña burguesía abandona aquellas trincheras donde no tiene otro papel asignado que el de estorbar.

El Partido Comunista oficial, cegado en sus torpes consignas, que comentamos debidamente en apartados anteriores, se niega a ingresar a las Alianzas, como asimismo los sindicalistas, topos del apoliticismo que, con esta actitud, logran únicamente desengañar a núcleos de sus militantes que, deseosos de establecer tacto de codos con el resto de las fracciones proletarias, abandonan la central sindical cenetista para aproximarse a los dos partidos obreros que componen, aparte de otros organismos de menor importancia, la Alianza Obrera.

Desde el primer momento comprende el B. O. y C.

la eficacia de las Alianzas, pese a diversas discrepancias formales en cuanto a su organización localista o nacionalista, con el Partido Socialista. Pero lo cierto es que su tarea en el seno de ella se desarrolla dentro de las más perfectas normas revolucionarias. Al mismo tiempo arrecia su campaña polémica contra el apoliticismo cenetista exigiéndole una claridad de posición en el problema del frente único, ya que «o va al frente único para ayudar al triunfo de la revolución, o queda completamente triturada», porque «si los anarquistas solos no pueden hacer la revolución, eso quiere decir que hay que hacerla en colaboración con los otros sectores obreros. Ser anarquista y sentirse revolucionario tiene como conclusión natural la comprensión de la necesidad del frente único, de la Alianza Obrera. Negarse a aceptar el frente único es hacer prueba declarada de adoptar una posición no revolucionaria». («La Batalla», 27 de septiembre, 1934).

Finalmente, la Alianza Obrera catalana quedó formada por el Partido Socialista (Federación Socialista Catalana), Unión General de Trabajadores, Bloque Obrero y Campesino (F. C. I.), Sindicatos de Oposición, Federación Sindicalista Libertaria, Izquierda Comunista, Sindicatos excluidos de la C. N. T. y últimamente, «el 4 de octubre», el Partido Comunista.

La Alianza Obrera catalana estuvo sabotada desde el primer momento de su actuación por los pretendidos elementos revolucionarios de la «Esquerra Catalana». En las jornadas insurreccionales no contó con los factores materiales precisos para asegurar su hegemonía revolucionaria. La Esquerra, consecuente con su primitiva posición dificultó el armamento de ella. Como es natural, hubo de quedar restringida su eficacia. Sin embargo, podemos asegurar, sin riesgo a equivocarnos, que si en

Cataluña la insurrección adquirió características de gravedad y perspectivas de envergadura fué merced a la tarea de la Alianza Obrera. El sindicalismo cenetista, consecuente con su posición en el resto de España, traicionó el movimiento insurreccional no secundando la huelga iniciada el día 5, y colocándose desde el primer momento en una actitud pasiva, de espera, que favorecía únicamente a la reacción. En momentos tales, estar con el proletariado es sumarse a la lucha por sus reivindicaciones. No estar con el proletariado es tanto como traicionar sus intereses.

En cuanto a la pequeña burguesía catalana, que hoy especula con sus posiciones en busca de nuevas posibilidades políticas en Cataluña, el proletariado perteneciente a la Alianza Obrera bien puede estigmatizarla con los dictados de Marx a la pequeña burguesía alemana cuando aquella traicionó la revolución del 69. El B. O. y C. en su primera resolución política adoptada después de octubre, también lo recuerda: «Es el acto más imperdonable—dice en su folleto «Las lecciones de la insurrección de octubre»— que pueda reprochársele. Jamás partido alguno ha cometido en la historia traición semejante con respecto a sus mejores aliados, y sean cuales fuesen la humillación y el castigo reservados a ese partido de la clase media, ese acto sólo los merece plenamente».

Las huelgas en período revolucionario.

— El ocho de septiembre en Madrid

Cuestión muy debatida antes y después de octubre ha sido el tanto de culpa que corresponde a las huelgas

generales de tipo económico o político producidas en vísperas revolucionarias, en la yugulación del movimiento insurreccional. Casi sin excepción imperan los criterios desfavorables. En buena táctica insurreccional, la dispersión de energías para atacar a un enemigo concentrado y atento sólo al postrer ataque es un error de calibre. Guerra de guerrillas puede llamársela. Si a simple vista pudiera parecer que debilita posiciones en definitiva fortalece al enemigo enseñándole cuáles son sus puntos vulnerables para los que apercibe inmediatamente una mejor resistencia.

¿Quiere esto decir que la clase trabajadora ha de abandonar sus intereses peculiares, sus intereses de gremio en beneficio de una remota y aun no determinada acción conjunta? Evidentemente, no. El proletariado se halla siempre en continua revolución, en continuo avance. Las acciones parciales de masas en pro de sus reivindicaciones son el más claro exponente. Las huelgas perfilan un arma de combate aunque aperciban a la par a la defensiva burguesa. Por ello se las ha calificado siempre como arma de dos filos. Pero su necesidad, en cuanto la ejecución de las mismas eleva la moral de clase, es inexcusable. Con todos los inconvenientes que puedan ofrecer, cuando la única salida a determinado estado de cosas es la acción violenta y directa no hay más remedio que emplearla.

Más fijémonos bien en lo siguiente: la huelga es un avance siempre. Un avance revolucionario. Aclara posiciones políticas o fortalece posiciones sindicales. ¿En beneficio de qué? En beneficio del proletariado. Una huelga es la acción definitiva después de las consiguientes escaramuzas para lograr el triunfo. Desde este punto de vista significa que, después de ella, no hay nada más que el

repliegue a las posiciones primitivas caso de perderla. Y la preparación sobre la marcha de una nueva acción. Tras la huelga planteada por un sindicato, en beneficio de los asalariados que aspiran a determinadas reformas, o planteada por un organismo político para deshacer un avance enemigo, en aquel momento no hay «nada más» que el triunfo o derrota. «Nada más. Es decir, que para el núcleo de la clase trabajadora que concurre al movimiento huelguístico, en aquellos momentos no se ofrece perspectiva de mayor alcance.

Pero la cuestión varía fundamentalmente cuando el proletariado se halla comprometido en una acción insurreccional, de tipo totalitario, que ha de cambiar, caso de triunfo, la situación política y económica del país, atacando de una vez para siempre las raíces de la sociedad burguesa. En este caso las huelgas de objetivos limitados y parciales carecen de su razón de ser. Los problemas egoístas o gremiales que puedan plantearse han de quedar supeditados a la actividad conjunta. Y los problemas políticos desaparecen ante la magnitud del que se aproxima. Aun es permisible fortalecer las masas y crear ambiente cuando la insurrección comienza a incubarse. Una huelga en tales condiciones, sin comprometerse a fondo, madura y sólo depende de un factor último que propicie desde fuera del partido las circunstancias objetivas, una huelga política inconciente puede hacer tanto daño como tiene categoría de ensayo. Cuando la insurrección está impulsada por agentes provocadores.

Claro es que lo primero que se plantea es una cuestión previa: creer o no creer en la insurrección. Aludimos a los dirigentes. Si se cree, se contiene el conflicto, se miden las responsabilidades que ante la historia puedan

contraerse alocadamente. Sino se cree, la evidencia del hecho inmediato vence a débiles consideraciones.

Con relación al movimiento de octubre, lo anteriormente expuesto sólo es de aplicar a dos movimientos de masas que con días de anticipación a octubre, cuando más, con meses, se produjeron. La huelga campesina y las jornadas antifascistas del 8 de septiembre. Al curso del año 1934 se produjeron otros movimientos, la huelga general del 22 de abril en Madrid y varias huelgas sindicales en diversos gremios. En cuanto a la primera cae en el período antes aludido de «fortalecimiento de las masas y del ambiente». De aquí su éxito. Las segundas (Arte de Imprimir, Construcción, Metalúrgicos), con sus errores y sus aciertos, pesan escasamente en la balanza insurreccional. Los que determinan con trágica intensidad el movimiento insurreccional de octubre, como factores de volumen, son los movimientos aludidos. Pasemos a examinarlos con alguna detención.

La huelga del 8 de septiembre en Madrid es una repetición de las jornadas del 22 de abril. Idénticos motivos. Idéntica empresa. Diferentes resultados. El 22 de abril, por sorpresa, se declara en Madrid una huelga general que controla la Federación Nacional de Juventudes Socialistas, a fin de malbaratar la concentración que Acción Popular tenía preparada en El Escorial. Fué un golpe inesperado para el Gobierno. La misma sorpresa le impidió reaccionar. Aparte de ello, en tales momentos comenzaba a formalizarse la situación revolucionaria. El choque de ambas clases sociales no se consideraba inminente. La huelga, por consiguiente, no entorpecía ningún objetivo.

El día 8 de septiembre se concentran en Madrid los terratenientes catalanes de la C. E. D. A. La Alianza Obre-

ra, ansiosa al parecer de emular glorias, ajenas y pasadas, organiza la segunda huelga general en Madrid en el plazo de unos meses, con las siguientes diferencias: el Gobierno, apercebido, ya que se venía anunciando en días anteriores; la insurrección en puertas, que era lo que ocasionaba esta vigilia nerviosa del Gobierno; objetivos de preparación material en pleno trasiego. Los resultados no pudieron ser más catastróficos. Cuando comenzó a extenderse por Madrid la orden de paro, fuerzas gubernamentales se apoderaron de los servicios públicos, mientras otras clausuraban la Casa del Pueblo y los domicilios de todas las organizaciones obreras de Madrid, entre ellos el de la Federación Nacional de Juventudes Socialistas, quizá porque se creyera que ella había organizado tan descabellado movimiento. Era el momento esperado con ansiedad por el Gobierno. Se provocaba a las masas organizadas para colocarlas a la defensiva y hacer saltar la insurrección futura por medio de un «putsch» sangriento. Por fortuna, la sensatez del proletariado evitó sucesos luctuosos. Sin embargo, la contrarrevolución había ganado una gran batalla en Madrid.

Pocos días después, la policía extrajo de la casa de los trabajadores una parte del armamento preparado para la insurrección que veintiséis días después estallaba. Con este motivo fueron encarcelados los mejores dirigentes sindicales madrileños. La Junta Administrativa de la Casa del Pueblo, organismo máximo, escuchó la pólvora de la insurrección tras los muros de la cárcel. Exponemos a la meditación de los que declararon la huelga los resultados de ella y las consecuencias que posteriormente se produjeron. Se hablará del fracaso insurreccional en Madrid cuando llegue la hora de discernir responsabilidades. Entonces, gran parte del balance abrumador que ofrece

la capital de España se cargará en el Debe de sus organizadores. No fueron ellos solos. Sería excesivo achacarlo así. Otros factores, inocentes y culpables coadyuvaron. Pero conviene ir concretando responsabilidades, punto por punto. Como decía «Espartaco», la revista teórica de la Federación de Juventudes Socialistas, en relación a este conflicto, con una visión del mismo que para sí quisieran muchos estrategas de ocasión: **Barruntamos que en su día las consecuencias del movimiento pueden ser históricas, cosa que para nosotros, que gustamos de las posiciones diáfanas, sólo puede empujarnos, con el imperativo del deber, a decir lo que sentimos.** (N.º 3, septiembre, 1934).

Y ahora una última salvedad. Es posible que los dirigentes de Alianza Obrera no creyesen, como muchos otros en España, en el movimiento revolucionario. Esto no será disculpa. «Espartaco» también lo hizo ver así. Con una advertencia que no estará de más reproducir: **Si se cree —decía— en un movimiento revolucionario, si se trabaja en un movimiento revolucionario, todas las actividades han de supeditarse a esto que es fundamental. Lo demás es secundario ante el triunfo de la revolución. ¿Que no se cree en el movimiento? El camino es claro: el del apartamiento voluntario antes de que la masa se llame a engaño o se imposibilite, por la incredulidad o la falta de capacitación revolucionaria, el éxito de la insurrección.**

Los campesinos al margen de la Revolución

Hecho más doloroso y aleccionador que la huelga de campesinos acaecida en junio de 1934 no se registra en la historia del proletariado español. Más complejo, tampoco. A virtud de su complejidad no pueden adoptarse posiciones simplistas al enfocar dialécticamente los antecedentes insurreccionales y aun la misma insurrección. Hay quienes denostan el movimiento a ultranza, achacándole toda la culpa de que el campesinado no respondiese en la hora de la verdad, y, por lo tanto, califican a los dirigentes de la huelga de traidores al proletariado. Por el contrario, estos mismos dirigentes se defienden haciendo pesar lo inevitable que resultaba el declarar la huelga, la omisión del resto del proletariado en secundarla, transformándola en huelga general revolucionaria, y otra serie de factores defensivos. Ni unos ni otros están en razón. Lo peor que ante un hecho de tal calibre puede suceder es juzgarlo con apasionamiento.

¿Qué motiva la huelga de campesinos? La frase, ya tópica, de que «la república no ha llegado a los pueblos» expone concretamente como el conflicto campesino es consecuencia de un amontonamiento de viejos problemas insolubles que ahogan el agro español, a los cuales la república no supo dar arreglo. El campesino, en la vida política de España, ha sido siempre un ser sin personalidad, víctima del cacique, del señor, del odioso amo de la tierra. Un siervo de la gleba, en fin. Como en Rusia, en 1917, país de características económicas semejantes a España, el campesino —mayoría de la población— se ha-

llaba inmerso en una vida desentonada completamente del proletariado industrial, al advenimiento de la república. De aquí la semejanza de una consigna que ha recorrido España de punta a punta durante los años del «bienio»: «la tierra para quien la trabaja». Con la diferencia de que los bolcheviques supieron hacer buena esta consigna al lanzarse a la conquista del Poder, desengañando previamente a las masas agrícolas de las pocas esperanzas que tuviesen en los gobiernos de carácter burgués; y aquí el Partido Socialista enfocó las ansias revolucionarias del campesino hacia el engendro risible de la reforma agraria.

Si los años de participación ministerial, o sea, los dos años primeros de república no salucionaron ningún problema político, ¿cómo iban a solucionar cuestiones de tipo económico, máxime de la gravedad que caracteriza la cuestión agraria? Por el contrario, la súbita impresión recibida por el campesino de que aquel estado de cosas se remediaría, fuese transformando poco después en un recrudecimiento de las viejas heridas. Reforma agraria en el papel, salarios más bajos, hambre, paro forzoso, desaparición de bolsas de trabajo y de la ley de términos municipales—primero y único respiradero que en su larga vida ha encontrado el campesino español, gracias a Largo Caballero—, destitución de Ayuntamientos, señudas persecuciones, cárcel, toda la gama de terribles injusticias feudales que debió cortar para siempre la república. Al principiar el año 1934 el campesinado español se hallaba en magníficas condiciones para preparar su insurrección. Forzaba el progreso revolucionario. Todos aquellos que hemos acudido a los pueblos en propaganda escuchábamos todavía sin desvanecerse el monorritmo de una pregunta: «¿Cuándo hacemos la revolución?» Y otra: «No

tenemos armas». Era el mismo proceso que se desarrollaba en el proletariado industrial. Es decir, el obrero del agro se había incorporado al progreso de radicalización de las masas, consecuencia del fracaso de los postulados democráticos, haciendo buena la teoría marxista leninista de la superación de la democracia por sus propias contradicciones.

¿Qué ocurrió, pues, para que el campesinado se lanzase a un movimiento peculiar suyo, abandonando el ritmo conjunto con el proletariado industrial? Menester será en este caso, dejando al lado por un momento el estudio de las condiciones económicas que posibilitaban el movimiento, examinar con cuidado un factor de tipo psicológico que ha de hacer luz sobre la huelga.

El «pandemonium» táctico que, desde 1930, existía en los cuadros de dirección del Partido Socialista y Unión General de Trabajadores tuvo su más álgida expresión a fines de 1932 y principios de 1934. Ya en otro lugar hemos hablado de ello. En el caso presente, la Federación de Trabajadores de la Tierra, organismo con casi medio millón de afiliados entonces, estaba dirigido por un grupo de reformistas, los más inhábiles de la fracción, alejados por completo de los problemas peculiares del campesino, sumergidos en las frondas burocráticas de secretaría y del Instituto de Reforma Agraria. Acuciaban desde los pueblos las llamadas al orden, en la forma tosca que los campesinos sindicalmente solían emplear. Jamás se vió en divorcio tan palmario entre una masa y sus dirigentes. De que calibre sería, que **El Socialista** no tuvo más remedio que desembozar públicamente la cuestión en tres famosos artículos para evitar, como decía en uno de ellos, que «las organizaciones campesinas, al no sentirse interpretadas, reclamaran su independencia de una ma-

nera autónoma». También «Avance», de Asturias, por medio de la pluma de Amador Fernández, opinó sobre el escandaloso asunto que venían significando los juegos de manos de un grupo de individuos empeñados en obstaculizar y acallar el sentimiento revolucionario de las masas del agro. Y la polémica se produjo. Consecuencia: a primeros de año, en 1934, saltaron de sus puestos los dirigentes reformistas de la Federación de Trabajadores de la Tierra.

Para ocupar los cargos vacantes fueron elegidos los miembros del Comité Nacional que mejor habían personificado la tendencia revolucionaria. Representantes de Navarra, Asturias, Badajoz, como cabezas significativas. Pues bien, aquel silencio traidor del organismo máximo, aquel castrar las ambiciones revolucionarias de la masa, se traduce, de la noche a la mañana, en una absoluta identificación de la masa con los dirigentes, primero, y poco a poco en un arrollamiento perceptible de los dirigentes por la masa. Se había caído en el extremo opuesto, cosa disculpable si se comprende el exquisito tacto que hacía falta para controlar una concepción tan primitiva del proceso revolucionario como la que tenían los campesinos.

En tal ambiente, durante cuatro meses se forja la huelga general campesina. Fué una promesa de la nueva dirección que forzosamente había de cumplirse. Quizá se pensó hasta el último momento en que el gobierno, aterrado ante las perspectivas que había de ofrecer una huelga agraria, cediese en sus posiciones. Como no hubo tal, en el mes de junio, al comienzo de las más importantes faenas agrícolas, estalló el conflicto, acompañado de principios tales de represión que, desde el primer momento, fué posible aperebir como la burguesía buscaba yugu-

lar al campesinado para futuras jornadas revolucionarias.

Hasta ahora, de la huelga de campesinos sólo procede extraer las siguientes conclusiones: a) La huelga entorpeció la preparación revolucionaria; b) era consecuencia inaplazable de diversos factores de tipo económico y psicológico conque contribuyeron a ella; c) el fracaso campesino ha significado parte del fracaso de octubre en el agro, pero no todo.

Sobre este último apartado se me ofrecen unas consideraciones aclaratorias. Hablaba antes de la ligereza conque se juzga a los dirigentes de la Federación de Trabajadores de la Tierra de traidores. Evidente que la huelga campesina restó posibilidades de triunfo a un futuro próximo: organizaciones deshechas, dirigentes encarcelados, persecuciones sin cuento. Para una organización recién creada hay que reconocer que la brega es excesiva. Mas no se olvide que, a pesar de todo, muchos pueblos conservaron sus efectivos y otros los rehicieron con más coraje si cabe. En muchos casos, ahora, cuando el tiempo aclara los horizontes, los obreros del campo justifican su omisión en el silencio de las ciudades. No se dieron órdenes, funcionaron mal los enlaces. Hubo saboteos incalificables. Por norma general, a muchos pueblos llegaron antes «El Debate» y los discursos gubernamentales por radio que las órdenes de paro. A la vista de esto hay que dar al Cesar lo que es del Cesar. La huelga de campesinos fué un obstáculo en octubre. No nos alejamos un ápice de nuestro criterio sobre las huelgas en período insurreccional. Pero la justificamos en lo que es justificable. Quizá en esto, como en otras muchas cosas, el tiempo y las reflexiones serán las que en definitiva digan la última palabra. De antemano, si me atrevo a afirmar que en el balance de motivos que han

ocasionado la derrota en la insurrección, ha de haber otros más extensos que el que presente la huelga de campesinos con ser grande el de ésta. Quiero decir que tampoco conviene, si la autocrítica ha de ser sincera, guarecerse mucho en la espalda del vecino.

4 LAS JORNADAS DE OCTUBRE, INSURRECCION DE CLASE

Nuestro propósito

Desembocamos al fin en el hecho vértice de todas nuestras apreciaciones. Las jornadas insurreccionales, haz de días en los que, paralizada la columna vertebral de España, lucharon en su periferia dos clases antagónicas, con objetivos precisos y definidos en afán de lograr el predominio de una sobre otra. Aun estamos muy cercanos de aquellos días, por lo inmensos llenos de posibilidades históricas, atisbar en los cuales semeja heregía. Estudiadas las causas pueden extraerse las consecuencias, pasando sobre el hecho en sí en cuanto es historia, objetividad, desarrollo de empresas materiales. Hay una historia y una filosofía de la insurrección. En el primer caso se opera sobre el cuerpo vivo, se analizan sus reacciones, su gráfico activo buscando reflejarlo en aras de la exactitud con toda objetividad. Para ello se necesita una documentación de insuperable categoría imposible de obtener en los momentos actuales, aun sumidos en el letargo de aquella sacudida violenta. Aparte de ello, la historia de la insurrección, como las descripciones de las grandes batallas, deben hacerse cuando ha desaparecido el fantasma del apasionamiento. Sólo así resultan justas. La filosofía de la insurrección puede ya comenzar a extraerse, a casi un año de distancia, porque la filosofía se basa, como toda concepción teórica, en motivaciones de primer grado, en principios, en las cau-

sas últimas, para llegar a las cuales no es menester la rebusca entre los hechos. El resultado de los mismos las ofrece poco después, casi pulimentadas a la vista del observador, por escasamente sagaz que sea.

Nuestro propósito es alinear los factores que contribuyeron al hecho histórico; sus aportaciones útiles o perniciosas, y sobre el reconocimiento de ellos extraer las oportunas consecuencias que enderecen la marcha del proletariado hacia su objetivo con una perfección cada vez mayor. Al obrar así lo hacemos teniendo presente que el marxismo, más que una nueva escuela teorizante, se caracteriza por ser **un guía para la acción.**

La puesta en marcha de la insurrección

Las diferencias entre quienes estiman las jornadas insurreccionales de octubre como una rebelión nacional o bien como una acción de masas específicamente proletaria comienzan a especificarse en el mismo momento de ponerse en marcha la insurrección. Para los primeros, octubre es consecuencia de un cambio de gobierno que acusa en el país características más reaccionarias —declaradamente reaccionarias— medio contenidas hasta entonces. Se produce espontáneamente, como resultado de una reacción psicológica de todo el país republicano —pequeña burguesía y proletariado— contra las viejas oligarquías de nuevo dominantes. Para los segundos, este cambio de gobierno no es más que el pretexto para lanzarse a la acción. Sabido es que las revoluciones exigen, aparte de las circunstancias subjetivas de su preparación material y espiritual interna, una objetividad de ambiente

que las justifique y en cierto modo las dé un barníz de alzamiento nacional, encubriéndose con él sus causas últimas. La aproximación directa del partido de Acción Popular Agraria sirvió maravillosamente a tales fines.

Crisis política en octubre. Era de esperar lo sucedido; mejor aun, se estaba esperando desde un año antes. Espíritus torpes en la política confiaban en extrañas soluciones. Aquellos a quienes el manejo del escalpelo materialista, de la dialéctica marxista los había entrenado un poco en el conocimiento del devenir de los hechos, de antemano se hallaban convencidos de la inexorable desembocadura de la situación. El gobierno que se formase a raíz de la precaria destitución del Sr. Samper, no podía revestir otras características que las que revistió. En primer lugar, porque la caída de Samper no obedecía más que a maquinaciones lentas de «impregnación» derechista; en segundo lugar, porque las Cortes no daban otro material para constituir gobiernos que el empleado y ya recusado por no contener los ingredientes mayoritarios; en tercer lugar, porque la bandera máxima que justificaba la permanencia de las Cortes era, y es, la revisión constitucional y sólo podía ser enarbolada por aquellos partidos que la llevaban en sus programas electorales y de gobierno; en cuarto lugar por instinto de conservación de la gran burguesía que, ante la amenaza de una insurrección obrera, había de sentirse más segura con los resortes del Poder en las manos, es decir, con la constitución de un «gobierno fuerte».

Mediada la tarde del día 4 de octubre, el Jefe del Estado sanciona la lista del gobierno que establece las condiciones objetivas revolucionarias a que aspiraba el proletariado desde meses antes de la insurrección, convencido de que éste era su único camino. Pasa con ella

el Poder a manos de la contrarrevolución fascista en un golpe análogo al austriaco, al alemán, al italiano. La Confederación Española de Derechas Autónomas, formadas por la nobleza levantisca, el clero, la plutocracia terrateniente, pone su zarpa sobre las últimas instituciones republicanas. Con seis horas de retraso, es decir, a las diez de la noche, el proletariado se lanza a la calle en franca insurrección, desligado de todo compromiso con la república y el Estado, dispuesto a definitivas actividades. Da Madrid la señal. Cuando el resto de España quiere ponerse en pié hay un ligero vicio de nulidad que posteriormente quizá haya tenido trascendentales consecuencias. No es momento este de ventilarlo sino de apuntarlo. El resultado de la crisis era de antemano conocido el día anterior cuando faltaba solamente un aplomamiento formal de carteras. Quizá el proletariado pudo adelantarse a los hechos consumados en esas horas de intercambio burocrática de los resortes del Poder de unas manos a otras. Consecuentes, sin embargo, con lo advertido de que es problema a discutir más desapasionadamente, calculando los pros y los contras, lo dejamos tan sólo apuntado al paso, reteniéndonos el derecho de investigación para otro lugar y otras ocasiones.

Es decir, que la revolución se pone en marcha el día 4, comenzando el 5, en su madrugada. Durante el mismo día 5 y aun el 6 se incorporan al levantamiento insurreccional localidades rezagadas. Culmina la fase ascensional la rebelión de la Generalidad, que tiene lugar la madrugada del último día mencionado.

Examinemos a grandes rasgos los hechos. Pudiera hacerse con mayor detenimiento, porque aun siendo la documentación imperfecta, en las fechas actuales sirve para dar una idea muy aproximada de lo sucedido en

las grandes localidades, pero la extracción de la consecuencia que buscamos no nos exige extendernos en la exposición de aquellos.

Huelga general en Madrid

Hemos dicho que Madrid es la primera ciudad de España que se alza violentamente contra el gobierno constituido, aprovechando la madrugada del 4 al 5. Grupos armados toman las calles dispuestos a realizar un golpe de Estado audaz, de tipo militarista, amparados en la huelga general, de caracteres revolucionarios, que lentamente va parando las actividades de la capital de la república.

¿Quiénes constituyen estos grupos armados? Solamente trabajadores. Es cierto que los partidos republicanos de izquierda se han colocado al margen de los poderes del Estado, inclusive del Poder Moderador, y así lo comprueban diversas notas que han dado a la publicidad. Pero los mantenedores espirituales de estos partidos permanecen al margen de la acción en ansiosa espera, y sus escasos afiliados, en actitud neutral, no se determinan sin advertencia previa de los jefes a tomar parte en la más ligera escaramuza. Fracasada la intentona audaz de tomar por minorías de choque los órganos vitales del gobierno, persiste la huelga general ya revolucionaria en espera de sentirse fortalecida por acciones de provincias que, al parecer, tienen mayor intensidad. Se conocen en Madrid los principios de la heroica gesta asturiana.

Trancurren los días. Las características de clase del

movimiento van perfilándose claramente. Son las organizaciones obreras quienes mantienen la huelga; son los grupos armados de trabajadores los que luchan en heroicas y aisladas acciones contra los organismos armados del gobierno. Las notas que circulan, las órdenes que se dan afectan exclusivamente al proletariado madrileño. Inclusive se acoge con estupefacción la noticia de que se ha rebelado la Generalidad Catalana, máxime sabiendo como se sabía que este organismo pequeño burgués había puesto en práctica todas las argucias posibles para mantener desarmados a los trabajadores de Alianza Obrera de Cataluña, fortaleciendo con esta culpable omisión al gobierno, tan quebrantado, que durante algunas horas se supuso muerto. Los partidos republicanos, después de las notas que comentamos con anterioridad en otra parte de este ensayo, se abstuvieron muy bien de levantar cabeza, atentos a permanecer en una grata obscuridad que les permitiese, caso de triunfo, presentar factura por su ayuda moral y caso de fracaso hacer valer, ante quien sopesa estas valoraciones, su omisión, su pasividad. Si aparecen complicados algunos republicanos dirigentes en las notas y artículos publicados en la procaz prensa de las derechas es por una insigne torpeza que nunca aprenderá la reacción a llorar del todo. Cegados por la pasión, creyéndose omnipotentes —ya en declive las jornadas insurreccionales— se dispusieron a matar, como generalmente se dice, dos pájaros de un tiro, sin darse cuenta de que su actitud convertía una insurrección obrera, de clase, en un levantamiento nacional, dirigido y controlado por todos los partidos de oposición. Ignoro si se pensó algún momento en transformar la revolución vencida en una contrarrevolución violenta que convirtiese la república «democrática» en dictadura autocrática y

de jerarquías estatales. Si así se pensó, podemos considerar acertada esta táctica de la reacción que comentamos, ya que el desprestigio de todos los republicanos implicaba el balance de la república y la salida a otras soluciones. Si no se pensó de esta forma, el error fué sencillamente monstruoso y se comienza a purgar ahora por los contrarrevolucionarios, que ven surgir ante sus ojos, día tras día, ese fantasma difuso de la reacción de izquierdas, consecuencia del mito de la «revolución nacional».

Las zonas campesinas

En escasos lugares del agro hubo lugar a jornadas insurreccionales. Algunos pueblos andaluces de la Mancha, de Zaragoza; en el resto de las provincias tranquilidad, cuando más turbada por conatos de huelgas generales. El por qué de esta inhibición campesina es asunto complejo a dilucidar. Hemos expuesto nuestra creencia de que la huelga desarrollada en junio cegó muchas posibilidades de actuar en octubre, como asimismo la desorganización «organizada» que después ha podido entreverse, a la cual es preciso achacar en parte la derrota. Es tan delicado este asunto, por comprender una autocrítica de hombres y de organismos, que preferimos dejarlo provisionalmente en el aire, hasta que internamente resuelva el Partido Socialista las anormalidades acaecidas en aquellas horas.

Lo cierto es que el campesino no respondió como fuera de desear. Pero en atención a la consecuencia que buscamos, el parco movimiento campesino comprueba una sola cosa: que su levantamiento sólo obe-

dece a una consigna: **la revolución social**. Los campesinos se alzan en armas, no porque Gil Robles pasase a formar parte del gobierno, sino porque sentían en lo hondo de sus conciencias la necesidad de transformar el orden social existente, y estaban esperando la coyuntura feliz desde hacia largo tiempo. Estas facetas delicadas de la política para el campesino español no existen. Sólo hay a su entender caciques y explotados, hombres que se mueren de hambre y hombres que pagan cinco reales por una jornada de trabajo de sol a sol. Lo demás no pasan de ser preocupaciones ciudadanas que a ellos no les va ni les viene. Octubre es una continuación del alzamiento de junio, de las huelgas locales o provinciales declaradas durante los dos últimos años. Y cuando en algún pueblo logran establecer, siquiera sea por unas horas, la esperada y ficticia república socialista, no gritan ¡viva la república del 14 de abril! y entregan la vara de alcalde al partidario de Azaña, sino que llevando hasta sus últimas consecuencias el triunfo, aprovechándose de una intuitiva dialéctica revolucionaria, arman al pueblo, encarcelan los caciques o los juzgan, sientan los cimientos económicos de una equitativa igualdad, sin darse cuenta de que aquello resulta cualquier cosa menos un alzamiento **nacional** en beneficio de la república del 14 de abril que dos años atrás vienen ellos combatiendo.

La Alianza Obrera catalana

En uno de los lugares donde, salvando Asturias, queda más claramente delimitado el carácter clasista de la insurrección de octubre es en Cataluña. Observadores

superficiales mezclan el alzamiento de la Generalidad con la obra proletaria. A esto contribuye, tanto como el confucionismo propio de los primeros momentos las conveniencias de los elementos de la Esquerra, afanosos de sustentar su predominio en Cataluña a cuenta de esta mescolanza revolucionaria con el proletariado. Por fortuna, se van deslindando los campos. La labor de los socialistas catalanes y los militantes del B. O. y C. aclaran, día tras día, este peligroso confucionismo.

Efectivamente, una crónica sumaria de los días insurreccionales en Cataluña viene a demostrar como el proletariado marxista desde el primer momento es saboteado por dos flancos: el anarquismo y la Generalidad Catalana. En la hora insurreccional, Alianza Obrera se lanza a la calle secundada por los escasos núcleos comunistas oficiales, que entonces se suman al frente proletario. A la expectativa permanecen la C. N. T. y la Esquerra, que, como medida de previsión, había retirado meses antes de las filas aliancistas a los «rabassaires», en una primera demostración de cómo al adquirir este organismo sus más puros perfiles proletarios, la pequeña burguesía retrocedía asustada de la obra. Naturalmente, la Generalidad con este gesto no quiere significar que se coloque al lado del Poder Central. Esto hubiera sido para ella políticamente peligroso. Mas hay un dato incontrovertible que no podrán desvanecer miles y miles de líneas escritas ni centenares de discursos, por muy rojos que aparezcan. Es el siguiente: La Alianza Obrera catalana, contando con numerosos militantes, todos ellos decididos a la acción, tropieza desde el primer momento con un serio inconveniente, la falta de medios materiales para luchar, es decir, de armamento. Para nadie era un secreto, y menos aquellos días, que la Generali-

dad había adquirido extraordinaria cantidad de armas en perspectiva de acontecimientos.

Por millares se cuentan las armas cobardemente entregadas después del gesto del 6 de octubre. De ello atestiguan los relatos, no sólo de testigos y de prensa, sino los mismos partes oficiales militares que durante varios días se reciben en Madrid, ampliando detalles del ahogo de la intentona. Obsérvese que la Generalidad se alza en armas contra el Poder Central dos días después de comenzado el movimiento, permitiendo durante este intervalo de tiempo que Alianza Obrera mantenga insuficientemente armados a sus hombres, y lo que es más grave frenando los impulsos revolucionarios del proletariado socialista catalán, sino a las claras, porque esta táctica no respondía a su doble juego, sí de modo turbio, en un tira y afloja que se justifica plenamente en la amanecida del 5 al 6 de octubre al tomar cuerpo la descabellada acción de la Generalidad proclamando en Cataluña la república federal española.

Hoy, fracasada la insurrección, quiere el partido político de la pequeña burguesía catalana medrar a costa del proletariado que traicionó en octubre. Recusado por la gran burguesía que lo apostilla de traidor a la unidad de la patria, batido por sus costados en Cataluña por la Lliga y el organismo político allí montado por la C. E. D. A., cada día adquiere más el convencimiento de que una aproximación al proletariado ha de significar en el futuro un beneficio a sus intereses de clase. Es la hora de los confusionismos, como anunciábamos antes. Es muy útil, aprovechando este «resurgir grandioso de las izquierdas españolas» aclarar diversos puntos oscuros. Uno de ellos es éste de considerar a la pequeña burguesía catalana héroe a medias, cuando su única tarea se redujo a entorpecer

sinuosamente la revolución proletaria a virtud de ese miedo intuitivo, calado en la carne más honda, que la pequeña burguesía tiene a la clase que ha de absorberla (1).

Asturias y las zonas industriales

Pero donde más claramente se acusan estas características que hacen de la insurrección de octubre una insurrección específica de clase es en Asturias y en las zonas mineras del norte de España; es decir, en Vizcaya, León y norte de Palencia. Allí se abre la brecha más honda al estado burgués a tal punto que durante varios días estas zonas, principalmente la asturiana, son un trasunto de la comuna parisina, con todas sus ventajas y ninguno de sus inconvenientes, ya que aquí se ataca de raíz la estructura del estado burgués y se la transforma en breve espacio de tiempo. Seguro estoy de que, una vez la insurrección triunfante, Asturias hubiese dado muestras extraordinarias de capacitación orgánica, sirviendo de ejemplo su nueva organización tanto política como económica al resto de las poblaciones españolas, deficientemente asimiladas al ritmo revolucionario. Obsérvese como la burguesía carga sobre Asturias. Esto demuestra que allí la insurrección llegó a la médula del Estado, a su economía. A la clase burguesa no la asusta la sangre —aunque sea suya— derramada en la lucha. Lo que la

(1) Una documentación extensa, fiel y perfectamente trabajada con la dialéctica materialista, se ofrece sobre este tema en el libro de Angel Estivill, «L'ensulsiada dels jacobins». - Ediciones «L'Hor». Barcelona. 1935.

asusta y contra lo que reacciona es precisamente contra lo que viene después de la lucha. Es decir, contra lo que vino. La nueva organización económica que, en intervalo de cortos días, subvirtió por completo los pivotes orgánicos de la burguesía, demostrando a su mente aterrorizada como los programas marxistas suponen palpable realidad cuando pueden ser desarrollados.

De la insurrección asturiana se desprenden abundantisimas enseñanzas, más, a mi juicio, que del resto de España, con no ser pocas las que se ofrecen. Hay que confesar que el proletariado se halla en precario al no contar con el privilegiado cerebro de Carlos Marx para analizar esta nueva «comunne» que en nada tiene que envidiar a la revolución rusa y queda por encima de cien codos de la insurrección austriaca del mismo año, tanto en el orden táctico como en el insurreccional. Dejando al margen este último, ageno al ensayo y demasiado lejos de mis posibilidades, extractaremos la experiencia más destacada políticamente que ofrece la comuna asturiana. Es ésta: **El triunfo del proletariado asturiano está en razón directa a la perfección de la Alianza Obrera.**

Efectivamente, en Asturias es donde Alianza Obrera llega a su máximo rendimiento. Integran su contenido todos los partidos proletarios de la región, desde el marxismo más ortodoxo al anarquismo más puro. La regional ácrata asturiana se rebela desde el primer momento contra lo que considera criterio equivocado de hacer permanecer a la Confederación Nacional del Trabajo al margen de actividades revolucionarias que interesaban a todo el proletariado. Los comunistas se deciden también a ingresar en ella desatendiendo necias sugerencias que desgraciadamente fueron atendidas en otros lugares. Si a esto se suma el predominio socialista en los núcleos

más importantes de trabajo, la resultante no puede ser otra que una eficaz actividad de los órganos de lucha por el poder que acogen en apretado haz todas las fracciones del proletariado.

Puede objetarse que el proletariado asturiano se encontraba con un armamento insurreccional extraordinariamente superior al del resto del proletariado español. Evidente. Ahora bien, todo su armamento, sin la fuerza que prestaba a las acciones insurreccionales la Alianza Obrera no hubiese servido para nada. Téngase en cuenta, aparte el factor moral relevante que significa la seguridad de una unión completa, el peso que hacen millares y millares de hombres, sino armados, dispuestos en acciones de masas a tomar por la fuerza, de donde lo haya, un fusil. En Astúrias, los cuerpos gruesos del ejército revolucionario adquieren sus armas **una vez comenzada la insurrección**, convencidos de que sólo dentro de ella el proletariado puede llegar a poseer las mismas condiciones ofensivas y defensivas que el enemigo. Y este objetivo no se logra más que en las condiciones estimadas; transformando en acciones de masas las primeras escaramuzas, poniendo en manos de un organismo rector común el control de estas acciones para que rindan su debida eficacia.

Aunque en el resto de España la pequeña burguesía hubiese luchado al lado del proletariado con objetivos análogos, bastaría el caso asturiano para desvanecer la peligrosa confusión, porque donde efectivamente se llega al máximo de la acción, donde se valora la capacidad revolucionaria de la clase obrera y se colocan por delante los auténticos objetivos de la insurrección trabajadora, es en Asturias. De nada sirve que, con fines más o menos desinteresados, se trabaje por transformar el

movimiento de octubre en un movimiento de tipo nacional, pequeño burgués, secuela del 14 de abril, o aun mejor, complemento de lo que entonces no se llevó a cabo. De nada sirve que se enarboles unas débiles notas de papel representativas del criterio de los partidos pequeño burgueses. Asturias es el ejemplo. Las enseñanzas han de tomar su punto de partida allí. Todo lo demás tendrá un falso vicio de nulidad. Decía en uno de los primeros apartados de este ensayo si habría espíritu lo suficientemente audaz para mantener que Asturias, personificada en la Alianza Obrera, se lanzó a la insurrección para reivindicar los postulados democráticos y colocar a Marcelino Domingo al frente del máximo organismo de la Reforma Agraria. No lo creo. Sería un poco duro de mantener. Atiendan a ello quienes comienzan a especular con el movimiento asturiano llevando análogos fines aunque no los expongan a las claras. Octubre es Asturias. Sus enseñanzas son las únicas que nos pueden interesar en cuanto tienen de constructivas. **Y Asturias es la Alianza Obrera luchando por la conquista del Poder. Por la dictadura del proletariado, por la transformación económica de la sociedad.**

Consecuencia

¿Revolución nacional? Cuidado. La maniobra puede resultar fallida. Aun no se aclararon del todo los basamentos teóricos y políticos de las jornadas de octubre, aunque sobre ellos comienza a hacerse un poco de luz. Y lo primero que se perfila es la característica de movi-

miento de clase que la revolución tiene. Pretender ensuciar la pureza de esta acción con política de pasillos democráticos significa dar un paso en falso. Bien está que, quienes estimen preciso recuperar sueltas amarras republicanas, defiendan su criterio hasta llegar al convencimiento de las masas obreras, pero especular a este respecto con la revolución de octubre se me antoja un poco aventurado por las consecuencias que pueda tener. Querer dar vida a entelequias pequeño burguesas a cuenta del heroico sacrificio obrero es falaz al mismo tiempo que malvado. De seguir por este camino, los republicanos de «izquierda» habrán, en el futuro, de pasarnos la factura por lo que estimarán su alzamiento «insurreccional», transformando octubre en un nuevo 14 de abril, producido por un esfuerzo conjunto cuyos frutos han de ser para todos. Octubre tiene tal alcance, proyectado en el futuro, que muchas bocas se encuentran ya ansiosas de sus consecuencias. Y esto no. La clase trabajadora española que concurrió a octubre consciente —aunque no educada— de la misión que había de realizar, habiendo superado ya etapas políticas que hoy pretenden revivirse, mantiene sus objetivos con análogo interés a entonces. Este mantenimiento no puede más que llevarla a la perfección de sus armas de combate y sus organismos activos. Sobre esta base todas las plataformas políticas circunstanciales que se quieran, porque en definitiva todas ellas habrán de estar condicionadas al triunfo del proletariado. Confusionismos de otra especie, no. Regresiones tampoco. La historia no se repite y la dialéctica materialista —continuo devenir de la historia— rechaza bromas pesadas.

Por ello la tarea más urgente es, una vez encauzado el proceso revolucionario de la clase obrera española en

una demostración evidente que culmina en la definición del movimiento de octubre como movimiento de clase, examinar lo hecho y sobre sus cimientos contribuir a la perfección. Aquí se hallan las matrices de un futuro y definitivo triunfo proletario en el que hoy más que nunca, a la vista de los hechos, confiamos.

LA POST-REVOLUCION
SUS EXPERIENCIAS
NUEVOS OBJETIVOS

Programa de conclusiones

Todo hecho histórico trae consigo al producirse una experiencia en embrión, que se traduce en experiencia definitiva cuando este adquiere la categoría de pasado. Para un marxista, con más intensidad si cabe, porque la carencia de principios idealistas, más allá de la razón extraída del acto tangible, exige permanecer atento al desarrollo del devenir humano como única fuente de enseñanza. En la cadena sin fin que significa el devenir de la historia, cada hecho pasado es un eslabón del presente y un principio del futuro. Júzguese la importancia que ha de tener la experiencia que se traduzca de un hecho tan fundamental como el intento de subversión de principios estructurales de la sociedad que significa una revolución en la historia de la humanidad. Bien decía Lenin, recogiendo análogas abstracciones de Marx, al analizar la insurrección comunal de París, que «una experiencia vale por cien programas, por cien teorías». («El Estado y la Revolución Proletaria»). De la certeza de esta exposición dialéctica responde la historia toda del movimiento obrero universal tejida sobre el cañamazo de jornadas anteriores finalizadas en el triunfo o en la derrota.

Para el proletariado español y aun podemos decir para el universal sin pecar de ambiciosos, la revolución

proletaria de octubre trae una simiente de provechosas enseñanzas. Júzguese que al curso de un siglo se producen escasas subversiones sociales de la envergadura de la que comentamos. Su magnitud es tal, tan grande es su importancia, que, aun fracasados sus principales objetivos, retiene una finalidad última experimentada, capaz de transformar de pies a cabeza toda una serie de principios considerados hasta entonces como verdaderos, un sin fin de puntos tácticos considerados como artículos de fe. Octubre, para el proletariado español, significará en el futuro un alto en el camino, una revisión de lo andado y un hito de partida para jornadas superiores más perfectas que las acaecidas.

Hemos examinado con algún detenimiento la trayectoria política que lleva al proletariado español, desde las jornadas democráticas del 14 de abril hasta las jornadas socialistas del 4 de octubre. Como resultado ha sido fácil extraer una consecuencia y sentar un principio. La consecuencia se formula del siguiente modo: **La etapa democrática ha sido vencida por las contradicciones que encierra.** Y el principio, lógico resultado de la consecuencia, es este: **La clase trabajadora lucha en octubre por un primordial objetivo, la conquista del Poder.**

Se fracasa. Como es natural el fracaso se produce por una serie de fallas de orden político y estratégico, como asimismo de técnica insurreccional, que después de la derrota se recogen con extraordinaria claridad. En el orden político, las principales —más bien las únicas— hemos procurado examinarlas al curso de este ensayo, dejando pendiente para la segunda parte en que habíamos de entrar, la natural consecuencia. Es el momento de concretar esquemáticamente lo que aparece

difuso a través del curso de estas páginas. He aquí la formulación del esquema:

- a) Necesidad de expulsar la fracción reformista del Partido Socialista, como culpable máximo del fracaso insurreccional tanto por su acción en las jornadas revolucionarias cuanto por su omisión en las tareas insurreccionales. Desalojamiento de los últimos reductos democráticos y sus partidarios, transformando al Partido Socialista en un partido guía de las masas revolucionarias.
- b) Como segundo eslabón de esta cadena que comienza en el apartado anterior, unificación en un solo partido —el Socialista, por su fuerza y su honradez revolucionaria una vez realizadas las tareas anteriores— de todo el proletariado, y unificación de los organismos sindicales autónomos en una sola central, la U. G. T., como principio de alianza con la C. N. T., sin perjuicio de llegar a resultados posteriores.
- c) Fortalecimiento de los órganos de lucha por el Poder, **las Alianzas Obreras**, alejándolas de la lucha diaria, del ataque parcial en beneficio de su propia y más perfecta contextura.
- d) Recusación absoluta de la II Internacional de Amsterdam y acercamiento a la III, para lograr la reconstrucción del movimiento obrero internacional sobre la base de la revolución rusa.
- e) Lucha por el Poder Político, bajo la forma de Dictadura del Proletariado.

He aquí la ampliación de este programa revolucionario.

La lucha contra el reformismo

La lucha contra el reformismo es consecuencia de un objetivo teórico que a la hora presente tienen planteados todos los partidos socialistas revolucionarios con pareja intensidad. Octubre agudiza episódicamente esta necesidad, demostrando la certeza de las aseveraciones que daban pie a la fracción marxista del socialismo para proceder de esta manera. Pero el problema está en pie desde antes. La necesidad de completar una liquidación de esta especie que no se reduce a apartar a los marcados de los puestos de control, sino a segregarlos de las filas del proletariado revolucionario por estimar su concepción filosófica y táctica de los problemas específicamente obreros lo más errónea posible para sus intereses, es puesta angustiosamente sobre el tapete al extraer las primeras consecuencias de la derrota alemana. La envergadura del problema implícitamente trae aparejado otro — capacidad revolucionaria de la II Internacional— que en su momento estudiaremos. Por el momento enfocaremos la cuestión hacia perspectivas de carácter nacional.

Es claro ya para el proletariado el conjunto de premisas que mantienen esta fracción dentro del marxismo. Lo que resulta más confuso es el nombre, su sinonimia. Reformismo es una palabra inadecuada al contenido, ya que gramaticalmente viene a significar fracción partidaria de reformar, de revisar principios programáticos marxistas. Precisamente su tarea en el seno del movimiento obrero internacional es adulterar los principios revolucionarios del marxismo, no a consecuencia de una crítica

de Marx, sino de una investigación y un estudio de principios, realizada tendenciosamente, bajo la cobertura de un marxismo celosamente entendido. Son los fariseos del marxismo, que al socaire de hipócritas invocaciones públicas apuñalan a Marx, arrancando de su teoría las extremidades más vivas, dejándola consumirse en un cuerpo sin capacidad de movimiento y de acción.

El totem familiar de esta espúrea familia socialista es Carlos Kautsky. No hemos de detenernos a analizar sus teorías, ya que habría de girar este análisis alrededor de la obra de Lenin, que tan famosamente descubre el interior del socialismo doméstico. «La victoria proletaria y el renegado Kautsky». Se halla traducida al español por diversas editoriales. Kautsky, epígono de Marx, compenetrado extraordinariamente con sus teorías, de una capacidad intelectual enorme, aprovecha sus facultades de analizador del materialismo histórico para darle una forma peculiar en cuanto a sus manifestaciones políticas se refiere. El momento histórico era propicio a la aventura, porque las coyunturas económicas que ofrecía entonces el capitalismo no habían planteado a los partidos obreros la disyuntura trágica de perecer o conquistar el Poder. La forma política republicana y democrática se hallaba en su cúspide y dentro de ella habían de actuar los partidos de clase. El afán de compaginar este período capitalista, representativo de una época con los principios revolucionarios del marxismo que le niegan toda permanencia, produce las características peculiares de la socialdemocracia, influye en todos los partidos obreros viciándolos en sus primeros pasos y transforma insensiblemente los principios programáticos de la Segunda Internacional.

Cuando la coyuntura económica cesa y el capitalismo atiende a nuevas formas de pervivencia, algunas de ellas

planteadas con caracteres violentos —es decir, después de la guerra 1914-1918— la social democracia se aferra a sus puntos de vista ejemplares, inutilizando al proletariado en cuanto éste aspira a ponerse a compás del nuevo plano de lucha. La social democracia, hasta entonces oculta, se destapa descaradamente, tanto por voluntad propia como por la fuerza de los hechos y retiene al proletariado en su avance, haciéndole adoptar —caso alemán— posiciones desventajosas ante el enemigo. La socialdemocracia, indirectamente, es arma de la contrarrevolución capitalista.

El Partido Bolchevique Ruso alienta espiritualmente a la fracción revolucionaria del socialismo empeñada en esta lucha contra las desviaciones democráticas. Alcanza su máxima autoridad de ejemplo con el triunfo de la revolución rusa, pero desviaciones políticas imposibles de prever, acerca de las cuales los mismos comunistas rusos debían realizar su auto introspección, restan eficacia a la lucha comenzada por Lenin con tan buenos auspicios, y la social democracia —que disvirtúa el contenido de su apelativo— adquiere cada vez un tinte más regresivo, perdiendo sus características clasistas en beneficio de actividades accesorias y limitadas. Adulterado el contenido revolucionario que implícitamente lleva la conquista del Poder, tal como fué entendida por Marx y Engels, el proletariado, dirigido por estos partidos, toma puesto en el turno gubernamental de diversos países atento a experiencias momentáneas y relegando al olvido su función primordial. Las masas són conducidas a trágicas experiencias como la alemana.

A su vista, lo que no logró una concepción teórica exacta, se logra por el fuego y por el dolor. El socialismo adscrito a la II Internacional, vuelta la mirada al resul-

tado de una táctica que ofrece un balance aterrador, revisa sus principios políticos afanoso en depurarlos. La revolución austriaca sorprende al proletariado en tal tarea. Nueva experiencia que alumbra el camino. Cuando España entra en turno, gran parte del proletariado internacional, incluyendo al nuestro, se halla al cabo de la calle acerca de sus tareas más inmediatas.

La trayectoria del «reformismo» español es idéntica al de otros países. Aquí lo hemos denominado reformismo no muy acertadamente. En el fondo es un quiste socialdemócrata, heredero precario del Kautskismo, torpemente desarrollado, pleno de ignorancia y embarazado de personalismos que lo hacen más odioso al proletariado sano. Cuando se producen los acontecimientos de octubre había comenzado con buen éxito su eliminación.

La honra de esta tarea cabe a las juventudes socialistas. Aun andaba torpe el partido para este menester, apenas salido de una larva que reunía todas las características de lo que se había de combatir. La precipitación de los acontecimientos no dejó cuajar en las masas el problema con toda la nitidez precisa. Un año de retraso en la coyuntura insurreccional y el «reformismo» hubiese sido eliminado. No se pueden discernir las ventajas que hubiera reportado hecho semejante. Ya examinaremos la participación de estos elementos en el resultado de octubre. Quizá se descubran cosas más graves cuando todo se pueda comentar. Téngase presente que aun no se aclararon determinadas actitudes ni determinadas reacciones ante la necesidad insurreccional. La revolución española de 1934 es muy compleja y ha de ofrecerse durante largos años a la meditación.

Así es que la eliminación del «reformismo» no significa una tarea nueva que el proletariado socialista tiene

planteada como consecuencia de la experiencia insurreccional, sino la continuación de la labor emprendida meses antes de octubre —detenida por circunstancias más importantes— y que debe culminar rápidamente en la segregación de esta rama perniciosa del Partido Socialista Español.

El reformismo se defiende

Naturalmente, la tarea no es tan fácil como pudiera creerse. Quizá un balance de la situación actual resulte propicio al optimismo. Ya hemos dicho que nuestros «reformistas» se caracterizan, aparte de por su torpeza dialéctica que los lleva a perder todos los combates, por un complejo peculiar de personalismos apetentes, que, al ser puestos a la luz, ayudan de modo extraordinario al combate teórico. Ellos mismos aceleran su destrucción. Al recoger sucintamente en apartados anteriores la tarea de esta fracción en el seno del Partido Socialista, ha sido fácil examinar todas las mañas arteras de que se han valido durante un fundamental período de tiempo para sostenerse en los cuadros de mando del socialismo español, atentos sólo a descabezar la marea insurreccional, consecuencia del fracaso de la democracia republicana. Ahora, después de octubre, por si fuera poco el balance que ofrecían, se han lanzado desenfrenadamente por un camino de torpezas. En definitiva, son resultado de una defensa, más tan precaria, que ellos mismos, empleando a estos modestos menesteres una frase de Marx de mayor envergadura, «van a ser sus propios enterradores».

El reformismo se defiende. Son de sobra conocidos los hechos que abonan esta opinión. Comienzan a defenderse durante el movimiento de octubre —aludimos a los trágicos días insurreccionales —permaneciendo al margen de la contienda que había de decidir quizá definitivamente los destinos del proletariado español. Abstención suicida que cargaban en su haber. Por si esto fuera poco, aún vibrantes las últimas fases de la contienda, aprovechando el estupor del momento, la desorganización del proletariado, aún caído, se lanzan sobre los cuadros rectores que meses antes habíanse vistos obligados a dejar por las presiones amenazantes de este mismo proletariado. Un caso sintomático y que servirá de ejemplo a las futuras generaciones es el que ofrece el cambio de Ejecutiva del Sindicato Nacional Ferroviario. De sobra conocido es para que demos cuenta de nuevo. Baste decir que hoy día, se produce la sangrante paradoja de hallarse en manos de recusados todo el aparato funcional de uno de los importantes organismos de la Unión General de Trabajadores. A continuación se emprende la ofensiva contra la Federación de Trabajadores de la Tierra, al socaire de su quebrantamiento. Aquí fracasan sus actividades ruidosamente, lo que no impide que se lancen a la conquista de aquella hermosa presa por otros nuevos y peculiares procedimientos. Esto quiere significar que la campaña defensiva abandona los centros vitales para repartirse por las ramificaciones de menor importancia. Comienza la era de lo que habrá de llamarse el «caciquismo reformista», es decir, la implantación dentro de nuestros organismos locales de toda la serie de tinglados característicos del caciquismo en otras esferas políticas.

Ayudan a esta tarea dos órganos de prensa que se publican —uno antes de octubre, otro después— con el

exclusivo objeto de fortalecer sus precarias posiciones. Aludimos a «Tiempos Nuevos» y a «Democracia». En cuanto al primero, salvando consideraciones al margen de la cuestión, por sus características morales, podemos decir que es el órgano teórico de la fracción. En efecto, «Tiempos Nuevos» mantiene el fuego sagrado de la socialdemocracia» defendiendo la consigna táctica de **emancipar al proletariado después de su educación. Luchar dentro de la legalidad burguesa con las armas que la burguesía ofrece. Llegar al Poder por los caminos de la razón.** Los señuelos maravillosos que ofrecieron en el curso de su vida los «reformistas» alemanes, que ofrecen los reformistas belgas, holandeses y suecos —por ejemplo— hasta que les llegue la hora de su defunción. «Tiempos Nuevos» se titula «revista municipalista», defensora y educadora del proletariado en los municipios, como asimismo de las aves de presa capitalista —contratistas, especuladores— que alrededor de los Municipios se desarrolla y vive. Esto no lo decimos a humo de pajas. Lo dicen los anuncios de la revista en un lenguaje, no por mudo, menos elocuente.

El segundo órgano, «Democracia», es el caballo de batalla. Aparece después de octubre, atento a sus intereses de fracción, sin recabar el permiso oportuno de los organismos superiores, indicados más que nunca para darlo, puesto que aun carece el Partido Socialista de órgano de expresión política. De su contenido es mejor callar, puesto que ideológicamente se supone y éticamente mancha. Cuatro palabras pueden definir su posición política: **Recusación del movimiento de octubre. Vinculación a la república burguesa. La democracia republicana como forma política única y conveniente para el desarrollo de**

los intereses del proletariado. El programa «socialdemócrata» ya conocido.

Son los actuales momentos de honda gravedad, propicios más que nunca a la confusión. Esto explica que núcleos socialistas revolucionarios aireen la bandera de la unidad en defensa de estos enemigos de la clase obrera. Los intereses del proletariado y los del «reformismo» son irreconciliables. La tarea comenzada por las juventudes socialistas, con el beneplácito de todos, aun de aquellos que más la recusan hoy, debe proseguirse hasta su culminación. En beneficio común. El «reformismo» se defiende precisamente porque cuenta con estos apoyos improvisados con que hace varios meses no contaba. Cree que la capacidad revolucionaria de la clase obrera española, canalizada en el Partido Socialista, era una fogata de virtas que ardió en octubre. Nuestro máximo interés debe hallarse en demostrar lo contrario. Personalmente creo que la fracción «reformista» está a punto de desgajarse del socialismo español. Si puede llamarse fracción a lo que se convertirá en un grupito familiar a la hora de la marcha. El socialismo español revenido a las fuentes primitivas del marxismo revolucionario, para culminar gloriosamente el proceso comenzado durante el año 1934, cuyo punto más brillante son las jornadas de octubre, precisa concluir una tarea que tiene casi todo su camino andado. Expulsar, borrar definitivamente al «reformismo» del Partido Socialista. Premisa primera que exige la experiencia insurreccional en un fortalecimiento de deducciones anteriores.

La acción contra la democracia centrista

No se ha visto claramente el alcance de esta consigna dada por las Juventudes Socialistas y recogida por la fracción de militantes revolucionarios del partido. Es fácil que se preste a la confusión en núcleos de afiliados que han seguido siempre una trayectoria acusadamente «centrista», quizá sin saberlo, pero que a la hora presente sienten clavarse en sí mismos los argumentos empleados para desalojar a tan peligrosos enemigos de sus trincheras. Es consecuencia de ello la tradición socialdemócrata del Partido Socialista y su desgraciado experimento colaboracionista en la república democrática. El centrismo tiene engarfiadas sus raíces al 14 de abril y para combatirlo no hay más remedio que tornar a las fuentes de la república a fin de, realizando un análisis depurado de sus fundamentos, desalojarlo con eficacia de sus posiciones.

Para mí, personalmente, existen escasas diferencias entre «reformistas» y «centristas». Cuando más —si acaso únicamente— en el orden moral. En los partidos marxistas no hay más que dos posibles discrepancias, la que marcan los evolucionistas, los «impregnadores» de la doctrina, enemigos de la conquista del Poder, partidarios de la lucha legal en todos los terrenos y en todas las circunstancias, apóstoles de la educación política del proletariado antes de lanzar a éste por el camino de sus reivindicaciones de clase, como si la pretensión de transformar las conciencias, sin una previa transformación de las condiciones de vida, no fuese una heregía del mar-

xismo; y la revolucionaria, partidaria de la lucha legal en determinadas ocasiones, cuando de ella puede desprenderse un positivo beneficio para el proletariado, preocupada constantemente por un punto primordial: la conquista del Poder, por estimar que la transformación de la sociedad nunca podrá llevarse a cabo mientras la clase trabajadora no tenga en sus manos los medios de imponerse a su enemiga. La primera se ambienta para desarrollarse, tanto en las monarquías de tipo constitucional, como en las repúblicas, sin que haga cuestión programática de las formas de gobierno. La segunda lucha por la república democrática como forma específica de llegar a la dictadura del proletariado, punto neurálgico de la táctica y hacia el cual deben tender todos los objetivos. Conforme el sentir de la primera, el proletariado conquistará el gobierno cuando legalmente llegue a él, por lo que implícitamente estima perfecta la democracia burguesa, olvidando que la libertad política sólo es consecuencia de la libertad económica, y que mientras haya un sistema de producción y distribución de la riqueza que mantenga grandes capas de la sociedad en la miseria en beneficio de una «élite» escogida, la libertad económica no existe. Para la segunda, el proletariado conquistará al Poder revolucionariamente y nada más que revolucionariamente, y si aprovecha las concesiones democráticas es sólo a la expectativa de que éstas puedan utilizarse para el fin perseguido.

Cuando en las masas de un país, a consecuencia de determinadas condiciones revolucionarias se imprime un proceso de radicalización, el reformismo pierde todas sus posiciones, quedando descubierto en sus últimas trincheras. Es inútil entonces que mantenga enhiestos sus puntos tácticos porque la clase trabajadora los desprecia. Es

entonces cuando alienta la fracción centro, exhibiendo los siguientes sospechosos objetivos: unidad de partido, eliminación de la extrema izquierda, lucha por los principios democráticos.

La certeza de esta observación puede apreciarse observando el panorama socialista español en los actuales momentos. Cuando la fracción reformista se encuentra desplazada de los cuadros de mando al principio de 1934, se produce un corrimiento de ésta, sino en persona en espíritu, hacia las zonas moderadas del socialismo «impregnando» las mismas, artificiosamente, de una táctica política que parece dar muy buenos frutos. Véase la actitud de la minoría parlamentaria, donde no cabe hacer más divisiones que dos: demócratas legalistas y revolucionarios, porque el «reformismo» y el «centrismo» coinciden en la defensa de sus intereses. El movimiento de octubre se produce. En provincias hay fallos de consideración —órdenes mal dadas, incumplidas, transformadas, etc.—. Van conociéndose, sino las causas, los hombres responsables. Todos ellos pertenecen a ese núcleo existente en todas las localidades que se llama de «los moderados». Esto es, los demócratas, los partidarios de la legalidad, del desenvolvimiento evolutivo, bien se hallen adscritos a la fracción reformista, bien la repugnen por cuestión moral. No es fácil poseer estómago capaz de resistir la convivencia con los «reformistas» españoles. Mas, en el fondo, pese a las diferencias externas, son una misma línea de acción.

De forma que, producida la catástrofe de octubre, las escasas diferencias exteriores se disipan, dejando ver al proletariado un común objetivo en unos y otros. Este consiste en liquidar el movimiento insurreccional como una loca aventura a la que se fué sin saber por qué, re-

tornar a los amorosos brazos de la república —alianzas, elecciones, puesta en turno y a «capacitarse» racionalmente— fortalecer la unidad interna del partido (aquí se ve la mano oculta del derrotado reformismo) y luchar de nuevo por las conquistas perdidas, es decir, por una nueva república pequeño burguesa que represente un 14 de abril más o menos modificado.

Principalmente en el último punto hacen máximo hincapié. Luchar de nuevo por la democracia burguesa, es decir, atar al proletariado de nuevo al carro de la pequeña burguesía, olvidando —no ya los agravios recibidos, que argumentos de este tipo resultarían de un sentimentalismo pequeño burgués— sino la incapacidad de la pequeña burguesía para resolver los graves problemas que acucian al proletariado. La historia, hemos dicho en más de una ocasión, no se repite dos veces. Y en este caso, la incapacidad de nuestros antiguos aliados no creemos que deba repetirse, por lo menos con nuestra aquiescencia. Es evidente que la pequeña burguesía vuelve a tomar en sus manos el Poder. Es también muy probable que ensaye nuevas soluciones parecidas como dos gotas de agua a las anteriores. Pero de esto a responsabilizar al Partido Socialista en tan peregrino y vislumbrado fracaso hay un abismo. El socialismo español concurrió a la experiencia democrática ayuno de táctica marxista, honorablemente atado a compromisos que no respondían a una línea pura de doctrina, vinculándose a la república burguesa con una política «nacional» en contra a veces de los intereses de clase (caso Prieto con los ferroviarios). Todo ello concluyó en noviembre de 1933. De ello son responsables los «centristas», los «moderados», los epígonos de la legalidad que perdieron el tiempo desdichadamente durante dos años en la construcción de un edificio

que desde sus primeros días se veía venir abajo, en lugar de preparar al proletariado material y moralmente para las jornadas posteriores que habían de producirse. Por fortuna para la clase trabajadora española, en 1933, la fracción revolucionaria del partido infiltró su aliento. La preparación revolucionaria marxista del proletariado socialista español se llevó a cabo en menos de un año ante el estupor incontenible de los núcleos «socialdemócratas» rebasados en sus concepciones por las masas. Ahora, a la vista de un fracaso que exclusivamente a ellos se debe, en cuanto los fracasos insurreccionales traducen, no sólo las fallas del presente, sino del pasado, alzan la cabeza dispuestos a seguir el abandonado camino. Contra esto hay que luchar.

Ya hemos visto que octubre no fué un movimiento «nacional». Este argumento, el último que podían explotar —y ya lo han explotado públicamente hasta con visos de teorización— se les va de las manos. Los mismos demócratas pequeño burgueses se encargan de ello, desvinculándose de las jornadas de octubre, pese a sus célebres notas, cuyo complejo de motivación se centra en el miedo. Y aún hay más. Este recrecimiento de las minúsculas fuerzas de la pequeña burguesía organizada que se observa en los momentos actuales es consecuencia simple de la actitud del centrismo dispuesto a pactar como sea con el enano de la venta. Los artículos de Indalecio Prieto, las cartas de González Peña y algunas otras expansiones (aludimos a otra serie de artículos que ha publicado «La Libertad» reprisando su autor las huellas del emigrado en París con más pajolera gracia) no conducen más que a este fin. Triunfo semejante no podía soñarlo la pequeña burguesía, maltratada, insultada, objeto de

desprecio sistemático en nuestra prensa, en nuestros actos, durante más de un año.

Pese, sin embargo, a estas realidades que hasta las piedras comprenden, el «centrismo» no cesa en su labor. Como último recurso se apodera de la bandera del «Frente Popular» o «antifascista» en consideración de que esta vena puede ser la más aprovechable, porque a simple vista parece que atiende a respetables intereses de la clase trabajadora. En tal cuestión no van solos y a ellos los beneficia. La consigna ha sido tremolada después de octubre por el Partido Comunista con la mala fortuna y la incomprensión de la realidad que siempre le hubo caracterizado. Frente antifascista con todo el que quiera, viene a proponerse, para hacer frente al enemigo común. Parece como si el enemigo viniera de tal suerte pisando los talones y hubiésemos quedado tal maltrechos después de las jornadas insurreccionales que, para salvarse, fuera menester agarrar un clavo ardiendo. Este Frente común o antifascista que parece comenzar en la amnistía, llevado a cabo así, alegremente, es posible que concluyese en un compromiso más pesado que la colaboración ministerial.

Por hacer estas reflexiones se nos tacha de dogmáticos intransigentes a quienes hemos demostrado siempre la flexibilidad de nuestro oportunismo. Es que se confunde el oportunismo con la debilidad y la tontería. Nuestra posición no es el frente antifascista o la unión con los republicanos y con el resto de las fracciones proletarias. Nuestras reservas se formulan «a priori» de la unión y pensando en ella. **En 1931 el proletariado se unió a la pequeña burguesía sacrificando sus principios de clase. En 1935 la pequeña burguesía se unirá al proletariado sacrificando a su vez los principios.** Enfocar así el proble-

ma significa tanto como alcanzar perspectivas más lejanas, más seguras. Aunque otra cosa crean estos socialdemócratas a ultranza. Octubre no ha sido un retroceso, sino un avance de la clase trabajadora. Un «putch» puede significar un paso atrás. Una insurrección obrera jamás. En el caso actual, el movimiento de octubre ha significado la superación absoluta de una etapa política —la democracia— y cuando se entre de nuevo en dominios de la pequeña burguesía, superficialmente podrá parecer que ésta manda, cuando lo cierto es que todas sus actividades se harán al dictado de la clase trabajadora, siempre que ésta haya sabido jugar oportunamente sus posibilidades.

La necesidad de transformar al Partido Socialista en un partido guía de las masas revolucionarias nos hace obrar así. No se confundan los términos. Partido guía de las masas revolucionarias, decimos, lo que no significa Partido fomentador del ruido y de la algarada, del «putch» y de la perpétua puesta en armas. Se trata aquí de un problema más hondo que todo este ruido. Y el problema estriba en canalizar al proletariado en la dialectica marxista haciéndole pender continuamente de un principio táctico: la necesidad de **conquistar el Poder para llegar a la transformación de la sociedad y la superación de las clases, bien** entendido que esta conquista **no podrá nunca realizarse legalmente sino por la violencia, único modo de desposesión de las clases a través de la Historia.** Cada circunstancia exigirá una acción. Posiblemente, en el ciclo político que se desarrolle después de octubre haya un nuevo período de democracia pero fatalmente abocará a perspectivas idóneas a las pasadas, es decir, a transformarse en dictadura de las oligarquías burguesas. Si el proletariado ha sabido jugar bien

sus posibilidades, han de plantearsele en diversos momentos las conyunturas necesarias para intentar de nuevo la conquista del Poder. Encontrar estas conyunturas es lo que el «centrismo» y el reformismo no quieren. En tal aspecto, las masas trabajadoras son las que como siempre han de decir la última palabra. Soy de los que creo en la honda transformación psicológica producida en el Partido Socialista, garantía de un porvenir halagüeño para el marxismo. De aquí la vitalidad que han de alcanzar estas consignas dadas por su ala izquierda: Expulsión del reformismo y desalojamiento de «socialdemócratas» de sus últimos reductos. Eliminación del centrismo. Sobre la experiencia de Octubre **Hacer del Partido Socialista el Partido del proletariado, el Partido Revolucionario.**

La bolchevización del Partido

Esta depuración interna que finaliza en la inutilización de reformistas y «centristas», es decir, de los últimos reductos de la socialdemocracia de Amsterdam en el Partido Socialista español, se traducirá en un perfeccionamiento de la capacidad revolucionaria de las masas obreras encuadradas en el Partido. La línea marxista a seguir hasta lograr este objetivo es la que ha sido calificada por las Juventudes Socialistas de **bolchevización.** Esa palabra para los consecuentes del idioma, para las aves canoras del castellano. No creemos sin embargo que el proletariado le preocupe la estética del lenguaje siempre que la falta de estética se traduzca en un exceso de comprensión. Y la prueba de ello es que el término ha

calado hondo en todas partes produciendo hasta al fecha una excelente terapéutica.

La palabra tiene, una rancia ejecutoria en la historia del proletariado internacional. Es un término empleado per Lenin. «Fea palabra» — decía este también — «pero lo interesante es su eficacia, su contenido». Al parecer, a los centristas y reformistas rusos también les disgustaba el término; se pagaban de las formas en el lenguaje. Más el apelativo que entonces podía disgustar, ahora, al proletariado-revolucionario no puede por menos de agradar. Decir un partido bolchevique o bolchevizado significa decir un partido que sigue las huellas de la gloriosa revolución rusa. Y no creemos que haya dentro de la clase trabajadora organizada ejemplo con mayor autoridad, aunque el profesor Julián Besteiro se le antoje fijar sus ojos en Inglaterra o en los países escandinavos.

Su significado se ha justificado así:

«En los años precedentes al 1903, el Partido Socialdemócrata ruso era un conglomerado confuso en el cual convivían los que el destino había de elevar en Octubre de 1917 a intentar sofocar la revolución desde el gobierno al servicio de la burguesía, y los que, tras de derrotarles, les iban a sustituir en la dirección del país representando al proletariado. Los Dan, los Tsereteli y los Chernov marchaban al lado de los Lenin, los Troksky, los Zinovief. Las discrepancias entre quienes más tarde habían de dividirse y declararse una guerra a muerte fueron constantes. La primera que por su importancia ha pasado a la historia del proletariado ruso se polarizó entre los economistas y los marxistas. Aquellos preconizaban la necesidad de limitar las luchas obreras a la conquista de las mejoras económicas; olvidaban el complemento imprescindible para llegar a la victoria real: las

luchas políticas. Con esto hacían un servicio inestimable al zarismo y a la burguesía al distraer a los obreros de la cuestión de la lucha contra la autocracia y por la conquista del Poder. Un trasunto de los economistas rusos, adecuado al ambiente español, eran nuestros reformistas de hoy en el año 1930 cuando se oponían a la inteligencia de los socialistas con los republicanos para derribar revolucionariamente a la dinastía de los borbones y establecer la República democrática, alegando que los primeros debían preocuparse exclusivamente de las «reivindicaciones obreras». Entonces nuestros reformistas adoptaban para encubrir su mercancía contrarrevolucionaria un barniz dogmático, intransigente. El reformismo siempre que halla ocasión procura disfrazarse. Si los minoritarios del partido hubieran impuesto su criterio, aun habría en España monarquía y los obreros no hubieran adelantado mucho en el camino de sus reivindicaciones.

La denominación de bolcheviques y mencheviques no se utiliza en el partido ruso hasta su II Congreso en el año 1903. Se produce entonces una viva polémica entre reformistas y revolucionarios, alrededor de la composición que ha de darse a la redacción de La Chispa (Iskra). Los reformistas pretendían mantener en ella a Martov, Potresow, Aseelrood y Vera Sassulitch, sus jefes; los revolucionarios, tras una votación consiguieron limitarla a Lenin y a Plejanov — este todavía no había virado entonces hacia las filas de la burguesía—. Se planteó asimismo en el Congreso la cuestión del programa del Partido y volvió a repetirse la votación. Los «menchinsvo» — minoritarios en el idioma ruso — se retiraron del Congreso vencidos. A la hora de elegir el Comité Central se quedaron solos en el Congreso los «bolchinsvo» mayoritarios.



De ahí nacen los términos de bolcheviques y mencheviques. Así es que interpretándola en sus justos términos, la bolchevización del Partido Socialista no significa otra cosa que: la lucha de la mayoría revolucionaria — las grandes masas del Partido lo son sin ningún género de duda — contra el grupo de «generales» reformistas y centristas, por la depuración orgánica y el afianzamiento de una política revolucionaria.

Es decir, «bolchevizar» el Partido Socialista no es llevarlo a la III Internacional, hacerlo staliniano, como algunos espíritus de parquedad cerebral creyeron, ni tampoco «encallejónarlo» en soluciones catastróficas, en perspectivas insurreccionales a todo evento. Bolchevizar traducido al romance más llano es tanto como limpiar; es decir, depurar el Partido Socialista de los residuos contrarrevolucionarios que emergen después de las jornadas de Octubre, con el fin de fortalecido éste internamente, como un bloque de granito, plantearse y resolverse problemas futuros, que comienzan en estas tareas internas, y a través de otras externas — relaciones con el resto del proletariado con la pequeña burguesía, etc. — culminarán en la conquista del Poder.

Los que temen que el Partido Socialista se «bolchevize» son los enemigos de la depuración interna, los navegantes de río revuelto, los residuos socialdemócratas de Amsterdam en definitiva. La tarea, hoy por hoy, parece que está en manos de las Juventudes Socialistas, aunque hechos sintomáticos de reciente confección nos hacen alentar optimismo. (1) Sin embargo es preciso convencer-

(1) Aludimos a la circular dada por la Ejecutiva del Partido Socialista a sus secciones con fecha de Julio en la que se incita a dichos organismos a entablar batalla contra el reformismo imponiéndole las sanciones que por su proceder se merece. Es decir, la expulsión de tales elementos.

se de que el final de ese magnífico proceso de radicalización revolucionaria en las masas del Partido Socialista español comenzado a raíz del abandono de la colaboración ministerial tendrá su culminación en esta tarea. **Eliminación del reformismo y del centrismo**, por medio de las expulsiones en el primer caso, del apartamiento de los cargos en el segundo. Quiérase o no, desde entonces acá el Partido Socialista se está «bolchevizando» sin saber que se «bolchevizaba». Lo sabían las juventudes. Pero entonces lo más conveniente era callar.

Completo este proceso interno, el Socialismo español, férreamente encauzado en la disciplina marxista, atento a su dialectica estará en condiciones de ser el órgano rector de la política española, el eje del proletariado. Entonces podrán abordarse problemas como los que exponemos a continuación.

Las alianzas obreras órganos de insurrección

De la experiencia revolucionaria de Octubre, una de las características que destaca con rasgos más acusados es la misión de las **Alianzas Obreras**. No tanto por el juego que desarrollaron como por el que dejaron entrever. Así como la insurrección ha dejado en carne viva la armadura del Partido Socialista enfrentando definitivamente las dos tendencias dispares existentes en su seno hasta el punto de que la existencia de la una significará la desaparición de la otra, esta misma insurrección ha servido para valorar en su justo término un organismo subestimado en su papel antes de las jornadas de Octubre.

Las **Alianzas Obreras** son consecuencia del deseo ferviente del proletariado, ante la proximidad de las jornadas revolucionarias, de luchar unido haciendo factible una esperanza de largos años, que la incomprensión de unos o el desmayo de otros habían venido entorpeciendo. Quizá resulte un poco aventurada esta aseveración. El frente único obrero no es simple consecuencia del deseo de las masas. Requisita determinadas condiciones entre las cuales juega papel fundamental la existencia de un punto de convergencia en la táctica de los diversos partidos. En 1934, el punto de convergencia es la insurrección armada por la conquista del Estado. Sobre él, aparte de otros de menor envergadura se construye el organismo autorizado que da forma a esta común aspiración. Por ello decimos que quizá resulte aventurado hablar de equivocaciones o desmayos. Conviene sin embargo no penetrar en disquisiciones lejanas y ceñirse a los hechos reales que en definitiva son la base de la experiencia.

En efecto, se constituyen las **Alianzas Obreras** con un objetivo concreto preparación de la revolución. Es decir: órganos de lucha por la insurrección. Sin embargo no en todas partes aceptan este objetivo. El instrumento se emplea y se desgasta en otras actividades, generalmente en acciones parciales contra la burguesía, a veces de tipo sindical. La huelga general declarada en Madrid el 8 de septiembre contra los terratenientes catalanes está organizada por Alianza Obrera. Análogos casos se reproducen en otras localidades. Asimismo, las Alianzas organizan actos de propaganda, cuando en definitiva la iniciativa de los mismos debió corresponder a los partidos. Tales fallas no fueron de consideración. Si nos pronunciamos contra ellas es porque este aspecto de objetividad inmediata privaba las más de las veces otros menesteres

más estrechamente ligados con la futura insurrección obrera.

Hay otro factor más fundamental a tener en cuenta. Queremos aludir con esto a la ausencia en las **Alianzas** de fracciones proletarias que debieron hallarse en ellas desde el primer momento. Con anterioridad hemos comentado la cuestión principalmente en cuanto afecta a comunistas oficiales y a sindicalistas. Los comunistas se incorporaron tarde y mal; los sindicalistas en contadas localidades. Tales condiciones no auguraban ni mucho menos un empleo eficaz del organismo en su momento oportuno. Tan sólo en zonas como la asturiana, donde la **Alianza** alcanzó su plenitud pudo observarse cumplidamente la eficacia de este organismo.

La **Alianza Obrera** asturiana se hace cargo desde el primer momento de la insurrección. No puede aseverarse otro dominio de partidos que el impuesto forzosamente en cada localidad por los núcleos de afilados que ostentan. Más por encima de ellos, la **Alianza** es quien decide. Documentos escritos y gráficos que todo el proletariado conoce demuestran esto a las claras. La perfección del movimiento asturiano y el secreto de su triunfo, descontando factores peculiares de armamento y capacidad se debe exclusivamente al funcionamiento perfecto de la **Alianza** local, poseída de su papel insurreccional, enemiga de gastarse en escaramuzas y algaradas, atenta a su perfección cotidiana. Sobre esta base pretendemos centrar nuestras observaciones.

Los comunistas, atentos siempre a sus torpes consignas pretendían desde el primer instante desvirtuar las **Alianzas** transformándolas en órganos de lucha diaria, supletorios de los sindicatos y partidos obreros. Grave error. A la vista del fracaso de su consigna se negaron

a ingresar en ellas hasta última hora, cuando lo irremediable les ofrecía la disyuntiva de acatarlas o comportarse traidoramente a los intereses del proletariado. De nuevo, sin tener en cuenta las experiencias insurreccionales y su falta de autoridad para opinar en la materia, tornan a las andadas pretendiendo especular de nuevo con las alianzas en beneficio de su consigna desechada en 1934; convertir el específico papel de las **Alianzas** órganos de insurrección por el poder en órganos de la lucha diaria contra la burguesía. Hay varias razones que se oponen categóricamente a ello.

Octubre ha demostrado que la insurrección obrera, para triunfar exige como postulado previo la unidad en la acción. Esta unidad no es obra del momento. Exige un trabajo y una preparación; un fortalecimiento en definitiva que no puede dejarse al albur de un solo Partido. Las **Alianzas** llenan esta misión. A la vista del ejemplo asturiano se impone el fortalecimiento de las **Alianzas Obreras**, su perfeccionamiento cotidiano como órganos de lucha por el poder **exclusivamente**, dejando en libertad a los partidos que las componen, mientras no sea un hecho la existencia de un solo partido revolucionario, para proyectarse particularmente en todas las perspectivas políticas que se ofrezcan. La experiencia veda a las **Alianzas** si quieren fortalecerse alrededor de su único objetivo desgastar su fuerza en escaramuzas parciales, sean del tipo que sean.

Su robustecimiento impide que las **Alianzas** tengan por el momento carácter nacional. Han de ser producto de las localidades y su perfección local, acogiendo a todas las fracciones obreras es lo que determinará en el futuro ventilar el problema de alcance nacional. Lo exige, además de las específicas condiciones de cada zona espa-

ñola con su correspondiente correlación de partidos y organismos obreros, la necesidad de llevar la consigna nacional, desde las amplias capas democráticas de la clase trabajadora hasta los cuadros de dirección. Su perfección se halla en razón directa a su desarrollo de abajo a arriba.

Entendidas y desarrolladas de esta forma las **Alianzas** pueden ser el germen de la unión política del proletariado marxista en un solo Partido. La experiencia ha demostrado la inutilidad de espectaculares campañas alrededor de un frente único cuando este frente no ofrece garantías serias a la clase trabajadora. La lucha por la constitución de Alianzas como órganos de insurrección avalada al mismo tiempo por su labor en Octubre, principalmente en Cataluña y Asturias es la mejor garantía. Después de Octubre, las **Alianzas Obreras se vincularon al proletariado español con la misma fuerza que en Rusia se vincularon los Soviets después de la insurrección de 1905**. Pretender lo contrario es navegar contra corriente. Los partidos obreros que vean así planteada la cuestión están en inmejorables condiciones para llegar a una concordancia de actividades futuras que han de traducirse en un triunfo total de la clase trabajadora.

El tacto de codos que la clase trabajadora establecerá dentro de las Alianzas ha de ofrecer consecuencias estimables inmediatamente para llegar a la unificación política y sindical, siempre que las Alianzas sepan comprender su papel, estableciendo una rígida reglamentación orgánica y no desviándose de la exclusiva significación que tienen asignada: órganos de insurrección. Insistimos en nuestras manifestaciones anteriores. Donde las Alianzas desde el principio tuvieron un contenido análogo al expuesto, rindieron inmejorables frutos. Es el caso de Astu-

rias. Donde las Alianzas se desperdigaron en inútiles acciones como en Madrid y en Valencia por ejemplo, las Alianzas quedaron al margen de la insurrección de Octubre.

La fracción «socialdemócrata» del Partido Socialista es enemiga de las Alianzas Obreras porque estima que la preparación insurreccional debe ser abandonada. Su concepto equivocado de la misión revolucionaria del proletariado marxista los hace pensar así. Bien es verdad que nunca consideraron las Alianzas como órganos eficaces, creyendo más aprovechables hasta última hora a los partidos de la pequeña burguesía. De aquí la necesidad de llevar a cabo la previa depuración interna del Partido Socialista si se quiere ver funcionar perfectamente las **Alianzas** y crearse en aquellos lugares donde no existan. Mientras el control de las organizaciones locales socialistas no se halle en manos de su fracción bolchevique, revolucionaria, las **Alianzas** no presentarán uniformidad alguna. Serán juego de chiquillos o cuando más, pasatiempo para cubrir las formas.

Precisamente la experiencia nos demuestra todo lo contrario; es decir, que las jornadas insurreccionales no se preparan como juego de chiquillos. En parte ha sido este el error de Octubre. Natural es que quienes pretenden llevar de nuevo al proletariado al «encallejonamiento» democrático abandonen las **Alianzas** como organismos inservibles. Pero aquellos que esperamos que la coyuntura revolucionaria vuelva a producirse, no por gusto nuestro, sino por las inexcusables contradicciones que llevan dentro los gobiernos de tipo pequeño burgés — si la pequeña burguesía vuelve a detentar el Poder — hemos de tener perfectamente equipada esta arma, agena por completo a las actividades políticas de corto alcance y a

las actividades sindicales. Su vida se halla vinculada **única y exclusivamente** al triunfo de la insurrección, aunque la unidad de la clase trabajadora fuera un hecho. Son las **Alianzas** el organismo técnico del proletariado para la conquista del Estado. Todo lo que no sea verlo así, es subestimar el papel a realizar revolucionariamente.

*Un solo Partido político
por los cauces del marxismo*

Realizada la unidad de la clase trabajadora en las Alianzas Obreras se despeja el camino para llegar a un solo Partido político de clase de carácter marxista. He aquí la ambición máxima del proletariado. Las dificultades con que internacionalmente se ha tropezado siempre para el logro de este objetivo demuestran que no es, ni mucho menos, un problema simplista. En líneas generales los trabajadores se polarizan alrededor de dos tácticas, afectas a dos Internacionales, ambas vinculadas a las raíces filosóficas y políticas del marxismo. Otras ramas de menor importancia segregadas de estas dos constituyen el resto de los partidos de clase que hay que tener en cuenta al encajarse las fracciones en una sola. Generalmente estas segregaciones tienen carácter nacional, por lo que resulta más sencillo, atendidas las peculiares condiciones en que el proletariado de cada país se desenvuelva, conectarlas al tronco común.

Virtualmente, el hecho histórico que separa al proletariado en estas dos ramas que por todos los medios es preciso volver a unir, es la revolución rusa. Pero el mal

proviene de más hondo. La conflagración bélica de 1914 es la que destroza la unidad obrera marxista. El afán de pervivencia de una Internacional indigna, entregada al patriotismo chauvinista, culpable por omisión de la contienda, escinde al proletariado. Lenin, al crear una nueva internacional no erraba. Posiblemente, de haber visto con los ojos más abiertos, menos ciegos del triunfo ruso, el problema, en los momentos actuales la III Internacional sería el reducto único del proletariado revolucionario. Las condiciones orgánicas que desarrollan la consigna de la III Internacional son las que abortan una gesta que pudo ser magnífica desde sus comienzos. En 1917 el proletariado universal tenía puestos sus ojos en la revolución bolchevique. El Partido Socialista Español — por ejemplo — estuvo a dos pasos de entregarse plenamente a la consigna de los triunfadores. ¿Cómo fué posible esa monstruosa equivocación leninista que frenó con la aprobación de las célebres «vintiuna condición» el avance de la clase trabajadora hacia una nueva y más pura central política internacional? No viene a cuento discernir sobre ello. Ni los hombres geniales son perfectos.

El panorama internacional, después del triunfo bolchevique se presenta de esta forma. A un lado, los partidos socialdemócratas culpables del conflicto guerrero, amarrados nuevamente al control de la II Internacional, pletóricos de contenido pequeño burgés, desgarrando las revoluciones populares que tienden a producirse en todos los países como consecuencia de la subversión económica y política que se produce al final de la guerra — caso Alemania, donde los traidores de la socialdemocracia estrangulan a la fracción espartaquista acaudillada por Liebknecht y Rosa Luxemburgo—. A otro lado la revolución rusa en sus principios, esparciendo por todo el

mundo una luz intensa, obligando moralmente a la clase trabajadora a solidarizarse con ella. Por un momento, en todos los partidos, la izquierda socialista vacila entre desamarrar cables o permanecer en la Internacional del fracaso. Una certera visión del problema hubiese decidido el fiel de la balanza hacia lo primero. Sin embargo, Lenin se ciega por el triunfo y pospone a los intereses generales del proletariado en beneficio de los intereses particulares de la clase trabajadora rusa. Moral de vencedor. Como consecuencia surge el retraimiento de todos aquellos que se deslizaban por la indecisión. Una de las condiciones exigidas para el ingreso en la internacional revolucionaria que se creaba era el triunfo de una autocracia en el campo obrero hasta entonces discutida y unánimemente rechazada.

Sin embargo, el alud era tan fuerte que la equivocación no frena su avalancha. Se producen las escisiones en los Partidos Socialistas. España cuenta entre ellos. En 1919 y 1921 se desgajan dos núcleos de militantes obreros que forman, después de algunos avatares, el actual Partido Comunista Español.

Con posterioridad, la táctica desacertada de este representante oficial de la III Internacional y los errores del organismo supremo desgajan de nuevo al proletariado español en dos fracciones, una de tipo internacional— el «trotskismo» que en España no pasa de la categoría de grupo, y el Bloque Obrero y Campesino de mayor envergadura pero reducido a un área local, Cataluña. En tales condiciones se encuentra actualmente el proletariado marxista español. La línea política seguida hasta la fecha por estas fracciones obreras la hemos comentado con anterioridad, principalmente en cuanto esta afectó a las jornadas insurreccionales de Octubre. Deliberadamente dejamos al

margen al «trotkismo» en consideración a su escasa fortaleza. Este apéndice del movimiento obrero por lo menos en cuanto a España afecta desaparecerá — ya viene desapareciendo— como el apéndice caudal en el organismo humano; abscribiéndose al Socialismo, ya que son ferozmente recusados por los epígonos de la Tercera Internacional.

Sobre esta plataforma hay que discutir en el futuro la unidad política del proletariado español. Decíamos con anterioridad que el problema no es tan simplista como pretenden algunos que aparezca. Su solución se halla vinculada a diversos factores de los cuales no es el menos importante el internacional. Las perspectivas que ofrezca la unidad internacional proletaria aclarará el problema de la unidad nacional. He aquí como se nos ofrecen tales perspectivas.

El trágico balance de la Segunda Internacional

La Segunda Internacional liquida en 1914. No es un problema de impotencia ante la guerra, producto inecusable de las condiciones económicas en que el floreciente imperialismo centro europeo se desenvolvía. Es toda una línea táctica que fallece ante los nuevos planos de acción que se ofrecen a la clase trabajadora. Hasta 1914, la Internacional Socialdemócrata alberga en su seno a todos los Partidos Obreros que se dicen consecuentes con el marxismo. Esto no significa una unidad en la táctica, pese a la unidad de principios. Lo que sucede es que las luchas teóricas que separaban a los partidos no habían

tenido lugar a transformarse en posibilidades tácticas. Dentro de la Segunda Internacional, todos los Partidos Socialistas esperaban su hora propicia escasamente atentos a la disciplina. La conflagación guerrera es el agujero de escape a las ansias contenidas, y mientras unos condenan la contienda — caso de España — otros permanecen neutrales y la mayoría caen de lleno en uno de los bandos beligerantes. Las consecuencias no se hacen esperar. Después de liquidada la guerra se liquida al unísono la Internacional del Chauvinismo. Es en vano que los dirigentes pretendan sostener el crédito de antaño — el precario crédito—. Las masas obreras desconfían de la buena fé revolucionaria de quienes en 1914 votaron los créditos de guerra y ensalzaron el patriotismo desdibujando la personalidad de clase. Por si esto fuera poco, los hechos confirman inmediatamente estas fáciles presunciones. La revolución alemana es cortada en seco por el Partido Socialdemócrata entregado a la burguesía con el mismo ardor que nuestro flamante reformismo. De ello pueden hablar entonces los «espartaquistas» perseguidos y acorralados por los agentes a sueldo que desde el Poder mantenían los dirigentes de la Socialdemocracia.

La heterogenidad de la Segunda Internacional que apuntábamos antes; su inconsistente línea política ayuna de fortaleza ejecutiva es lo que permite a varios de sus partidos quedar rezagados en este aluvión de descrédito y deshonor porque camina la Socialdemocracia alemana. No viene a cuento realizar una disección de la línea política de los partidos socialistas afectos actualmente a la Segunda Internacional, porque nos retrasaría en la exposición de premisas que vamos sentando en busca de la unidad proletaria marxista. Baste decir, que el proletariado ruso, consecuente con los principios revolucionarios

que informan su gesta de Octubre se convierte en el más formidable debelador de la Socialdemocracia; que el socialismo español, ageno por completo a la contienda bélica desarrollada prosigue una línea de conducta, consecuente consigo mismo, que si bien no se caracteriza por su contenido revolucionario tiene por lo menos alteza de miras. El socialismo austriaco conforma el ala izquierda de la Internacional al lado nuestro. En cuanto al socialismo belga, escandinavo, inglés y francés resulta más pudoroso ignorarlos. Los tres primeros actualmente persisten en su contumacia. El último se radicaliza si quiera sea con extraordinaria lentitud.

La coyuntura económica que atraviesa el capitalismo — superproducción, maquinismo y su secuela de paro forzoso, necesidad de expansión territorial traducida en colonización imperialista, competencia y absorción de la pequeña por la gran industria — plantea a las masas trabajadoras nuevos problemas tácticos que a mediados del pasado siglo y a principios del actual tenían categoría de teorizaciones. La desembocadura fascista no es más que la consecuencia de esta situación que exige, si quiera sea por medio de soluciones momentáneas, resolverse. El fascismo, con su basamento teórico nacionalista y superclasista es una solución a la coyuntura, la antítesis del liberalismo economista. A este brusco viraje de la burguesía sobre la estructura económica de la sociedad es preciso adaptar otro viraje proletario. La socialdemocracia tiene su razón de ser como sistema táctico representativo en un periodo de normal desarrollo económico capitalista, con soluciones políticas parlamentarias a base de la pequeña burguesía. Embozada la utilización del Estado como **instrumento de opresión de una clase sobre otra** (Engels) en una democracia imperfecta, la actividad proletaria se

de envuelve a un ritmo parejo. En el momento en que la burguesía emplea nuevas formas de dominación y de lucha, y el control del Estado sobre la sociedad adquiere tonalidades más duras, el proletariado abandona las tácticas antiguas para amoldarse al ritmo de combate en condiciones análogas al capitalismo. Por ello, en el plano de la lucha de clases aparecen en análogo momento el fascismo y la lucha por el poder obrero.

Esto lo ignora la Segunda Internacional, con esa ignorancia que nació de la mala fé y por ello desaprovecha las inmejorables condiciones que se ofrecieron en Europa durante más de un año para realizar la revolución social. Prosigue su sendero añejo, de reformas socializantes y parlamentarismo, de democracia pequeño burguesa, de «infiltración paulatina» (o «impregnación»). Con más o menos agrado, el socialismo occidental amolda sus actividades políticas a la consigna y así, resultan ensayos tan desdichados como la colaboración laborista en un gobierno burgués «estable», la colaboración española en un gobierno burgués revolucionario que no supo hacer la revolución (1), los actuales planes de trabajo belgas, la actitud reaccionaria — hoy modificándose por fortuna — del socialismo francés, el socialismo escandinavo de guante blanco. Y dominando este panorama desconsolador la traición sistemática, meditada, consciente de la socialdemocracia alemana a los intereses de la clase trabajadora. Todo ello frente al ejemplo que ofrecía a las masas el único país donde una táctica dispar a la seguida por los observadores llevaba a la edificación del socialismo.

La experiencia alemana y más tarde la experiencia

(1) Bien se entiende, que nuestra crítica a la participación del gobierno pequeño burgués revolucionario, apunta al espíritu socialdemócrata con que se participó.

austriaca han llevado a los partidos socialdemócratas a una honda meditación. En ella han fortalecido sus raíces marxistas e insensiblemente se han desvinculado de la Segunda Internacional. En cuanto a España, el movimiento de Octubre ha roto todos los lazos ideológicos que pudiesen existir entre el Partido Socialista y la cuna del reformismo. Buena prueba de ello ha sido el ejemplo dado por la Internacional Juvenil Socialista en la primera reunión después de Octubre de su Buró Ejecutivo desolidarizándose con la insurrección española. Es un exponente del criterio del organismo internacional.

De hecho, quierase o no, existe un divorcio absoluto entre el Partido Socialista Español y la Internacional Socialista Demócrata. Lo han impuesto las circunstancias. La lucha de tendencias existente en el seno del socialismo sólo se resolverá con el triunfo de su fracción izquierdista. Y aunque así no fuese, por ágiles conturbenios realizados a espaldas de las masas, lo cierto es que éstas se hallan espiritualmente al margen de los postulados demócratas y pequeño burgueses defendidos por el capitosté internacional que venimos mencionando. Del mismo modo que se hallan las masas obreras austriacas y comienzan a estarlo las francesas. Apurando un poco, también la fracción izquierdista del socialismo británico. Si esto es así, ¿qué resta de la Segunda Internacional? Pretender el ejercicio de una hegemonía sobre el proletariado a base de ficticios partidos centro europeos que siempre fueron el complemento de los fuertes pilares en que se apoyaba la socialdemocracia antes de 1914, linda con la suficiencia pedantesca. No creo que el proletariado se preste a mantener tan perniciosa ficción. Los graves problemas planteados a la clase trabajadora exigen soluciones radicales y certeras. Estimo que al prole-

tariado español, en posesión hoy de una limpia ejecutoria, le compete dar la voz de marcha. El Partido Socialista tiene inexcusablemente que romper con la Segunda Internacional. Su actitud sería secundada sino inmediatamente en un porvenir muy cercano, por otros partidos.

Esta sintomatología, que traduce el fracaso absoluto de la Segunda Internacional, en su liquidación, ha sido interpretada muy certeramente por un socialista español de izquierdas de la categoría de Luís Arasquistain. El pasado Primero de Mayo se hicieron públicas unas enjundiosas cuartillas donde se enfocaba este problema muy certeramente. Yo estimo la coincidencia de criterios y considero oportuno reproducir parte de aquellos párrafos por lo que prestan de autoridad a mis reflexiones. Decía así: «Cronológicamente aun existe la II Internacional. Tiene un organismo burocrático, y de vez en cuando se reúnen sus consejos y toma algunos acuerdos, pero su existencia histórica, y no meramente cronológica, cesó en 1914 al estallar la guerra. El huracán bélico la aventó como quien sopla un castillo de naipes. Carencia de capacidad revolucionaria para hacer frente a la guerra. Esto es lo que vió con claridad y se aprovechó de ello posteriormente la contrarrevolución fascista. Si los partidos adscritos a la II Internacional no intentaron resistir a la guerra, tampoco resistirían cuando llegase la hora a la contrarrevolución del fascismo. Y así ocurrió en efecto. Cayeron sin lucha en Italia, en Polonia, en Alemania, en algunos países bálticos y balcánicos. La II Internacional era y sigue siendo en lo que de ella queda, un coloso con pies de barro y sin voluntad histórica. Creyó que la historia se hace sola, o a lo sumo por un esfuerzo lento, como el de las

hormigas, sin otros medios de combate que la fuerza pasiva del número. Pero vino el oso hormiguero del fascismo y de un lengüetazo devoró la inerme y pacífica muchedumbre himenóptora».

«Lo más grave del fracaso de la II Internacional no es el fracaso en sí, sino que en los propios vencidos y en los que todavía no han sido visitados por el oso hormiguero, apenas se ve propósito de enmienda. Pero no hay que confundir —como muchos hacen— el fracaso de la II Internacional con el fracaso del Socialismo. El Socialismo no era ni es eso, aunque lo pretendan muchos que se dicen socialistas. Eso es y sigue siendo un nuevo liberalismo democrático. Nada más (en muchos países no ha sido posible ni aun eso). No le neguemos el derecho a existir, pero con una condición: que no se enmascare ahora en adelante con el nombre de socialismo. En todo caso, conviene que se delimiten bien los campos, y que cada cual se sitúe en el que más le convenga o agrade».

La Revolución rusa, guía del proletariado

La clase trabajadora mundial tiene los ojos puestos en un solo objetivo: la construcción del socialismo en la Unión Soviética. El triunfo o el fracaso de los postulados marxistas en el país eslavo significa adelantar o atrasar las perspectivas que internacionalmente se ofrecen al socialismo. Diez y ocho años hace que la fracción izquierdista del partido ruso, aprovechando determinadas circunstancias revolucionarias conquistó el Poder

político y lanzóse a la transformación de la economía burguesa. El tiempo ha fijado de tal forma lo que en sus principios, hasta para consecuentes socialistas tenía algo de accidental, que hoy puede afirmarse sin ningún género de dudas, el triunfo de la táctica y la teoría construída por Carlos Marx y Federico Engels a mediados del pasado siglo. De aquí la doble importancia que ofrece; como ejemplo y como demostración.

La experiencia rusa ha demostrado como la clase trabajadora para transformar económicamente la sociedad precisa apoderarse integralmente del Poder político, y como la desposesión de la clase burguesa ha de ser violenta por fuerza, frente al ejemplo que el 1918 ofrecía la socialdemocracia alemana entregando a la burguesía acobardada el Poder, y con él las posibilidades de realizar una revolución de clase, los bolcheviques, en Rusia, se lanzan a la conquista del Estado fijando sus posiciones con una intransigente dictadura de clase. Para los socialistas alemanes el proletariado no se hallaba en condiciones de cubrir el ciclo de su dominación; era precisa la capacitación de las masas antes de asumir empresa de tan relevante envergadura como transformar el sistema social existente. Tal capacitación sólo podía tener lugar compartiendo con la clase burguesa la dirección del Estado. El sacrificio de los postulados fundamentales del marxismo dan lugar en 1932 al hundimiento del socialismo alemán, mientras que en Rusia se contrasta vivamente la táctica opuesta.

A diez y ocho años de la revolución rusa queda demostrado inexorablemente, en primer lugar, la certeza de la interpretación marxista leninista, frente a las desviaciones contrarrevolucionarias de Carlos Kautsky y demás epígonos de la socialdemocracia. Es decir, que en la irre-

conciliable contienda de dos clases sociales, burguesía y proletariado, ésta última sólo conquistará su hegemonía política desposeyendo violentamente a la primera de los resortes del Poder. Que ésta desposesión precisa ser violenta lo avala hoy la historia con sus ejemplos indestructibles. Hay una gradación ejemplar en los casos de Alemania, Austria, España y Rusia, en la que se recogen provechosas enseñanzas. El ejemplo típico de partido de clase evolucionista, de «impregnación», legal a ultranza lo ofrece Alemania. El proletariado socialista alemán se despreocupa de la conquista del Poder embarcándose en luchas intestinas con la fracción comunista. Pasada su hora histórica, en Alemania se han alejado como en ningún país europeo, salvando Italia (1), las posibilidades socialistas. Austria reivindica un triunfo menos lejano con la heroica insurrección defensiva de febrero de 1934, y actualmente, el socialismo, curado de los lastres socialdemócratas, pesa en la vida política del país. España, con la insurrección clasista de octubre, detiene en seco el avance del fascismo, y su triunfo momentáneamente apagado en las jornadas insurreccionales queda a la expectativa de actividades posteriores. Es necio pensar que el socialismo español ha perdido la batalla, cuando una mirada al panorama político demuestra precisamente que el socialismo en España prosigue el proceso revolucionario comenzado en noviembre de 1933. Finalmente, Rusia, solidificada la insurrección bolchevique de octubre de 1917, es un ejemplo aleccionador de la certeza de las doctrinas marxistas.

(1) No es del momento examinar las peculiares condiciones del fascismo italiano, ni sus antecedentes socialistas y anarquistas. La tipicidad de sus factores contrarrevolucionarios exige un análisis detenido, aunque puede adelantarse en líneas generales que la socialdemocracia también ostentó una digna representación en la derrota.

En segundo lugar, esta experiencia de diez y ocho años demuestra la existencia, frente a las ruinas de la socialdemocracia internacional, de una base firme para la reconstrucción, no sólo del movimiento obrero en los países donde se halla malbaratado, sino para el estudio y modificación de tácticas de lucha que la experiencia ha declarado inservibles. El proletariado tiene el deber inexcusable de fijar su atención en el único país donde ha triunfado su clase sobre la antagónica, examinar sus métodos de lucha y adaptarlos a las condiciones peculiares en que se desarrolle. Asimismo establecer una relación permanente con el ejemplo, a fin de llegar a la reconstrucción internacional del movimiento obrero socialista. Rusia tiene que ser el guía del proletariado, porque así lo exige una experiencia que a los diez y ocho años resulta incontrovertible, frente a los ensayos fracasados y criminales de una táctica cuyo principal mérito consiste en fomentar inconscientemente el desarrollo del fascismo.

Ningún nuevo experimento internacional. Reconstrucción del movimiento obrero sobre la base de la III

De hecho —decíamos— el Partido Socialista Español se halla al margen de la II Internacional. Hay que procurar que a la mayor brevedad lo esté de derecho. En su primer congreso han de ventilarse problemas fundamentales para la vida y desarrollo del socialismo español. Uno de los

que habrá de abordarse con todas sus consecuencias será el internacional. Entonces, los delegados poseídos de un convencimiento revolucionario deberán darse cuenta de que no se puede ser marxista nacionalista y despreocuparse de la actividad internacional. Es decir, que la depuración del Partido Socialista nacionalmente ha de llevar consigo la depuración internacional. Esto impone el abandono de la Internacional Socialdemócrata.

El triunfo del proletariado se halla en razón directa a su fortaleza internacional. Resultaría peligroso, por tanto, abandonar toda relación con los partidos de clase para sumergirse en un egocentrismo nacionalista. El abandono de la II, exigiría inmediatamente adoptar una actitud frente al problema que puede traducirse de dos modos: Ser eje creador de una nueva internacional o adscribirse a la Internacional Rusa.

No hay que olvidar las dificultades que ofrece la realización de la revolución en un solo país. La república soviética en este aspecto nos ofrece también su experiencia. Los diferentes zig-zags que ha tenido que seguir la política económica socialista, una de cuyas consecuencias más fehacientes es la N. E. P., son resultado de las dificultades con que tropieza la implantación del socialismo en un solo país, rodeado ansiosamente por grandes potencias burguesas que no regatean esfuerzos en preparar su fracaso. Así ha ocurrido en Rusia, cuyas posibilidades económicas — agrícola e industrialmente son superiores a las nuestras—. Mayor gravedad revestirían las dificultades en España. La revolución socialista española precisa asegurarse internacionalmente.

¿Una nueva internacional? Al producirse la catástrofe socialdemócrata alemana, Trotsky, el desterrado jefe del proletariado ruso, creyendo recoger en el ambiente la

necesidad de encauzar a los partidos socialistas revolucionarios en un organismo internacional, ageno a los vicios de la II, y con una estructura federativa más eficaz que la III, lanzó la consigna de crear la IV Internacional. Se buscaba una conciliación de tácticas. Parece ser que aquel no era momento propicio, aparte de las dificultades que traía consigo la personalidad armonizadora. Y no lo era, porque desde entonces, la experiencia de la derrota hizo meditar a la III Internacional acerca de lo desacertado de alguna de sus consignas. Hasta el derrumbamiento del socialismo alemán, la III Internacional considera a todos los partidos afectos a la Internacional Socialista Socialdemócrata, por un mismo rasero —el rasero teutón—. Y nada más inexacto. Aludíamos antes a las diferencias tácticas que han separado siempre a los partidos afectos a la II Internacional, donde han convivido partidos tan opuestos políticamente como el español y el escandinavo. Posteriormente al triunfo hitleriano, la III Internacional observa que no todos los partidos socialistas están dispuestos a ser triturados tan cobardemente como el teutón, que alienta en alguno de ellos un franco espíritu revolucionario, más cerca de la revolución rusa que de la alemana del 18. La derrota austriaca, heroico ejemplo de pervivencia revolucionaria frente a factores adversos, sobreestima esta opinión. Al curso del año 1934, la III Internacional lanza la consigna de «Frente común contra el fascismo», no por la base, sino como consecuencia de pactos llevados a cabo entre la dirección de los partidos socialistas y comunistas.

La ofensiva del fascismo francés y la insurrección de octubre en España acercan definitivamente al ala izquierda de la socialdemocracia y a la III Internacional. Las anti-guas hostilidades se transforman en afán de convivencia.

Actualmente, los socialistas y comunistas de los principales países europeos luchan por un inmediato objetivo común: el aplastamiento del fascismo.

En tales condiciones, fracasada la II Internacional y sin ambiente la IV, no hay más remedio que volver los ojos hacia la Internacional Comunista, única garantía internacional, asentada sobre una revolución triunfante, que se ofrece al descalabrado socialismo democrático. La revisión de tácticas y el reconocimiento por parte de algunos partidos socialistas de que la conquista del Poder solamente podrá realizarse revolucionariamente ha hecho más por este acercamiento que todas las conversaciones que pudieran emprenderse al particular. Sólo queda un punto negro confundido entre las coincidencias.

Es evidente que el programa de la Internacional Comunista resulta acorde con los principios programáticos del marxismo. El reconocimiento de la necesidad histórica de la dictadura de clase, la insurrección violenta como última etapa en la lucha por la conquista del Poder, y el programa mínimo a realizar desde los cuadros de mando del Estado, por la clase trabajadora, no admiten discusión. Lo que entorpece las posibilidades de inteligencia es la contextura orgánica de la III Internacional, montada a base de un aparato centralista, autocrático, de vencedores, como decíamos antes; aparato que será preciso modificar por el bien del proletariado internacional, si quiere llegarse a una perfecta unidad de acción.

En el Congreso celebrado por la Internacional Comunista en 1928 se afirman los principios autocráticos de las «veintiún condiciones de Moscú», que impidieron a varios partidos socialdemócratas llegar a la nueva internacional. A virtud de ellos, el Comité Ejecutivo de la Internacional ejerce una dictadura de tal suerte sobre las secciones que

suprime en absoluto la autonomía de éstas para enfocar certeramente los problemas peculiares del país, quedando obligadas a aplicar en todos los casos consignas artificiosas, a veces ajenas a la realidad, impuestas por el organismo máximo. Unido esto a la imposibilidad de discusión y desobediencia, ya que el Comité Ejecutivo tiene facultades para desautorizar cualquier disposición nacional que le desagrade e inclusive destituir a los dirigentes nacionales que se aparten de las consignas supremas; se ofrecen pocas perspectivas de desarrollo a los partidos obreros nacionales, como claramente demuestra la observación de los partidos comunistas oficiales.

Sin embargo, esto no puede ser obstáculo a una inteligencia de los partidos socialistas de izquierda con la III Internacional. El Partido Socialista Español, después de octubre, una vez eliminada la fracción enemiga de la III Internacional y desembarazado de problemas pequeño burgueses con el apartamiento del «centrismo» de los cuadros de mando, tiene autoridad suficiente para plantear internacionalmente el problema a los partidos que hoy conforman el ala izquierda socialdemócrata, dando de lado de un modo definitivo a partidos distanciados insuperablemente, como por ejemplo, el suizo, el belga, el danés y el escandinavo. Sobre una plataforma de discusión tan extensa e importante como la que podrían ofrecer partidos de la envergadura del español, francés, austriaco, etcétera, caso de llegarse a un acuerdo, es de estimar que la III Internacional se aviniese a reformar tan leoninos estatutos. Por su propia conveniencia. No desdeñaría jamás la Unión Soviética el refuerzo que habría de significar a la revolución rusa el apoyo de partidos socialistas como los citados —cuando menos—. Y estos, a su vez, tendrían constantemente el apoyo moral y material de

un país como Rusia, que se quiera o no, ha de ser forzosamente la cuna del socialismo.

Aparte de estas consideraciones, la actual situación de Europa no ofrece muchas salidas. Abocadas casi todas las naciones a un conflicto guerrero de perspectivas mucho más vastas que en 1914, es inevitable que su resultado decidirá por mucho tiempo el triunfo o el fracaso de la revolución socialista en Europa. Se impone el cuadro cerrado alrededor de la U. R. S. S. amenazada por grandes potencias capitalistas. Noblemente no puede pensarse en otra cosa que no sea en fortalecer al único país socialista.

En resumen: Es preciso llegar a la unidad obrera internacional. España se encuentra en inmejorables condiciones para dar un paso decisivo que la configure. Es precisa la misión de todos los militantes socialistas revolucionarios para que el Partido, en su primer Congreso rompa toda clase de relaciones con la Segunda Internacional y se comprometa a realizar las gestiones oportunas con los Partidos socialistas de izquierda aun afectos a la Socialdemocracia para que estos rompan a su vez con ella, a fin de entablar negociaciones, que traducidas en una configuración más viable de la III Internacional estatuariamente, recojan al proletariado bajo la bandera de la Revolución rusa. Este es el único camino.

En última instancia, si España quedase sola, sin apoyo de ningún partido obrero socialista, estimo que debería realizar análogas gestiones, que suavizando la rígida reglamentación ejecutiva de la Internacional de Moscou, facilitarían, a base naturalmente de conservar una autonomía política análoga a la conservada hasta ahora, dentro siempre de los principios programáticos del leninismo.

mo, el trasiego del socialismo español de la II a la III Internacional.

Volviendo al punto de partida de las consideraciones hechas acerca de la unificación del proletariado español en un sólo partido, es fácil apreciar como la solución del problema se halla supeditada a la solución que internacionalmente se le dé. El Partido Socialista Español, depurado interiormente, con la ejecutoria revolucionaria de Octubre, controlando la mayoría del proletariado español, solidarizado con los principios programáticos de la III Internacional, habría de ser la base lógica de un partido nacional marxista, el tronco alrededor del cual se abrazarían el comunismo oficial y el partido marxista, excindido del comunismo, en Cataluña. Mientras tanto, las **Alianzas Obreras** suplirán el papel de aglutinante de partidos, buscando los puntos de coincidencia, laborando en común por la futura insurrección obrera. De aquí el cuidado que hay que poner en el funcionamiento de estos organismos que contienen el germen de la unidad del proletariado.

Una sola central sindical

La unificación sindical del proletariado español presenta características más sencillas que la unificación política. Téngase en cuenta que el sindicato es un organismo económico de clase, y que la actividad obrera en beneficio de sus intereses presenta siempre analogías que no se logran en beneficio de un postulado político. En general que alrededor de una reivindicación económica

— jornada de trabajo, salarios, etc. — se unan sindicatos pertenecientes a diversas centrales. El año 1934 ofrece una abundante experiencia a este particular. Las huelgas de la construcción y metalúrgicos en Madrid son exponentes considerables. Después de Octubre, en Pamplona se ha producido un nuevo caso que invita a la reflexión. Los obreros de la construcción en frente sindical han luchado por varias reivindicaciones y las han logrado, pese al poder que hoy tiene en sus manos la reacción capitalista. En general, toda lucha proletaria que en España se produce es traducida inmediatamente en una aglutinación de fuerzas obreras heterogeneas que espontáneamente se ponen de acuerdo ante el enemigo común. Es preciso encauzar inteligentemente los deseos del proletariado revolucionario frente a la patronal y las organizaciones amarillas.

En España, dos centrales sindicales se disputan la hegemonía de la clase trabajadora organizada. La Unión General de Trabajadores y la Confederación Nacional del Trabajo. A su alrededor se polarizan entidades autónomas y otra tercera organización de envergadura nacional, tan desafortunada en sus principios que al cabo de varios años de vida no ha podido adquirir la savia suficiente para parangonarse con estas dos. Aludimos a la C. G. T. U. (Confederación del Trabajo Unitaria) creada por los comunistas para restar afiliados a la U. G. T. Las discrepancias entre la Central socialista y la anarquista se remontan a fechas remotas y en determinados momentos adquirió perspectivas dramáticas y sombrías. En la historia del proletariado anarquista este es su punto más negro. Por fortuna hoy parece haber invadido el raciocinio las esferas rectoras de la Confederación Nacional del Trabajo, haciendo desaparecer la salvaje ten-

dencia enemiga de los sindicatos de la Unión General de Trabajadores. Aun se conservan resabios, pero de modo general en las luchas económicas de la clase trabajadora la reflexión lleva a una concomitancia en la acción, traducida generalmente en triunfos.

No es fácil comprender el porqué de esta disgregación del proletariado en diversos organismos sindicales, que en definitiva se movilizan siempre para lograr beneficios generales a los trabajadores. Admítase la diferenciación doctrinal y táctica en cuanto afecta a la lucha política, pero en cuanto se refiere a la actividad sindical, forma expresiva de la lucha económica entre dos clases, la poseedora y la desposeída, es preciso una fuerte dosis de buena voluntad para comprenderlo. Cuando los trabajadores actúan en seguimiento de una conquista que mejore sus condiciones de vida, no puede haber más diferenciaciones que las deducidas de los intereses en pugna: organizaciones que se opongan a la mejora (patronales) y organizaciones que luchen por ella (obreras). Sindicalmente, la lucha de clases ofrece características simplistas. No se trata de la organización del nuevo estado ni de la actuación dentro del estado burgués hasta llegar a su conquista y transformación. De la misma manera que resulta incomprensible el que los asalariados luchen al lado de sus explotadores o vivan despreocupados de su situación dentro de la economía del país, resulta duro el convencimiento de que un núcleo de obreros se inhiba en una acción que otro núcleo mantenga, por el simple hecho de pertenecer a distintas asociaciones, cuando el triunfo o el fracaso de la lucha ha de repercutir inmediatamente en la clase trabajadora en general, sin distinción de tendencias o matices.

En la realidad resultaría más difícil todavía. Por for-

tuna — ya lo hemos apuntado — la educación clasista del proletariado español se eleva diariamente de nivel, produciendo efectos tan estimables como los antes expuestos. El frente único sindical es un hecho. Los acontecimientos, después de Octubre exigen transformarlo orgánicamente, a fin de que esta unidad de carácter pasajero adquiera caracteres definitivos.

Toda derrota, siquiera sea circunstancial del proletariado trae consigo un recrudecimiento de los privilegios de la clase antagónica que procura resarcirse de las derrotas sufridas con anterioridad, e inclusive deshacer el organismo que la derrotó en previsión de probables jornadas futuras contrarias a sus intereses. El más miope observará en la ofensiva patronal que se ha desarrollado después de Octubre, estas características. Rara es la profesión que no haya sido afectada por las consecuencias de la insurrección. No hablemos del obrero del campo, sumergido nuevamente en la oscura barbarie de siglos pasados, muriéndose de hambre, perseguido por el cacique, contemplando el asolamiento de una tarea producto de años de larga paciencia. En las ciudades, los obreros industriales se aquejan, sino con tanta intensidad, de parecidos efectos. Incumplimiento de bases de trabajo (en general, dentro de todos los oficios) aumento de jornada (caso metalúrgico) despidos injustificados (por represalias y por reducciones económicas). La lucha de clases adquiere tonalidades sombrías, y el proletariado, sin distinción de matices se ve obligado a tomar la defensiva. Las condiciones son inmejorables para dar los primeros pasos hacia la unidad orgánica sindical del proletariado. No creo que sea obra de un momento. La comunión circunstancial de intereses ante la reacción puede disgregarse a consecuencia de cualquier cambio político.

Pero es evidente que esta tregua debe aprovecharse para llegar a puntos de coincidencia que la separación ha impedido estudiar hasta ahora.

El primer paso lo dará el ingreso de las organizaciones autónomas en la Unión General de Trabajadores, como asimismo el ingreso de la C. G. T. U. Resultaría pueril, cuando hay un organismo creado, de la potencia de la U. G. T., crear otro nuevo, con todos los inconvenientes que ahora ofrece, máxime sabiendo que la composición había de resultar idéntica por la proporcionalidad de los componentes. Los comunistas deben desechar la idea si de veras quieren llegar a una concordancia sindical. Deben reconocer que es lo más eficaz y lo más justo, porque no se trata de la fusión de dos organismos potentes, a cuya fuerza respectiva haya de tenerse esta consideración, sino de la adherencia de entidades locales en la mayoría de los casos que no exigen una movilización nacional.

Dado este primer paso, es tarea más sencilla llegar a una inteligencia con la C. N. T., sobre la base de un frente sindical que prepare más despaciosamente el camino a la unidad orgánica. Téngase en cuenta que entre las dos centrales sindicales hay unas diferencias tácticas espinosas de reducir. El conocimiento de estas dificultades, sin embargo, no debe ser obstáculo a una tarea de alcance tan profundo como la realización de la unidad sindical. A su preparación debe aportar esfuerzo todo trabajador revolucionario, actuando sobre esta consigna inmediata: **Ingreso de los organismos autónomos en la Unión General de Trabajadores y Alianza o Frente Único, entre ésta y la Confederación Nacional del Trabajo.** Es el primer paso que hay que dar si de veras se aspira a la unidad orgánica, que conjunta a la unidad política

de los partidos marxistas y el fortalecimiento internacional, dará inexcusablemente el triunfo a la clase trabajadora en todas las contiendas en que sea parte.

Hacia la conquista del Poder

Las jornadas de Octubre son el nuevo punto de partida del Socialismo español hacia la conquista del Estado. Ni aventura desquiciada como pretende el reformismo, ni movimiento nacional en beneficio de la República burguesa, como desea la fracción centrista. Movimiento típicamente de clase, intérprete fiel de la dialéctica materialista. El Socialismo español, desembarazado del estigma «social demócrata» marcha por ruta segura hacia la conquista del Poder, dispuesto a sojuzgar a la burguesía revolucionariamente a implantar una dictadura de clase que ayude eficazmente a los proletarios en su transformación de la sociedad.

No es un blanquismo desenfrenado ni una inconsciente reacción patológica de sus masas ante el fracaso de las concepciones democráticas pequeño burguesas. Aunque el socialismo español ha devenido en marxista a través de un proceso no teórico precisamente, sino experimental, lo cierto es que hoy, curado a fuego en las jornadas de Octubre de pequeños falsos dogmas que mantenía, comienza a vivir una **segunda etapa** de evidente responsabilidad. Ya no es un partido en desarrollo o un partido gubernamental. Tampoco un partido de oposición conforme se entiende la oposición en los medios democráticos. Es simplemente un **Partido director de las ma-**

sas obreras, representante de los intereses del proletariado. Toda su actividad ha de tender a ganarse cada día más esta confianza, que en Octubre no fué completa, pero que ha de serlo en breve para culminar acciones políticas de mayor envergadura que las pasadas.

¿Quiere esto decir que el Partido Socialista se ha lanzado cuesta abajo por el camino de la insurrección? Que todas sus actividades han de ser típicamente violentas? Grave error sería estimarlo así. Los que tachen a su fracción marxista de un desafuero semejante, saben conscientemente su mentira. El Partido Socialista Español, fiel al marxismo, atento a su táctica ha de practicar el oportunismo si cabe con mayor responsabilidad que hasta la fecha. Así lo exige el interés de las masas obreras que tienen puestos sus ojos en él. De ahora en adelante, cada paso del Partido Socialista compromete el porvenir revolucionario de los obreros españoles, y de la eficacia del mismo depende el triunfo o el fracaso de la revolución.

Las exigencias políticas, la interpretación táctica de los diversos momentos que ofrezca la vida pública española exigirán del Partido Socialista diversas posturas. Estoy seguro de que si éste ha logrado depurarse internamente afrontará todas las posibilidades con un recto criterio revolucionario, superior por todos sus conceptos al mantenido en épocas pretéritas. La clase obrera española espera que no volverán a repetirse jornadas tan vacías de contenido marxista, tan ineficaces, como las llamadas de la «colaboración ministerial».

La situación económica nacional exige una terapéutica decisiva. Todas las soluciones que pretendan darla los partidos burgueses — de la gran burguesía o de la pequeña han de resultar ineficaces. La solución está en una

equitativa distribución de la riqueza y una producción racionalizada y controlada por el Estado. Tarea semejante sólo puede desarrollarla un régimen socialista.

El socialismo español se halla en condiciones de aspirar al Poder. La insurrección fracasada no significa un retroceso en este particular. Cuando más un retraso. Téngase pues en cuenta que toda actividad de las masas marxistas ha de tender hacia este objetivo. La táctica que se desarrolle estará dirigida por él. Octubre es el exponente de un convencimiento: la inutilidad de la pequeña burguesía para resolver las contradicciones de la actual estructura de la sociedad. Este convencimiento no lo han hecho variar sucesos más o menos adversos. Se mantiene en pie. Sean cuáles sean los acontecimientos políticos hay que contemplarlos desde esta atalaya. Sean cuales sean las intervenciones que quepan al proletariado en la república, desde ahora en adelante, conviene que vayan marcadas con la impronta de una decisiva acción que transforme en grata realidad lo que se esperaba en octubre. Es decir: que la única y definitiva desemboadura de la república española se halla en la transferencia del Poder, de manos de la burguesía ineficaz al proletariado. Así lo exige la dialéctica de la historia. Si bien ésta es la partera de la sociedad, como decía Carlos Marx, no están de más los esfuerzos de los comprometidos en el parto.

Todos los medios son estimables para llegar a un fin. Es seguro que la clase trabajadora española tenga que emplear variedad de ellos hasta lograr su total emancipación. No los recusaremos siempre que se empleen en realidad como lo que son, **como medios**. La pequeña burguesía requerirá nuestra ayuda. Se concederá, porque esta solidaridad en determinado momento puede ser pro-

picia a nuestros intereses. «Los socialistas apoyan en todas partes cuantos movimientos revolucionarios se planteen contra el régimen social y político imperante» (Man. Comun.). Pero sabiendo de antemano que esta ayuda nos colocará de nuevo en condiciones de abordar el problema de la conquista del Poder. Violentamente. Insurreccionalmente. «¿Hay que extrañarse de que una sociedad fundada en la oposición de clases se resuelva en la contradicción brutal, en un choque de cuerpo a cuerpo como último desenlace? (Marx. «Miseria de la Filosofía») Y esta necesidad inexcusable no ha de alterarse ni ocultarse. Los socialistas «no tienen porque guardar encubiertas sus ideas e intenciones. Abiertamente declaran que sus objetivos solo pueden alcanzarse derrocando por la violencia todo el orden social existente. Tiemblen, si quieren, las clases gobernantes ante la perspectiva de una revolución» (Mann. Comun., Marx y Engels). El proletariado no retrocederá ante lo ineluctable.

PERSPECTIVAS POLITICAS INMEDIATAS

De cara hacia el porvenir próximo

Todas estas reflexiones alcanzarán en su desarrollo una vasta perspectiva. Si bien conviene, como reza el adagio, no abismarse en la contemplación de los primeros árboles con riesgo de perder de vista todo el bosque, tampoco es muy eficaz abstraerse en una ensoñación de selvas aun lejanas y tropezar con el primer árbol que haya en el camino. Al Partido Socialista y a la clase trabajadora en general, la insurrección de Octubre ha marcado nuevas rutas. Hay que desenvolver las consignas deducidas de la experiencia si quiere asegurarse para el futuro la victoria proletaria. Pero conviene a la par, detenerse en los objetivos inmediatos que la realidad política impone, ya que una actuación revolucionaria en los momentos actuales ha de traducirse en un fortalecimiento para el futuro. Es preciso hacer constar de nuevo que el Partido Socialista no es un partido de secta, carbonario y conspirador, sumergido en actividades subterráneas tendentes a preparar metódicamente golpes insurreccionales. El socialismo español, siendo como es un partido de masas y aspirando a ser el conductor del proletariado revolucionario se obliga a estar presente en todo momento en la vida pública, a adoptar posiciones y a ganar cada día si es posible, una batalla al capitalismo. Las posiciones más eficaces serán las que se adopten en momento

de peligro, cuando el enemigo aun resentido del último golpe no acertó a cubrirse en forma para encajar el segundo.

Dentro del Partido, la fracción conservadora, derechista, y su aliado el «centrismo» critican acerbadamente en la fracción marxista, lo que ellos llaman afán de «encallejonar» al Partido y a la clase obrera en una sola solución a todos sus problemas; en la violencia sistemática, en la ininterrumpida preparación de insurrecciones. Nada más inexacto. Pecarían de insensatos aquellos que considerasen oportuno el momento para lanzarse a una nueva acción de masas armadas. Las insurrecciones obreras exigen un acondicionamiento eficaz para producirse, en líneas generales traducido en determinadas condiciones políticas y económicas en el país y psicológicas en sus habitantes. Lo que más técnicamente pudiéramos denominar **coyunturas**. El año 1934 fomentó una coyuntura especificada concretamente en Octubre. Es posible que circunstancias análogas vuelvan a producirse. El quid se halla en determinar cuando. Todo lo que aventure fechas fijas no pasará de ser una cábala. Y no creemos que las cábalas puedan interesar a la clase obrera. Véase por tanto la mala fé de quiénes atacan a la fracción izquierda del Partido creyéndola obsesionada por la inminente segunda insurrección.

No hay nada de eso. Hay algo más importante, escondido cuidadosamente por nuestros debeladores. Una cosa es fomentar nuevas insurrecciones cuando la situación política es adversa y otra pretender borrar de la historia la insurrección de octubre o adulterarla en sus fines y propósitos. Esto último es lo que hacen sistemáticamente los secuaces del «centrismo» y «reformismo». Nuestro afán en exaltar revolucionariamente a octubre,

no significa otra cosa que mantener viva la llama revolucionaria ante un hecho que significa el hito más importante del camino recorrido hasta la fecha por el proletariado español. Grabar en la mente de las masas una verdad: **Que la conquista del Estado, la conquista del Poder sólo se logrará revolucionariamente y nada más que revolucionariamente.** Todo ello, a fin de que los confusionismos no encuentren campo propicio para su abono y de nuevo suframos la amargura terrible de ver al proletariado español embarcado en aventuras de las que antaño tanto costó salir.

Es preciso dar la cara al presente y al porvenir próximo. Sellando toda nuestra actividad con la impronta del marxismo revolucionario. Este motivo es el que me ha impelido a dejar para el último momento del ensayo realizado, el estudio de la situación política creada por el movimiento de Octubre y sus probables salidas. Una vez confirmada la calidad clasista de la insurrección, el proceso de radicalización de las masas y los objetivos permanentes hasta el logro del triunfo total, desembarazado el camino de obstáculos confusos, enfocar las perspectivas actuales resulta más fácil. Y de más trascendencia la posición que ante ellas se tome. De la mano del pasado y su experiencia venimos a este apartado último.

El fracaso de la contrarrevolución

Materialmente, como hecho tangible, en octubre fracasó la insurrección obrera. Sin embargo, el fracaso auténtico ha sido el de la contrarrevolución. Durante 1934,

paulatinamente, el fascismo clerical venía gestando su triunfo silencioso y seguro, haciendo buena la táctica de la pacífica penetración. Día tras día, los órganos vitales del Estado pasaban a manos de las minorías reaccionarias de clase. Era un avance solapado, jesuitico, cuyo ciclo final había de desarrollarse con el ingreso de tres ministros declaradamente fascistas en el gobierno de la república.

Se produjo la insurrección obrera y todo el tinglado quedó al descubierto. Cortado en seco el sinuoso calado en el régimen, la reacción no tuvo más remedio que dar la cara. Se pensaba acogotar a la clase trabajadora con medidas profilácticas perfectamente dosificadas: suspensiones de sociedades, multas a los periódicos, detenciones de dirigentes, a fin de que el día de la definitiva acción, ante las huestes reaccionarias sólo hubiese un ejército obrero diezmado en la lucha de guerrillas que sistemáticamente se había emprendido contra él. Así es, que el alzamiento insurreccional del proletariado segó en flor tan hermosas esperanzas. No triunfó como hubiese sido de desear, pero la magnitud del fracaso arrastró consigo al enemigo.

Bien se afirma que la historia es manantial perenne de investigaciones y teorías, y que cada hecho nuevo lleva en sí una cantera prodigiosa de experiencias. Una que ofrece la insurrección de octubre, acerca de la cual será menestar profundizar queda sentada en el siguiente apotegma: **Una insurrección obrera fracasada puede cortar el paso al fascismo cuando éste no adquirió todo su vigor y si por el contrario permitió al proletariado mantener el suyo.** Octubre ha sido un dique al fascismo. Va para un año que tuvieron lugar aquellas hermosas jornadas. Contémplese el panorama político y se reconocerá lo

cierto de nuestra aseveración. Diez meses gobernando en estado de excepción continuo, con treinta mil hombres en las cárceles, millares de militantes en el destierro, en la clandestinidad, con las organizaciones obreras mutiladas por sentencias judiciales o disposiciones gubernativas, sin prensa de clase, y sin embargo la agitación revolucionaria es mayor cada día que transcurre. Se quiere algo más sintomático? Véanse las declaraciones del Consejo de ministros celebrado el día 23 de julio pasado, a raíz de un viaje de Gil Robles por Asturias. Se reconoce el estado de ánimo del pueblo, se le teme y por consecuencia se suspenden las parcas actividades políticas concedidas de Octubre a la fecha. Un gobierno y una clase, que después de reprimida una insurrección obrera tan duramente como ha sido reprimida la de Octubre, no tiene fuerza suficiente para respirar tranquilo un momento, es un gobierno y una clase vencidos por la misma fuerza específica de la revolución.

El resurgir de las izquierdas

Lo que se llama confusamente «el resurgir de las izquierdas» no es otra cosa que la persistencia del espíritu revolucionario que alentó en las jornadas de octubre. Lo que sucede es que forzosamente mudos los órganos políticos de expresión del proletariado, y con mediana libertad los pequeños burgueses, estos últimos, arrimando es ascua a su sardina, se aprovechan para canalizar conforme a sus intereses las ansias legítimas de los trabajadores. El «resurgir de las izquierdas» considerado en

lo que etimológicamente — y aun políticamente — quiere decir, no pasa de ser una entelequia. No es un resurgir de izquierdas, de la democracia pequeño burguesa. No. Lo que sucede es que el pueblo trabajador, ansioso de persistir en su rebeldía revolucionaria, se aprovecha de cualquier orificio por donde darse escape. Lo ofrecen los republicanos pequeño burgueses y por allí marcha, atento siempre a su objetivo fundamental, fracasado provisionalmente en octubre, pero aun con la vitalidad suficiente para pervivir y proyectarse hacia posibilidades futuras más triunfales.

No en vano al marxismo revolucionario le caracteriza su oportunismo. Empecinarse actualmente en posiciones revolucionarias sería suicida, cuando todos los cauces para vitalizarlas están cerrados. Ofrécese un objetivo político de valía; «el resurgir izquierdista», la reviviscencia de los postulados democráticos del 14 de abril, la reconquista de posiciones perdidas. Lo mismo da rey que Roque. Por allí hay que caminar.

La atención ha de estribar en no dar cuerpo al pretexto. La estimable ocasión que al proletariado español se le ofrece de reponerse en breves jornadas del golpe insurreccional necesita ser muy vigilada. Estrechamente vigilada. De no ser así, los elementos falsamente revolucionarios de la clase trabajadora engarzarán a esta en una aventura que no conviene por ningún modo. Se dice que el proceso democrático no fué culminado, por lo que la insurrección de Octubre pecó de atrevida. Esto es totalmente inexacto, y así ha venido reconociéndose durante todo el año de 1934. La experiencia del 14 de abril dió todo lo que podía dar de sí. Posiblemente un turno de rotación política ponga en manos de las izquierdas nuevamente la palanca gubernamental. Entonces se verá

claro en la cuestión. No se hará nada nuevo bajo el sol. Y si la clase trabajadora vuelve a ser engañada y vuelve a ser defraudada, la derrota de Octubre fatalmente se volverá a producir, entonces con agravantes tan precisas que de antemano podemos afirmar el hundimiento del marxismo español por un largo período de tiempo.

Es decir, que al proletariado revolucionario, lo que le conviene es apreciar este resurgir izquierdista como lo que verdaderamente es: un aliciente para continuar la lucha con menos dificultades, una posibilidad de fortalecimiento próximo y un nuevo pretexto para preparar la definitiva insurrección. La calidad de medio para realzar fines últimos que concedemos a esta perspectiva política no impide hacerla mayores concesiones. Lo cual no quiere decir que no nos coloquemos en un «plan izquierdista» y en una «pose democrática».

Un frente antifascista

Este resurgir de las izquierdas españolas que yo considero expresión permanente del espíritu revolucionario que impelió a las masas trabajadoras a la insurrección de Octubre, parece fijar en la actualidad sus objetivos en la construcción de un **Frente Común Antifascista**. La idea no es despreciable. Y no es; porque su contenido aglutina a los partidos de clase y a la pequeña burguesía en un objetivo. Valorar a la pequeña burguesía por bajo del proletariado no significa subestimar su papel en la lucha. Precisamente he tenido buen cuidado a través de este ensayo en demostrar, no que la pequeña burguesía no

existe, sino en colocarla en el plano que al presente la corresponde. Superado el proceso democrático **la pequeña burguesía deja de arrastrar al proletariado para ser a su vez arrastrada por él, centra sus objetivos en los de la clase obrera, demostrando dialécticamente como en las jornadas decisivas sus intereses se confunden con los intereses de la capa productora de la sociedad.** Los partidos políticos pequeño burgueses jugaron su rol revolucionario durante los llamados años del «bienio». Fracasaron porque estaban obligados a fracasar, ya que sus métodos de gobierno eran incapaces de superar las contradicciones económicas capitalistas. Si el Partido Socialista hubiese actuado revolucionariamente; al producirse el fracaso, automáticamente hubiera cubierto el puesto que la incompetencia pequeño burguesa dejaba vacante. No haberlo hecho es un cargo al Partido y a sus minorías rectoras, al margen por completo de lo que hicieran o dejaran de hacer los partidos republicanos.

Hechas las anteriores consideraciones puede examinarse la consigna actual del **Frente Antifascista**, ya que se concurre a él en posición de Partido eje. Es evidente que la lucha contra el fascismo exige, tanto como actividades de avance, una serie de tareas que signifiquen una defensa de lo conquistado. Frente a la reacción de la gran burguesía, los partidos pequeños burgueses y los partidos obreros tienen intereses comunes. Lógico es que se pongan de acuerdo para su defensa. Pero el proletariado no debe olvidar que la lucha en común no significa dejación de principios de clase. Los emboscados del marxismo, claman por el Frente antifascista, porque al socaire de él, cumplen sus objetivos de sobrevalorizar la democracia burguesa como táctica política, enrolando al proletariado por tanto en el máximo objetivo de la pequeña bur-

guesía. De aquí, el que los que nos consideramos en el ala izquierda del Partido observemos este frente con un poco de prevención. Lo primordial que se exige es aclarar las posiciones.

Políticamente, la actual situación no tiene más que dos salidas inmediatas. El desgaste ininterrumpido de la coalición gobernante que se traducirá en breve espacio en su derrota más completa, dando paso a una solución republicana conciliadora, o por el contrario a un golpe de fuerza que sostenga férreamente a la gran burguesía. Ante esta segunda solución, el bloque antifascista tiene un papel que jugar muy importante. Puede servir de torpedo. Desde este punto de vista propugnamos por su constitución.

Ahora bien. Como cuestión previa es necesario dejar bien sentado; con todas las garantías que la clase trabajadora merece; que el **Bloque Antifascista** no es más que un objetivo inmediato, que no perjudica en nada los puntos programáticos del marxismo. Es decir, que parejo a él, se irán desarrollando las conclusiones mínimas que ofreció el movimiento de Octubre; transformación del Partido Socialista en un partido dirigente del proletariado, previa eliminación del «reformismo» y apartamiento de la fracción «centrista», acercamiento a la unidad de acción y a la unidad orgánica, adquisición de una firme postura revolucionaria en terreno internacional. La oposición al desarrollo de este programa, a mi juicio, sería obstáculo invencible en la constitución del Bloque, porque la garantía de su eficacia estriba precisamente en la capacidad revolucionaria del Partido que ha de ser eje de aquel.

Definiendo: **Bloque Antifascista sin cesión o menoscabo de puntos programáticos esenciales. Acción común**

con la pequeña burguesía son compromisos para el futuro. Pacto de no agresión frente al fascismo. Libertad de acción en el resto de las posiciones políticas.

Ante una futura contienda electoral

La omisión de un golpe de fuerza como salida a la actual situación política traerá aparejada como consecuencia inevitable una convocatoria electoral. Aparentar que se gobierna en demócrata tiene sus inconvenientes, porque muchas veces, para cubrir las apariencias se embarca la nave burguesa en aventuras de las que no tiene mucha seguridad de salir como entró. La convocatoria de elecciones será una de ellas. Naturalmente, esta convocatoria puede reunir determinadas y dispares condiciones que modifiquen fundamentalmente su significado. Es probable que el gobierno convoque a los comicios sin levantar los estados de excepción que son su baluarte más firme desde Octubre a la fecha. En este caso, presumo que concurrirán sólo sus partidos para dar un aspecto legal a la ficción. El resultado será lograr un organismo equivalente al que hoy emplea, y la dictadura fascista vivirá con un tinte democrático, en explotación del cual pretenderá hacerse más viable. Puede ser también que las elecciones se celebren con un minimum de garantías, lo que traerá aparejada una victoria obrera y pequeña burguesa. Finalmente, es posible que la avalancha revolucionaria rebase las posibilidades electorales, y las elecciones resulten un plebiscito que decidan el porvenir de la futura revolución.

En cada uno de estos casos habrá que tomar posiciones distintas. Por eso, aquellos que ya se curan en salud y dictaminan cual ha de ser la posición socialista en la contienda futura nos recuerdan la fábula árabe del vendedor de quincalla que, soñando en golpear a su esposa la hija del Gran Visir, el día que, enriquecido con los negocios de las vasijas, se casase con ella, rompió toda la mercancía cuando aun no había comenzado a venderla. O la más conocida de la lechera que, en su entusiasmo, dejó caer el cántaro al suelo desvaneciendo su fortuna. Claro es que detrás de estos patriarcas de la magia negra hay algo más que predicciones. Vive latente un deseo de reducir la historia de sus posibilidades y a su política.

Pero vamos a suponer—ya es suponer por adelantado— que las posibilidades de concurrir a una contienda electoral toman cuerpo. ¿Que actitud corresponde adoptar al Partido Socialista?

La futura contienda electoral se emparenta para algunos con el Frente Anti-fascista. Al parecer, este frente ha de tener como objetivo primordial unificar al proletariado y pequeña burguesía en un bloque electoral. No es desacertado el propósito, ya que un Bloque, así, a secas, sin una meta definida, que se contentase con actividades la mayoría de las veces platónicas, habría de rendir poca eficacia. De forma que vamos a examinar las posibilidades de actuación electoral sobre la base del Bloque Antifascista.

A la pequeña burguesía la interesa que el Bloque esté integrado por sus partidos políticos y por el Partido Socialista. El ala derecha del mismo y los «epígonos» del centrismo son una garantía a su seguridad. Si pudiese prescindiría de la fracción de izquierdas y sobre todo de sus juventudes. No da un paso más allá. Se desinte-

resa del resto de los partidos obreros marxistas y en cuanto a una inteligencia —difícil por diversos motivos— con los organismos sindicales de la Confederación, ni hablar siquiera. Tiene muy poco de hábil la maniobra. Con esta actitud se pretende enrolar de nuevo al socialismo español en aventuras idóneas a las del 14 de abril.

Por el contrario, la fracción revolucionaria del socialismo estima que el Bloque antifascista, y por tanto electoral han de integrarlo todas las fracciones proletarias, previamente, y después las fracciones pequeño burguesas. Por tanto, es opuesto el enfoque del problema. Así como para la pequeña burguesía el aislamiento de una determinada parte de la clase trabajadora es presunta garantía de su predominio, para la fracción revolucionaria del socialismo ha de ser garantía del predominio obrero la existencia previa de un frente de clase, completado por los núcleos pequeños burgueses que encuentren en la hora histórica una comunidad de intereses. Los dos puntos de vista han de resultar inconciliables.

Estimo sin embargo que hay que mantener esta posición. **Frente de clase como condición previa al Frente Antifascista.** La clase trabajadora ha de convencerse en su totalidad de que sus intereses peculiares encontrarán mejor defensa siempre en una acción conjunta de los explotados, que no en una componenda de partidos políticos cuyos puntos de coincidencia provisionalmente son escasos. Esto desde un punto de vista político. Desde un punto de vista moral: ¿se conciben los apuros en fortalecer un frente común con elementos que nos traicionaron en 1933 y que inexcusablemente, porque así lo exigen sus intereses programáticos, nos volverán a traicionar?

Caso Martínez Barrio y Gordón Ordás, por ejemplo. Claro que esto de la moral es un prejuicio burgués, y en definitiva las traiciones se darían de lado en aras a la conveniencia.

Si realizado el frente de clase en la extensión que fuera factible, los partidos pequeños burgueses se negaran a llegar a un acuerdo, mi criterio es favorable a mantener el frente clasista por encima de todo. Otra cosa restaría al socialismo autoridad moral para exigir de las masas disciplina en la hora de actuar electoralmente. Yo mismo haría dejación de ella ante acuerdos que significasen un abandono de principios clasistas en aras de un nuevo experimento que fatalmente ha de resultar tan desgraciado como el anterior.

—Esto es todo. Como se ve, en orden a las posibilidades electorales no puede ser menos. Ni se conoce criterio gubernamental sobre la cuestión, ni se ha planteado públicamente por los organismos políticos, ni en definitiva existe un punto de apoyo constructivo para discutir. Sin embargo se discute. Naturalmente que aquellos que se embarcan en la discusión llevan sus puntos de vista. Sembrar la confusión para alejar de la clase trabajadora los objetivos claros y precisos que se deducen de la insurrección de Octubre, ya expuestos con anterioridad.

Por ser tan poco, y no prestarnos al confuso bizantinismo que supone la discusión acerca de teorías que no llegaron a la categoría de problemas, cortamos el comentario.

La segunda revolución social

Lo único que se desprende de la actual situación política es la debilidad de la burguesía para sostener su predominio. Octubre no significó un fracaso ni un retroceso. Cuando menos un intento de avance total convertido en avance parcial y considerable. Retroceder, ha retrocedido el fascismo que cautelosamente se amañaba el Poder. La batalla cara a cara, como las jornadas insurreccionales la plantearon, está pendiente. El triunfo de la reacción solamente puede hallar posibilidades triunfales en un golpe de Estado. Es muy fácil cubrir posiciones con el enemigo desapercibido o debilitado. Lo difícil es cubrirlas cuando el enemigo hace frente.

Es decir, en un futuro próximo, la contienda volverá a empeñarse, con más denuedo si cabe que la vez anterior. Hasta llegar a ella será preciso cubrir diversas etapas políticas que aún no sabemos cómo han de plantearse. Posiblemente haya una basculación de izquierdas que torne de nuevo a la república a sus postulados democráticos. Aunque así sea, los problemas de clase permanecerán tan agudizados como permanecieron a fines de 1933. La pequeña burguesía jamás se atreverá a hacer la revolución, ni aún a prepararla pacíficamente desde el Poder. Surgirán de nuevo las querellas, las ataraxias, los errores y las blanduras. La coyuntura revolucionaria tornará a presentarse. Todo estriba en estar preparados suficientemente cuando surja.

Por el contrario, si la gran burguesía afinca sus privilegios por medio de una dictadura, la lucha contra el

fascismo desde el primer momento exigirá características ilegales y violentas. Graves responsabilidades contraerá en este caso el Partido Socialista si aboca a ella plagado de contradicciones internas, sin haber intentado resolver los problemas urgentes que se desprenden de la insurrección de Octubre. A sus espaldas se cargará la culpa de alejar el marxismo de España por una larga temporada.

La actual situación política no puede resultar más optimista. Jamás se ha dado el caso de que un partido marxista revolucionario, después de ser vencido en una contienda violenta, perviva con la intensidad que pervive el Socialismo Español. Todo está igual. Salvo la prohibición de editar el órgano central del Partido, el resto de las posibilidades de discusión y propaganda funcionan. Prensa en provincias. Casas del Pueblo abiertas, facilidad para celebrar asambleas. Nada mejor que estos ejemplos para demostrar el empuje del movimiento insurreccional de Octubre, ejemplo imperecedero para el socialismo universal, que habrá siempre de tenerse en cuenta al gestarse nacional o internacionalmente futuras contiendas.

Si el Partido Socialista español perfila su línea revolucionaria, su potencia en marxista, abandonando sus resabios «socialdemócratas», será, en definitiva, el dueño de los destinos económicos y políticos de España, cualesquiera que sean las coyunturas que se le ofrezcan y trace la línea que trace para abordarlas. Su actuación legal o ilegal, electoral o revolucionaria, desde los organismos políticos o desde la calle llevará un solo objetivo: **La conquista del Poder. La transformación del Estado.** Y este objetivo será transformado en grata realidad.

Si el Partido Socialista español se embarca de nuevo,

conducido por las cautelosas sirenas de su ala derecha y centro, en aventuras de tipo democrático. Mantiene esa pretendida «unidad» que le asfixia, retrocede ante su depuración y relega al olvido, como una gesta heroica pero inútil, la insurrección de Octubre, entregándose definitivamente al cultivo de la legalidad burguesa, será responsable, exactamente igual que lo fué a su tiempo la Socialdemocracia alemana, del triunfo del fascismo en España.

En definitiva el proletariado socialista es quien lo ha de decidir. Si este ensayo sirve de reflexión me consideraré más que pagado, porque entonces será signo de mi aportación **a la transformación revolucionaria de la sociedad española**. En llegar a esa meta cifro, con toda la clase obrera, mi ambición.

París, agosto 1935.

POST-SCRIPTUM

*La rectificación oficial de
la Internacional Comunista*

En prensa este libro, ha celebrado la Internacional Comunista su séptimo Congreso en Moscú. Hacía siete años que no se celebraba tan importante reunión. Era de esperar que a la vista de acontecimientos tan graves como los acaecidos mundialmente desde su última congregación —triunfo del fascismo alemán, insurrecciones fracasadas en Austria y España, ingreso de la U. R. S. S. en la Sociedad de Naciones, Frente Popular Francés, perspectivas de una nueva conflagración guerrera— el Congreso Internacional abordara de raíz diversos puntos programáticos que, a virtud de su contumacia, han significado una buena parte en las causas originadoras del retardo de la revolución proletaria. Así ha sido en efecto. Cuando comentaba en uno de los apartados de este libro las posibilidades de que la III Internacional modificase de raíz algunos de los puntos programáticos de sus estatutos, lo hacía preveiendo que las alteraciones sufridas por los partidos obreros habían de imponer forzosamente, esta necesidad. No contaba con una ratificación tan presta de mis aseveraciones. Su existencia fortalece mis puntos de vista y ratifica extraordinariamente mi posición de centrar el socialismo revolucionario en la III Internacional. Para España y para el resto de los países donde el proletariado se desarrolla como una fuerza organizada, esta reunión ha de proyectarse hacia importantes y decisivas perspectivas.

Naturalmente, la actitud del Comité Ejecutivo de la III Internacional hacía preveer este cambio de táctica. Así

pudo comprenderse al lanzar la consigna aliancista con los partidos socialdemócratas de la II Internacional. Durante largos años había sido caballo de batalla de la Internacional Bolchevique la necesidad de construir el frente único obrero «por la base», consecuencia de un olímpico desprecio por los partidos socialistas no afectos a Moscú. Desde el momento en que se aceptó la discusión con los cuadros directivos en pos de una acción obrera eficaz contra el fascismo, rompióse, absolutamente la línea de intransigencia que separaba el Comunismo moscovita del resto del proletariado. Esto hacía concebir halagüeñas esperanzas. En principio, el VII Congreso de la Internacional fortalece esta posición.

Hay por delante durísimas lecciones. El paso del Nacional Socialismo alemán al Poder es de los que se clavan hondamente en la carne haciendo meditar a quien sostenga la línea política más sectaria. Alemania fué siempre, después de Rusia, el más firme baluarte del comunismo oficial. Naturalmente, las consignas de la Internacional se cumplían a rajatabla. La consecuencia no se hizo esperar. Cuando las circunstancias políticas exigieron una acción real, efectiva, tanto la social democracia, podrida desde 1918, como el comunismo obcecado y sectario, hicieron todo lo posible, con su omisión culpable, por aposentar a Hitler en el Poder. La prueba de que el experimento ha dolido en carne propia, se halla en que Piek, el delegado alemán en este comicio internacional, ha condenado ásperamente, tanto a la social democracia como a la táctica antigua de la III Internacional, adhiriéndose entusiásticamente a las nuevas directrices políticas.

No es solamente el discurso de Piek. Generalmente, todas las intervenciones —como es natural, a yueltas con la habilidad—, han reconocido la culpa. Puede afirmarse

que el reconocimiento de errores ha sido hecho, y con él, la liquidación de una línea política intransigente y sectaria, enemiga de la unidad de acción, encastillada en severas y unilaterales consignas que significan un peso importante en la disgregación proletaria.

Sin poseer una documentación completa sobre el particular, ya pueden observarse en líneas generales las nuevas directrices políticas y fijar, sin perjuicio de ulteriores modificaciones, una posición política.

¿Qué ofrece el Comunismo Internacional, después del reconocimiento de errores, que pueda considerarse como la plataforma positiva de acción? Dos amplias perspectivas en general. La primera sienta la base de una presunta unidad de acción de las fuerzas netamente antifascistas, por las libertades democráticas y la lucha contra la reacción. La segunda, el reconocimiento, para éste y otros objetivos, de un amplio margen de libertad en el trazado de la línea política, por los partidos comunistas, en consecuencia con la peculiar situación económica y la correlación de fuerzas políticas del país.

El el primer aspecto, o sea, en cuanto los acuerdos del Congreso pueden fortalecer una línea de lucha contra el fascismo, es fácil encontrar lagunas de consideración. Pudiéramos decir que la Internacional Comunista, en un rápido balanceo, ha venido a inclinar su fiel al lado opuesto de donde se hallaba. De intransigencia política, de reconocimiento absoluto de una línea revolucionaria de izquierdas y de partido dirigente de la revolución, a subestimación de esta fracción de vanguardia para realizar alianzas con todos aquellos partidos y conglomerados políticos antifascistas. Esta posición ajustada a un anti, de aspecto negativo, que prescinde de las condiciones exigidas por una actuación clasista (caso francés, por ejem-

plo) sólo aceptará una justificación cuando al decurso del tiempo ponga de manifiesto su actividad revolucionaria. Si, por el contrario, se abandonan las perspectivas insurreccionales y la teoría de la lucha por el Poder obrero, prestamente se verá enfangada la II Internacional en el más grave defecto que puede achacarse a la socialdemocracia: la colaboración con la burguesía, la entrega completa a la política nacional.

El frente antifascista, procediendo honradamente, en revolucionario, sólo puede pactarse sobre la base de un previo frente común del proletariado. Los partidos comunistas, si quieren hacer buena **su autonomía recientemente lograda al parecer**, habrán de demostrar, sobre la marcha, la eficacia del Congreso de la III Internacional, interrumpiendo todo pacto con la pequeña burguesía liberal, hasta que no sean agotadas todas las posibilidades de unidad de acción obrera. En España por ejemplo, donde contemporáneamente se hallan entregados a una política de atracción, que más bien es coqueteo — con los partidos republicanos — siguiendo una senda que antaño trilló el Partido Socialista con su fracaso.

Se ha concedido a las secciones una amplia autonomía de acción, **renunciando a la adaptación de las experiencias, hechas en un país al trabajo, en los demás países, es decir, a todo esquema rígido y a las fórmulas generales, desvinculadas de las condiciones específicas del país donde se aplican.**

A nadie puede escapársele la trascendencia de este acuerdo. Desde su fundación, la Internacional Comunista, venía significando, dentro de la clase trabajadora, un organismo más capaz de disgregar que de reunir esfuerzos. Tanto su política torpe pretendiendo imponer

en los países psicológica y económicamente distintos, una línea táctica semejante, como la máxima autocracia existente en su Comité Ejecutivo, que de la noche a la mañana desautorizaba acuerdos de direcciones nacionales y aun derribaba a los dirigentes sin tener en cuenta el espíritu de las masas, cosecharon año tras años estrepitosos fracasos. Los partidos comunistas són extraordinariamente débiles en la actualidad. Se ha dado la paradoja de que la clase obrera, enemiga de la línea política socialdemócrata, llévase los partidos obreros afectos a ella, mientras que daba de lado los partidos hijuelos de la gloriosa revolución rusa. Era esto debido a la táctica por todos puntos inabordable de la III Internacional. El reconocimiento del fracaso ha sido tardío. Varios países europeos han sufrido las consecuencias. Pero no hay mal — como dice el adagio — que cien años dure. A marchas forzadas parece que se entra en la rectificación.

Inmediatamente, los hechos históricos, hoy planteando graves problemas a marchas forzadas nos harán conocer la eficacia del acuerdo, que caso de llevarse a sus últimas consecuencias, significa un viraje absoluto en la línea política comunista. En consecuencia, la unidad orgánica, la fusión de los partidos marxistas revolucionarios en uno solo, no se hará esperar. Con entusiasmo no exento de zozobra aguardamos las primeras consecuencias que ratifiquen o rectifiquen lo que al parecer lleva dentro este acuerdo de congreso.

Todo esto apuntado significa, en principio, una crítica y un reconocimiento de posiciones. La línea general del congreso la estimamos acertada en relación a la puesta en desuso. La situación política internacional, preñada de graves acontecimientos exige no hurgar de-

masiado en triquiñuelas interpretativas. Frente al fascismo, frente a la guerra, frente a la autocracia capitalista, frente a la sistemática persecución de que es víctima la clase trabajadora es preciso formar un bloque de hierro alrededor de la U. R. S. S. Esto hace que acojamos con agrado el último Congreso Internacional de los partidos comunistas, por lo que lleva en germen de ratificación táctica. ¿Nos equivocaremos? Prestamente ha de verse. Sin embargo esperamos que aquellos que disciernen en tales acuerdos una hábil maniobra para «ponerse a bien» con el resto del proletariado aunque se prosiga la misma política de división, se equivoquen. Si ésto es así. Si efectivamente el Congreso de la I. C. significa lo que todo el proletariado quiere ver y anhela, es de esperar la reconstrucción internacional del marxismo sobre la base de la Revolución Rusa, empleando la Internacional, **completamente limpia y depurada**, como organismo ya construido y en marcha. Por el momento, claro es, aunque optimista, queda abierto un compás de espera.



INDICE

	Páginas
INTRODUCCIÓN	VII
PRÓLOGO	XVII
1. ANTECEDENTES AL PERÍODO PRERREVOLUCIONARIO:	
Unas consideraciones previas	31
La participación ministerial de la democracia.	37
Política de sacrificios	44
El caso Largo Caballero	46
2. LA PRERREVOLUCIÓN:	
El Partido Socialista abandona el Poder	53
Las elecciones generales en noviembre de 1933.	58
Necesidad histórica de la Revolución	61
La pequeña burguesía, al carro del Partido Socialista	69
3. CONDICIONES SUBJETIVAS REVOLUCIONARIAS:	
El tema de ahora	75
Largo Caballero y las elecciones de noviembre.	79
El reformismo, aliado de la contrarrevolución.	84
Los equidistantes o "centristas"	88

	<u>Páginas</u>
Las juventudes socialistas, revulsivo del Partido.	94
Las responsabilidades del Partido Comunista ...	99
Los anarquistas al margen de la insurrección ...	106
El B. O. C., por las alianzas obreras	113
Las huelgas en período revolucionario. — El ocho de septiembre en Madrid	116
Los campesinos al margen de la Revolución ...	122
 4. LAS JORNADAS DE OCTUBRE, INSURRECCIÓN DE CLASE:	
Nuestro propósito	129
La puesta en marcha de la insurrección	130
Huelga general en Madrid	133
Las zonas campesinas	135
La alianza obrera catalana... ..	136
Asturias y las zonas industriales	139
Consecuencia	142
 LA POST-REVOLUCIÓN. SUS EXPERIENCIAS. NUEVOS OBJETIVOS	145
Programa de conclusiones	147
La lucha contra el reformismo	150
El reformismo se defiende	154
La acción contra la democracia centrista	158
La bolchevización del Partido	165
Las alianzas obreras órganos de insurrección.	169
Un solo Partido político por los cauces del marxismo	175
El trágico balance de la Segunda Internacional.	178

	<u>Páginas</u>
La Revolución rusa, guía del proletariado	184
Ningún nuevo experimento internacional. Reconstrucción del movimiento obrero sobre la base de la III	187
Una sola central sindical	193
Hacia la conquista del Poder	198
 PERSPECTIVAS POLÍTICAS INMEDIATAS.	203
De cara hacia el porvenir próximo	205
El fracaso de la contrarrevolución	207
El resurgir de las izquierdas	209
Un frente antifascista	211
Ante una futura contienda electoral	214
La segunda revolución social	218
 POST - SCRIPTUM	221
La rectificación oficial de la Internacional Comunista	233